

Daniel Ferreira

Viaje al interior de una gota de sangre



Daniel Ferreira

Viaje al interior de una gota de sangre

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*La carretera ondulaba, blanca de luna,
bordeada a grandes trechos por aquellas
horribles casitas blancas, dispersas y nuevas,
donde vive la gente que ayer llegó de ninguna
parte y que mañana se irá a ninguna parte,
esa gente que habita en los límites de las
ciudades.*

WILLIAM FAULKNER
Luz de agosto

*En este pueblo se acordarán de nosotros;
en este pueblo se acordarán siempre; somos
nosotros los que olvidaremos.*

ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO
La casa grande

La hora de las sombras largas

La carretera es plana, amarilla, polvorienta, paralela al río, y el sol se pone en la distancia. Es la hora de las sombras largas. Dos carros avanzan por la ruta y levantan a su paso el manto de polvo sediento que cubre las hojas de hierba. Pasan junto a los balancines herrumbrados de la petrolera y disminuyen la velocidad al encontrarse de frente con el primer búfalo que arrastra la yunta. A cien metros, una valla desvencijada indica el desvío: «Cultivadores de Palma de Aceite, cuidado, ingreso y salida de animales». Los dos carros tratan de sobrepasar al búfalo, pero enseguida deben detenerse porque la parsimonia de un escuadrón de bisontes de cuernos deprimidos que avanzan en sentido contrario con carretas cargadas de mil kilos de corozo africano les bloquea el camino. Una alerta dada por radio, desde el primer vehículo, dispone a los ocupantes de la camioneta que va a la zaga:

—Preparar operativo, erre, preparar operativo, erre.

Interferencia.

Todos los ocupantes de la camioneta cubren su rostro con pasamontañas.

A lo lejos, en los últimos zepelines de nubes grises, se dibujan los penachos azules de la cordillera. En sus ejidos, anclados al piedemonte, entre el declive que forman dos estribaciones montañosas semejantes a senos de mujer dormida y la mesopotamia de dos riachuelos desecados, se van perfilando la torre de la iglesia y el caserío en los binoculares de aquel que va junto al conductor del Nissan Patrol e imparte las órdenes por radioteléfono.

Cuando el último búfalo dobla hacia el desvío, los motores de la caravana rugen de nuevo. Las palmeras africanas poco a poco se hacen más tupidas en los pastizales y la cresta de la cordillera parece amplificarse y reventar en el reflejo de los parabrisas.

El radio vuelve a sonar al interior de la camioneta:

—Con lista en mano, erre; con lista en mano.

Interferencia.

La lista aparece en la mano del copiloto.

El transistor vuelve a resonar:

—Búsquenlos y mátenlos a todos, erre; la orden es buscarlos y matarlos, cambio.

Y por todas las ventanas asoman los fusiles de asalto.

Son las 5:50 de la tarde del 23 de septiembre, y en ese mismo instante, en la plaza central del caserío, los pobladores alistan la verbena y coronación de la reina popular. Para las noches de

fiesta el caserío ha sido engalanado con pendones y banderas de papel y candiles de colores. Enfrente de la plaza, bajo las ramas frondosas del samán vetusto, los aserradores ensamblaron una tarima como pasarela de reinas. En toldos de plástico han dispuesto mesas con juegos de azar: cartas, dados y hasta un tablero de tiro al blanco equipado con carabinas de aire comprimido con un letrero de guirnaldas trenzadas que dice: «Un reto para los amantes de la cinegética». Hay un cuadrilátero demarcado por cuatro postes que hace las veces de pista de baile y dos torres de sonido surten con música y perifoneo la transmisión de todo el evento. Empalados, en varillas de hierro renegrido de hollín, costillares y piernas de becerra destazada se asan al fuego de brasas humeantes. Hay capones de vaca rellenos con verdura y morcillas henchidas de arroz sangroso, arrobos de yuca cruda y papa bañada con rehogaos de tomate y cebolla junca donde sobrevuela una nube espesa de moscas con alas de encaje y moscardones de reflejos metálicos. Las rodajas de carne de cabro pasada por miga de pan forman una pirámide en un platón de aluminio. Con la sangre y las menudencias del carnero se han preparado tres poncheras más de pepitoria rendida en arroz y huevos duros, sazonado todo con cabezas de ajo, comino, pimienta negra, flores de romero y briznas de laurel que se promocionan en un cartel en moldes de letra roja que sintetiza la oferta: «Venga, mire, compre y trague».

Matilde Sopetrán y Cristina Dulcey son las vendedoras de aquel banquete. Llevan ambas gorro frigio y delantal tirante sobre la bolsa del vientre. Las dos mujeres tienen por oficio sacar sus puestos de comida a la plaza todos los días y beber aguardiente mientras asan carne, hierven yuca y repasan con carcajadas y exclamaciones ruidosas las efemérides de dos juventudes consumidas cuando estaba de moda *La cumbia cienaguera*. Matilde nació en el lejano pueblo con el que comparte el nombre: Sopetrán. Lleva cuarenta años anclada de corazón a aquel caserío de donde salió enamorada para nunca volver, y cada vez que llegan las ferias locales es la primera que ofrece su nombre para la junta organizadora y el ejército de sanidad. Cristina Dulcey nunca ha puesto un pie fuera de este pueblo, y por eso el reinado y el ambiente feriado le recuerdan siempre al único hombre que pasó por su vida: un torero de temporadas, culpable de que haya memorizado toda la música carrilera que se amplifica en las torres de sonido. En honor de aquel torero muerto en la arena, despacha sorbos audaces de aguardiente de una botella escondida bajo la mesa.

Un hombre obeso se acerca al toldo de comidas y saluda a las damas con varias fórmulas de cortesía: «Hola, qué tal la venta, cómo están, mis amores, mis preciosas, mamacitas». Luego guiña el ojo, escoge un bocado, dice «deli» y se pone a hablar del clima y del concurso de reinas. Es el presidente del jurado: Carlos Alberto Deca, a quien se debe el sistema de elección de la reina local. Basado en una hipótesis personal, según la cual todas las mujeres son bellas por antonomasia, Deca ha decretado que la belleza pasará a ocupar un segundo reglón en aquel reinado, diferenciándose así de todos los demás certámenes del país, y cada candidata estará obligada desde ahora a disputarse la corona mediante el recaudo diario de fondos para la

construcción del puente sobre el vado a la entrada del caserío: un paso que por décadas ha sido la mayor amenaza del pueblo debido al ostracismo y el desamparo en que se encuentran cada vez que en época de lluvias desmadran las aguas y ningún carro puede atravesar la batea y salir de allí sin riesgo de ser arrastrado por el aluvión. Alberto Deca termina la morcilla bruñida, se limpia los rastros de grasa con una servilleta, repite «deli, mis amores», sube a la tarima y declara por los parlantes que los recaudos y aportes diarios que haga la comunidad a cada reina serán la cuota inicial para comenzar las obras de construcción de aquel puente, por lo que este día memorable solo será elegida «miss primera» la candidata que más dinero colecte.

El recaudo del primer día asciende, para Carol Naomi Espitia, de catorce años, a tres millones cuatrocientos mil pesos moneda corriente, poniéndose así por encima de Cristal Dayana Ortégón, de quince años, con dos millones de pesos recogidos, y de Channel Cortés con quinientos cincuenta mil que la ubican en el último lugar del certamen. Para este segundo día todos están a la expectativa del desfile en traje de baño, para el que se presume más afluencia de público y el mayor recaudo económico, y mañana, anuncia el locutor en la tarima, al cierre de la festividad, se sabrá la cifra definitiva ganadora y se coronará a la nueva soberana del municipio.

Carol Naomi Espitia está segura de que ella, y solo ella, será la reina en este año, y para eso ha hecho vender cuatro reses de la raza Hereford que su padre, Miguel Espitia Granados, le obsequió de cumpleaños el pasado abril. Es Tauro y, como tal, signo de tierra, paciente, robusta y ambiciosa; luce un cuerpo rollizo que, si bien conserva la turgencia de los catorce años, ya empieza a deslucir las estrías y las primeras gelatinas de celulitis abdominal y el embate de un sobrepeso incontrolable. Su traje de baño en dos piezas es azul aguamarina. La parte inferior no alcanza a esconder las estrías ni la vibración en las nalgas endebles. Frente al espejo, donde ahora depila las cejas y las remarca con dos delgados arcos trazados con lápiz delineador, reconoce que si fuera solo por su rostro, de aristas suaves y felinas, sería sin duda la más bella de las competidoras. Por eso, en la mañana, se erizó de gusto al ver una valla que decía: «Naomi primera, la victoria es suya», aunque un mal regusto no tardó en llegar para amargarle el entusiasmo porque una mano impía reescribió en la tarde sobre el mismo cartel: «Miente, la victoria es de Urbano Frías».

«La envidia», piensa. «Es mejor despertarla que sentirla», susurra.

Pero le basta con saber que es favorita, y que ninguna otra candidata de peor familia y menos garbo le va a arrebatar la corona en esta oportunidad.

No cuenta, sin embargo, con que Cristal Dayana Ortégón, la candidata que en este momento abandona el camerino, mientras la ve retocarse el maquillaje ante el espejo ovalado, la tributa con varias miradas despectivas y se ufana en secreto de tener un «as» oculto bajo la banda que le cruza el pecho: el día anterior, en una mesa al aire libre servida con cervezas heladas y whisky de sello negro, Urbano Frías, el hombre que la espera fuera, el más afamado ganadero de todo el lugar, tras permanecer muy atento a los trajes de fantasía y al porte de las candidatas, se acercó a

Cristal Dayana, mostrándose adulator de aquellos ojos verdes y acuosos y le manifestó su interés por ayudar a la más esbelta de todas las aspirantes a condición de que ella aceptara una invitación a su apartamento por una noche completa. Cristal aceptó la propuesta, pasó la noche en su apartamento adornado con afiches de cantantes del norte de México, y esta misma tarde se hará acreedora de la suma de cinco mil dólares que equivalen (según sus cálculos) a siete millones de pesos moneda corriente, casi imposibles de superar por las demás aspirantes (y que le ubicarán, seguramente, al final del día como primera en favoritismo para obtener la corona). Luce agotada por el desvelo y la alborada, mientras camina por la plaza, demacrada y soñolienta, ajustándose un bikini descaderado a sus muslos blandos que todos miran y critican al pasar, y cuando llega a la mesa donde la espera el benefactor, un gesto de decepción la ensombrece al ver a la candidata Channel Cortés, instalada también en una silla junto a su mecenas, Urbano Frías. Cristal Dayana elude la contrariedad con un gesto veloz, y sonrío, con risa falsa.

Channel Cortés, por otro lado, sabe que no tendrá oportunidad de deslucir a sus competidoras ni por belleza ni por recaudo, porque es la más bajita del trío, la menos potentada, y posee una forma rudimentaria de caminar con las rodillas juntas y las tibias separadas, como si sostuviera un grano de arveja a punto de caer en el vórtice de sus dos muslos morenos y musculosos. Dos cúmulos de celulitis entre la cadera y la pierna, y que la gente ha dado en llamar con desprecio «conejos», son su defecto mayor. Sin embargo, la falta que le hará el recaudo la suplirá con el escote más escandaloso, el rostro más maquillado y la tanga más profusamente hundida entre las nalgas que se haya visto jamás en reinado local. Así lo ha dispuesto su madre, Guillermina Roa, quien se enorgullece al decir que su hija es la candidata «popular» del reinado, y que los quinientos cincuenta mil pesos que ha colectado se los debe a la voluntad de Dios y del pueblo. Pero en realidad se lo debe más a su tesón de ofertante, porque Guillermina Roa, líder de los vendedores de fruta y verdura en la casa de acopio municipal, ha ido toldo por toldo, casa por casa con la salmodia y la urna en busca de escamotear colaboraciones para aquel certamen; el mérito mayor estriba en haber conseguido para el desfile de esta noche que el único almacén de ropa del pueblo patrocine la indumentaria de su hija Channel: los propietarios del almacén La Boutik han cedido la tanga brasilera más diminuta de su inventario (que hasta pocas horas antes se exhibía con cierto escándalo en un maniquí del mostrador).

—El escándalo es tu fuerte —dijo su madre.

Y la hija lo ha asumido como lema.

«El escándalo es mi fuerte», murmura en un intento de compostura, y se sienta.

Mientras Channel Cortés acepta una bebida del ganadero Urbano Frías, a veinte pasos va su madre con la urna del recaudo entre las manos y un heraldo con la fotografía de la hija semidesnuda, ampliada al quinientos por ciento, persona a persona, para tratar de incrementar aquella cifra, superior ya en monto al costo total de su hipoteca —y, por lo demás, de todas sus deudas—.

Un hombre de mejillas huesudas y cuello abotonado hasta el primer ojal juega tiro al blanco con una carabina de repetición y presta oídos a la perorata de Guillermina Roa. Luego de errar el tiro, baja la carabina, toma en la mano la foto ampliada de la candidata Channel Cortés y pregunta con disgusto a la mujer que le ha hecho errar el tiro:

—¿Esta es su hija?

Guillermina sonríe, orgullosa, y asiente, convencida de que le van a dar algún aporte en efectivo, pero el hombre, con abierto desprecio en la mirada, le entrega la foto y da su veredicto:

—¡Hasta puta será!

Se trata de Ezequiel Orejarena —pastor de una iglesia que aguarda el advenimiento del juicio final, y principal detractor y enemigo de la festividad—. Cada año, durante las ferias y en los horarios del reinado, en particular, sostiene una protesta pública por la reivindicación de la moral. Es común verlo frecuentar la plaza con un séquito de sus seguidores más acérrimos, y arriba de una banca improvisada como tribuna, a voz en cuello, despachar anatemas y señalar los cargos bajo los cuales la idolatría y la concupiscencia serán castigadas a la llegada del mesías, cuando el cordero abra el séptimo sello y se desplome el cielo delante del trono con los siete ángeles de las siete trompetas y llueva granizo y fuego y arda y abrasada sea la tercera parte de la tierra y la tercera parte del mar se convierta en sangre y una roca llamada Ajenjo caiga sobre un tercio de las aguas que se volverán amargas y el sol, la luna y las estrellas pierdan su brillo y se abra de pronto el pozo del abismo y libere una humareda de langostas con la misma capacidad ponzoñosa de los alacranes y las escolopendras para que atormenten con sus picaduras y sus ponzoñas a los hombres de poca fe que no tengan el sello de Dios sobre la frente, enseguida saldrán los cuatro jinetes anclados al Éufrates y exterminarán a la tercera parte de la humanidad con fuego, humo y azufre, porque aun sobreviviendo a las pestes y las hambrunas continuará esta raza malandrina sin renunciar a las prácticas heréticas y seguirá honrando demonios revestidos de ídolos, sin arrepentimiento ni de crímenes ni de inmoralidad sexual, muy al contrario de lo que sí hace él, Ezequiel Orejarena, quien después de extraviarse en el corazón de una selva oscura a mitad de su vida, ha renunciado al alcohol y a la soberbia y ha recibido la orden perentoria de profetizar la amenaza en que están sumidos pueblos, naciones, lenguas y reinos adoradores de los tres falsos dioses: el dinero, la muerte y las mujeres de perecedera carne y perecedero hueso.

Las parejas oyen, entre incrédulas y divertidas, el discurso del predicador al pasar, y ocultan la sonrisa y siguen de largo y hacen señales a los que están más lejos para que sepan que el desfile ya va a comenzar. El rostro consternado de Guillermina Roa sale del estupor de aquella perorata y corre ahora como los demás para llegar a tiempo al primer desfile de pasarela, que vuelve a anunciarse por los parlantes.

—¡Vengan y conozcan las tres modelos más bellas de nuestra tierra, hombres de poca fe! — dice desde la tarima el animador estelar del reinado, un hippie de vieja data, camisa de flores,

melena y cuerpo desgarrado, llamado Wilson Albeiro, con voz afectada de delicadeza y salpicada de frases en idiomas que desconoce pero que usa para describir ante la multitud a las tres modelos «que someteremos hoy a elección, tres modelos llenas de *glamur*, *filin* y buen gusto», y la gente se aglutina bajo el samán centenario mientras el hippie anuncia un nuevo corte musical por parte de Juan Merlano, el guitarrista más popular de la región, «*leidis* y caballeros», quien con sus cuatro hijos jornaleros, tipleros y bandolistas han de interpretar los éxitos que han consolidado en quince años de trabajo musical ininterrumpido, a pesar del casi nulo apoyo estatal y de dedicar más de ocho horas del día a labrar la era en una finca a cien kilómetros de trayecto. Músicos por obligación, porque el abuelo materno de Juan Merlano, Nepomuceno Merlano López tocaba tiple, el padre homónimo de Juan Merlano tocaba la flauta y la mandolina, su madre la guitarra y el cencerro, todos en esa finca aprendieron el don de músicas como acto reflejo mientras veían a los demás tocar. En medio de aquella presentación, que hace un Juan Merlano orgulloso y atragantado por los vapores del aguardiente, su hijo irrumpe con un solo de guitarra al que le responde enseguida el aplauso nutrido de la multitud. Luego, para los estribillos, se presenta al público la voz contralto del menor, Esteban Merlano, que señala el próximo tema: «Y ahora cantaremos *La siembra del agua*, para todos ustedes». Y enseguida Juan Merlano advierte, por el otro micrófono, que será un tema nuevo para el público y que llevan cerca de cuatro meses concentrados en los arreglos de esa nueva canción que trata de una vieja leyenda sobre un mundo en que todo era felicidad porque había abundancia y agua limpia, hasta que vino la sequía y los indios empezaron a morir de sed, por lo que decidieron ofrendar a sus dioses, sembrar una moya con agua para que brotara un manantial en tierra estéril, y al sembrarla, asegura, el aljibe brotó.

Al sobrevenir el aplauso de la multitud, nadie se imagina que aquellos cinco músicos van a ser los primeros que caerán en la matanza.

A las 5:55 de la tarde el ojo del sol proyecta sus ardores sobre la sabana. La camioneta se adelanta al Nissan Patrol, cruza el vado a las afueras del caserío y el Nissan pierde velocidad. Una vez en la orilla contraria, ambos vehículos detienen la marcha frente a la escuela municipal. Tres hombres bajan del Nissan y corren al platón de la camioneta negra, que se adelanta hacia la entrada del caserío a toda marcha. Los tres que quedan en el Nissan dan reversa, vuelven al otro lado del río para atravesar el carro sobre la vía y obstruir el paso con un retén. La sombra que proyecta el tallo de un caracolí de cuarenta metros de altura cae justo sobre el parabrisas del Nissan.

La camioneta llega a la entrada del caserío y deja en la bifurcación de dos calles a seis hombres que tomarán una, la del lado izquierdo, mientras la camioneta avanza sobre la calle principal, por el lado derecho. Van así cercando las dos únicas salidas del caserío. Los hombres de la camioneta hacen una señal al comando de a pie con la que indican el punto de encuentro, tres cuerdas más adelante, el vehículo se adelanta y empieza a trepidar sobre el empedrado.

La señora Edelmira de Peñaranda, una mujer de sesenta años que vive postrada en una silla a media cuadra del parque central en una casa de balcones flotantes y persianas de campanario desde que su marido Anselmo se suicidó y dos de sus hijos mayores intentaron imitarle, permanece en la mecedora mientras repasa la Biblia en sus rodillas vanas. Con un lápiz de tinta roja subraya ahora una frase que dice: «Todos los ríos van a dar al mar, y el mar nunca se llena; al mismo mar donde van los ríos, allí vuelven a ir», y cuando la frase queda subrayada sobre la hoja de papel cebolla, la señora Edelmira levanta la cabeza para reflexionar sobre la cita bíblica y descubre, ajustándose el óvalo de largas distancias de sus anteojos bifocales, la camioneta negra que se acerca en un bamboleo furibundo sobre el empedrado. Una repentina palpitación le hace erguir la espalda de la silla y cruzar palabras con su hijo que está en la sala:

—Patricio: ahí viene un carro lleno de gente armada.

Patricio deja de aceitar la pistola que heredó de su padre y que suele pulir todas las tardes, asoma al balcón y ve los vidrios ahumados y los hombres armados y con capuchas sobre el platón del carro y dice «ya vuelvo». La anciana quiere saber adónde va, y cuando lo ve salir por la puerta del primer piso alcanza a preguntárselo desde el balcón flotante. A lo que el hijo responde desde abajo que por Damaris, su hermana, que está en la plaza viendo a las reinas desfilar.

Patricio no repara en minucias para la anciana y corre a campo través por la plaza para dirigirse a la pista de baile, justo en el momento en que empiezan a sonar las primeras ráfagas. Desenfunda la pistola y dispara tres tiros a la camioneta, pero enseguida un tableteo de fusil le responde y lo deja tendido sobre el empedrado, mientras su madre presencia desde el balcón la peor imagen que ha visto desde que su marido se dio un tiro en mitad del despacho del primer piso y ella en el segundo leía y subrayaba párrafos enteros en aquella biblia que ahora se deshoja en sus manos y va a dar al suelo.

Por cuenta de la mendicidad y las borracheras providenciales y de la locura senil, Inocencio Jones, alias «Cabeza de fósforo», logró agenciarse el reconocimiento de todos como loco del pueblo. Es el demente más afamado entre cuatro mendigos que han ido muriendo con su generación: alcohólico, calvo, ciego, amigo de los perros, huésped nocturno de las caballerizas, sufre de una afasia cerebral severa debido a la coza de un caballo que lo pateó mientras dormía en las caballerizas y le trastocó en dislexia el arte de hablar y transformó toda su conversación en interjecciones de carácter blasfematorio que repite día y noche por las esquinas. Si acaso tiene hambre, el modo personalísimo de manifestar su necesidad no es el habitual: «Socórrame la limosna, que uno se muere y nada se lleva», característico de todos los mendigos clásicos de la variopinta local, sino uno pugnaz y telegráfico: «Mierda, cacorro, marica, ¡su madre!», que deja al transeúnte desprevenido, debatiéndose entre la perplejidad y la indignación. «Tengo sed, convídenme una cerveza, por el amor de Dios», «¡Verga, le digo, verga le hundo, me cago en Cristo!», «Soy ciego, por favor ayúdeme a cruzar la calle», «¡Malparíos, gononeas, la puta que

los parió!», «Tengo frío, inviten a este pobre hombre un plato de sopa caliente», «¡Viva la pichanga, mi verga que está torcida!».

Esta tarde, sin embargo, ahuyentado por el ejército de sanidad pública que decidió bañarlo y ponerle corbata y vestiduras acordes a la festividad, Inocencio Jones huye del parque central por la calle alterna a la principal, guiándose con un bordón de escoba bruja y dos perros lazarillos que lo siguen a todas partes y acatan sus insultos como órdenes taxativas.

Va rumiando en su ceguera un soliloquio lleno de imprecaciones contra el comité de sanidad, y entonces oye el tropel de botas que se va acercando por el empedrado, que lo va rodeando, que le hace detener el paso y termina por poner inquietos a los perros.

—Este ciego hijueputa no va a saber ni quién lo mató —dice la voz de un encapuchado.

El agrio almizcle de las axilas delata a Inocencio la posición de aquel que lo alude y entonces el mendigo se pone en guardia, esgrime el palo de escoba y emite, en dirección de la voz, una blasfemia rimada:

—¡Me pican los pelos, me rasca el viril! ¿Será que su madre se quiere morir?

Entonces los hombres que lo rodean dejan de apuntarle con sus armas largas y celebran la curiosa intervención con una carcajada.

—Serán ladillas —dice otro.

—En su culo —repite el mendigo.

—¡Repítalo, malparido! —y el cañón del fusil le apunta a la frente.

—Me lo chupa, me lo mama, me lo trompetea —dice el mendigo.

—Aquí te vas a morir, cegatón —dice el encapuchado.

—¡A culiar, que el mundo se va a acabar! —exclama el mendigo.

El encapuchado parece desorientarse con el disparate. Los demás se divierten de oír aquella sarta de insultos que se sobreponen a insultos. Entonces una voz de mando dice:

—Déjelo quieto, pero callen a esos perros.

Suenan dos disparos y algunos chillidos, y luego de la confusión y la escaramuza del ciego que lanza bastonazos al aire, y el tropel de las botas alejándose, la calle queda en un silencio apenas interrumpido por la voz del mendigo que sigue vivo y que ahora tienta entre brumas los cuerpos desangrados de los dos lazarillos, mientras rebusca en el desorden de su mente los nombres de los gozques.

Solo atina a decir las tres palabras de las que se sirve para todo:

—Hijueputas, malparidos, triplehijueputas.

El comando de a pie se acerca cada vez más al corazón del caserío. Antes de llegar a la plaza, oyen fuego de G3 y subametralladora, y aquel que va al frente con la voz de mando hace una señal de apremio porque los hombres de la camioneta tomaron posición y entraron en contacto antes que ellos. De manera que a continuación apuran la marcha y, una vez en la esquina de la plaza, aseguran las cuatro bocacalles para refrenar la estampida de la gente.

Sobre la tarima de reinas, los hermanos Merlano, que estrenaban su nueva composición, ahora yacen en el piso del tablado, muertos y abrazados a sus instrumentos. Estaban entre los primeros en caer porque la camioneta que irrumpió a toda velocidad se detuvo entre los músicos y el público y de las portezuelas salieron las primeras ráfagas en ambas direcciones. Un barrido de ametralladora silenció a los cinco músicos. Luego, otra ráfaga en sentido contrario se ensañó contra las parejas en la pista de baile. Allí se encontraba Damaris Peñaranda moviéndose al ritmo de la música guascarrilera con su novio Marcelo, a quien había ofuscado tanto con remedos de suicidio que este había decidido escoger un instante de aquel día de feria para terminar la relación, pues le era imposible seguir queriendo a una mujer sin carácter que tomaba raticida cada vez que discutían por simplezas. La pareja bailaba indiferente, ella que intentaba juntarlo a su talle, y él atento al contrapunto del tiplero en la tarima. Pero los ojos de Marcelo se desviaron pronto hacia la camioneta negra que frenó en el centro del parque y de la cual vino la bala que dejó a Damaris desvanecida en sus brazos y que luego tuvo la suficiente potencia para atravesarlo a él a la altura del pecho.

Al estallar el tiroteo, el pastor Ezequiel Orejarena se encuentra sumergido en la porción más oscura del alegato moral a la plaza pública. Habla tan azorado en nubes de langostas que engullen a la humanidad entera y va describiendo tan ciegamente las escamas fluorescentes de la gran bestia que emergerá del abismo, que incluso sigue vociferando aún cuando los miembros más fieles de su grey se levantan y echan a correr por la matanza. Solo advierte lo que pasa hasta que ve a Rafael Chacón (un drogadicto rehabilitado y converso al evangelio) derrumbándose de rodillas, con tres disparos que perforan su camisa, y todavía más allá, cuando el pesado cuerpo de Andelfa Guerrero (exprostituta conversa al evangelio) rueda por el suelo con una mancha de sangre en el vestido blanco. Es entonces cuando interrumpe la perorata, ve a los encapuchados que disparan en todas las esquinas, se encorva entre las balas que silban sobre su cabeza y, sin poner atención a ese ensayo general del fin del mundo, camina a toda carrera y va encorvado hacia la bocacalle más cercana, desprevenido del francotirador apostado con un G3 que dispara ráfagas de cinco tiros a todo lo que se mueva, justo para luego encontrarse de frente con la boca del cañón que escupe balas y la mirada aguda que lo pone a tiro y le hace sentir el Armagedón que impacta al planeta en el mismo instante en que dos balas le atraviesan el pecho, perforan sus pulmones y salen por la espalda con un chisporroteo de sangre y de huesos molidos.

Matilde Sopetrán, sorda como un totumo desde un parto complicado en el cual el feto nació muerto, no advierte la cantinela de las balas y sigue pulverizando adobo en el mesón de comidas, sin saber que el charco de sangre que escurre por la acera no es de ternera sino del cuerpo de su compañera Cristina Dulcey, ahora muerta sobre las morcillas sangrosas. Un solo disparo que se cuela en la cintura de la anciana y Matilde Sopetrán dobla su talle, cierra los ojos y muere casi al instante sobre las hierbas secas y el mortero de macerar cominos.

Diez minutos después de la primera balacera, aquellos que intentaron atravesar la plaza y

siguen heridos reciben un tiro de gracia en la nuca. Los que se lanzaron de bruces, para protegerse del cruce de disparos, se oprimen las cabezas de pensar en que ahora también ellos serán rematados.

Miguel Espitia, el padre de la candidata más acreditada para obtener el título de reina, y su esposa, Carmiña Ortega Gómez, han visto morir a su hija sin poder intentar algo para impedirlo: consternados de temor yacen tendidos de bruces, hombro con hombro, con las manos entrelazadas, fingiéndose muertos.

Carmiña dice: «Miguel, mataron a Carol Naomi».

Miguel replica: «La niña, la niña, Carmiña, la niña».

Un encapuchado advierte el murmullo y va de cuerpo en cuerpo hasta dar con ellos.

—Silencio, cotorras —y dispara una ráfaga sobre Carmiña.

Miguel Espitia siente que la mano de su esposa relaja los músculos y pierde fuerza. Pero una bala también le ha dado a él en alguna parte, por el dolor intenso que baja de su espalda y le perfora el estómago. Miguel Espitia no puede ahogar el quejido que acalla de inmediato otra bala que le da en la boca.

—Es que no respetan a mi comandante —se justifica el que disparó, ante la mirada de otro encapuchado.

Alberto Deca, presidente del jurado, resbaló mientras trataba de bajar los escalones de la tarima. A su lado, con su costal de huesos asustadizos, permanece Wilson Albeiro, el hippie animador del reinado que absorbe aire de un inhalador de asmático. Cuando cesa la primera balacera, el presidente del jurado insta al hippie a tomar el micrófono que ha caído entre los dos y conciliar un alto al fuego, pero el animador no tiene aliento para contestar que ni loco, «mi llave». Entonces Alberto Deca lo empuja con repugnancia diciendo «mariguanero cobarde», toma el micrófono, resuelto, y sube a la tarima. Una vez arriba, titubea por la interferencia que hacen sus dedos en el micrófono y por el chillido agudo que brota de los parlantes. En seguida, toda la atención de los encapuchados se centra en su figura, y los fusiles le apuntan. Deca abre la boca para pronunciar las únicas palabras que le vienen a la mente:

—Somos gente de testimonio. ¡Somos gente de paz!

Un tirador sube a la tarima por el lado opuesto y libera la carga de su pistola contra el conciliador.

Wilson Albeiro, aterrorizado al ver el cuerpo sangriento del presidente del jurado que ha caído junto a él, sufre un lapsus de pánico, lanza lejos el inhalador de asmático, sale del escondite y empieza a alejarse a toda velocidad, con su pelo desgreñado, mientras da alaridos que se trastocan en un estertor: «¡Somos gente de paaaz, somos gente de paaaz!».

Cinco disparos tratan de darle alcance, pero su flacura lo hace escurridizo y solo le atinan cuando se estrella con las coces de un caballo encabritado que está herido en el pecho y desangrándose, con los ojos desmesurados, perturbado, loco.

El encapuchado que subió a la tarima toma ahora el micrófono y advierte por los altavoces que las mujeres deben separarse de los hombres: ellas en círculo y ellos en fila, y caminar hacia el atrio de la iglesia.

Nadie se pone de pie para acatar la orden.

La voz vuelve a oírse por los parlantes con un nuevo anuncio: de no hacer caso, tendrán que matarlos a todos.

Guillermina Roa, madre de la candidata menos favorecida en el reinado, Channel Cortés, es la primera en ponerse de pie y hacer lo que piden por los altavoces: salta del toldo de sombreros donde permanecía oculta y camina con las manos en alto —la derecha en que sostiene la urna del recaudo, y la izquierda en que expone al aire el gallardete con la foto ampliada de su hija de quince años—. A este gesto le siguen varias vendedoras que, tendidas de bruces en los demás ventorrillos, poco a poco se levantan y acuden en peregrinación adonde indican los encapuchados que las disponen de rodillas, con las manos cruzadas en la nuca y con el rostro fijado al suelo.

Channel Cortés, apenas cubierta por la tanga diminuta y por la banda oficial del reinado con su nombre luminoso de canutillos y lentejuelas, levanta la cabeza sobre las canastas de cerveza donde se ha ocultado y ve la procesión de mujeres que encabeza su madre. Timorata, sin poder cubrirse del todo, avanza por la calle, con miedo y vergüenza. Una anciana, al ver el desamparo de su desnudez, se despoja de la falda para ofrecérsela a la muchacha, quedándose en enaguas, y ambas se encaminan así al círculo de mujeres humilladas.

De los hombres, solo tres se levantan del suelo y caminan en fila india hacia la iglesia. Poco después empiezan a dar tiros de gracia sobre los cuerpos tendidos en la pista de baile para cerciorarse de que no haya ninguno que simule estar muerto. En medio de los cuerpos, los encapuchados encuentran a un hombre que se escondía tras el cadáver de Cristal Dayana, la candidata al reinado, muerta tras la primera balacera. Entonces es conducido a empujones hacia el árbol centenario, junto a la tarima, donde le atarán un lazo al cuello, disponiéndolo para la horca.

Son ya las 6:15 de la tarde y el sol tiñe la torre blanca de rubio cobrizo a rojo bermejo. Los encapuchados sacan aerosoles y comienzan a pintar los paredones de la iglesia con vivas y muertas, y la misma voz que da las órdenes por el parlante manda a comparecer al párroco en aquella plaza, llamándolo a los cuatro vientos «cura comunista».

Los portales de la capilla siguen cerrados y, para obligar al párroco a hacer presencia, un encapuchado dispara a los vitrales del frontón ráfagas de subametralladora que desmenuzan la cristalería.

La voz en el parlante se repite:

—Salga, o empezamos a matar también mujeres.

Un revuelo general cunde entre el grupo de mujeres cuando algunas cautivas empiezan a

suplicar y otras se abrazan y se persignan.

—¡Que suba al atrio Guillermina Roa!

—¿Usted es Guillermina Roa?

—No señor, yo me llamo Marina Fonseca.

—¿Dónde está Guillermina Roa? Suba usted.

—Pero yo no soy Guillermina.

—¿Quién es Guillermina Roa? Suba...

—No la conozco, señor.

—Que suba, ¿o se nos va de niego?

— Es que ya le dije que yo no soy...

— ¡Yo soy Guillermina Roa!

—¿La líder de la casa de mercado?

—Sí.

—Suban las dos.

Antes de que Guillermina Roa y Marina Fonseca sean humilladas, la portezuela más pequeña de la iglesia, un huevo dentro de un óvalo mayor, se abre, y el sacerdote muestra la cara llevándose la atención a su persona que contiene toda la desolación de la plaza en la mirada.

Lleva abierto el primer ojal de la sotana, y una porción del vello tupido del pecho entrecano a descubierto. Tiene poco pelo en la cabeza y el viento en ondulaciones se lo desfleca. Un rosario trae en la mano. Y ha perdido su calzado. Luce rígido. Ni desconcertado ni asustado. Pero nadie podría asegurar realmente que no esté ebrio.

El cura es reducido a culatazos de fusil por el guardia más cercano, pero nuevos disparos, procedentes del templo, hieren al encapuchado que somete al cura y, por la misma ranura ovalada, sale al ruedo un pistolero furtivo que descarga un arma contra los enmascarados. Apunta y lanza balazos sin orden y en todas direcciones hasta que acaba la carga. Entonces, ante la mirada atónita de la plaza, esgrime otra pistola idéntica a la anterior; la vacía contra los encapuchados que tratan de esconderse, rescata al cura y, un momento después, logra devolverlo tras la puerta maciza que se astilla con la respuesta nutrida de ráfagas, pero que permanece infranqueable como una muralla.

Todos los francotiradores apostados en las bocacalles emprenden la carrera hacia la iglesia para disparar al portón y recoger al herido, que suben de pies y manos, como un fardo, al platón de la camioneta negra.

Tres hombres que se hacían pasar por cadáveres aprovechan ese imprevisto para levantarse y huir de la matanza. Hasta aquel que iba a ser colgado del samán centenario ahora corre hacia una de las bocacalles, sin percatarse de que un encapuchado le apunta con su fusil. Entonces otro encapuchado le grita al que le apunta:

—¡Se nos voló Urbano Frías!

El otro permanece quieto, sin disparar.

—¡Dispare!

No dispara.

El primero aguza la mirilla, le apunta al fugitivo y logra alcanzarlo a cien metros con una ráfaga que le parte la espalda.

Luego baja el fusil, deja que los otros encapuchados vuelen la puerta falsa del templo con una granada de fragmentación y se encamina rumbo al centinela que sigue bajo el árbol, paralizado, con el arma aún sin disparar, mientras apunta hacia la nada.

Una vez lo tiene a su alcance, dice:

—Lo dejó ir a propósito.

Y alza el dorso de la mano para cruzarle la cara y sacarle del pasmo con un puñetazo.

Los encapuchados se retiran de la puerta para ponerse al resguardo de las esquirlas de granada. Luego de la explosión se cuelan tres hombres por la pequeña hendidura hecha en la iglesia. Hay un breve cruce disparos dentro de la nave central. Cientos de golondrinas que anidan en la torre abandonan sus escondrijos y pasan sobre la plaza como una súbita nube negra. Después vuelven los encapuchados al atrio y traen consigo al sacerdote y al pistolero, encañonados. Los llevan con las manos en alto. Los doblegan a culata frente a la concurrencia, amarran sus pies y manos con cabuya y los disponen frente a lo que queda de la puerta mayor astillada para ser fusilados.

Las mujeres piden que no lo hagan, que matar a un cura es «sacrilegio», que «no tiene perdón de Dios».

—Que nos castigue san Pedro que manda en el cielo, pero aquí en la tierra mandamos nosotros —dan por respuesta, y alzan fusiles.

Cuando uno de los verdugos pretende vendarle los ojos, el sacerdote se niega. Entonces, por un instante, alcanza a advertir la brutalidad de la matanza: los cuerpos bocabajo, la plaza arrasada, los ojos diminutos y fulgurantes de cada sombra en aquel pelotón sin rostro que le apunta. Ve a las mujeres que se persignan a lo lejos. Ve a otros que inclinan la cabeza para no presenciar su fusilamiento. Luego oye por el parlante los cargos que le endilgan en ese improvisado juicio de guerra. Y, finalmente, la descarga.

Las piernas pierden fuerza. Las rodillas doblan su rótula y el cuerpo del cura cede y se derrumba lentamente, apoyada la espalda en la puerta astillada como un muñeco de cera deritiéndose al ámbar del sol que se cuela por las pupilas dilatadas.

Los encapuchados suben a la camioneta negra después de fusilar al cura, y el escuadrón que recorrió el pueblo a pie monta a la carrocería donde aúlla el único herido del grupo.

El comandante del escuadrón, sentado junto al chofer, advierte: «Aun falta quemar el hotel», y entonces el carro enfila hacia la cuesta donde un gallardete da la bienvenida a la única porción pavimentada del caserío: «La calle Alta os saluda».

No demoran en aquella operación: tres hombres ingresan con bidones de gasolina y otros dos

aguardan desde la entrada.

La llamarada invade cada rincón y luego se levanta una columna de humo negro.

El último letrero a mano alzada es pintado sobre los muros de aquel hotel como un sello distintivo: «Aquí estuvo la justicia».

Y luego la camioneta negra da un rodeo y enfila hacia la calle principal del caserío.

Antes de cruzar el vado está la escuela. Y en el sardinel del viejo edificio, un hombre acucillado los ve detenerse.

—¿Quién es usted?

El profesor no puede contestar, porque está enteramente borracho.

—Este también se muere.

Solo se oye un disparo y la camioneta acelera, pero luego baja la velocidad para atravesar el vado.

Un cuerpo de mujer joven yace a la orilla y el río le lame las piernas, y la camioneta pasa las ruedas por el vado esquivándola. Los encapuchados admiran el cuerpo exánime de aquella muchacha casi desnuda, muerta.

—Un desperdicio, porque belleza sí era —dice el que mira por la ventanilla, y luego golpea el muslo del que va en la carrocería—: ¿Usted sabe cuál es la diferencia entre una belleza y una belleza?

El otro niega. El primero responde:

—Si se coge la verga con las dos manos, es una belleza; y si la coge con las dos, y le sobra, entonces es una belleza.

Se ríen.

Los hombres del Nissan Patrol han levantado el retén y permanecen como centinelas a la vera, con el motor encendido, bajo el árbol de anacardo.

En una de las ramas espesas cuelga el cuerpo de un ahorcado. Da la espalda a los recién llegados, pero a simple vista puede adivinarse que se trata de un cuerpo pequeño, del cuerpo de un niño.

Otra silueta está tendida de bruces en el pasto, con la cara oculta de medio lado, y un perro muerto yace a pocos pasos.

Al ver aquello, un encapuchado baja de la camioneta, va hacia los centinelas del Nissan y se quita del todo el pasamontañas. La mata de pelo crespo brota al instante de la cabeza, y aquella mujer de ojos azules con el mapa de un moretón dibujado en su mejilla impugna a los hombres del Nissan, aproximándose al más cercano:

—¿Qué hicieron, hijueputas?

—Testigos —replica el último que monta al carro, por toda respuesta.

La mujer aferra la portezuela, le impide cerrar, lo obliga a mirarla y, de repente, empieza a darle arañazos y patadas mientras grita:

—¡Niños no, malparido! ¡Cabrón! ¡Habíamos dicho que niños no! ¡Matón! ¡Infeliz!

Dos encapuchados van por ella y la llevan a rastras hasta la camioneta que arranca con el embate del conductor.

El sol hunde en el vientre de la llanura su antorcha sangrienta. La luz crepuscular estalla en las troneras de las nubes incendiadas. Brisas ligeras bajan de la cordillera y remecen las hojas del gran caracolí vetusto. En su deriva, arrastran un hálito de sangre y tierra. La sombra de siete mujeres que bajan a toda prisa por las calles empedradas. El perfil de la torre que se proyecta sobre la calle y la campana mayor de la capilla que toca de arrebató. La sombra de un hombre que silba la melodía de un corrido en la labranza y calla de golpe al oír un motor fugitivo. La sombra proyectada de una palmera. La sombra larga de un balancín extractor de petróleo. La sombra larga del mendigo que lleva en brazos a un perro muerto. La larga y lenta subida del humo negro en busca del cielo anaranjado. Tres mil casquillos de balas disparadas y medio centenar de cuerpos yacen en el corazón del caserío, iluminados apenas por el brillo último del atardecer.

Las mujeres locas que asesinaron a Orfeo

Si pienso que conocía ese camino como la palma de mis manos, si pienso que podría recorrerlo con los ojos cerrados, si pienso que en las mañanas, temprano, cuando el cielo vestía aún su falda nacarada, acostumbré hacer esta misma ruta entre la escuela y la pendiente abrupta donde vivíamos, entonces todo parece reconocible a la imaginación. Todo: había un gran árbol; y junto al árbol, cubierto de polvo de oro, un camino; y junto al camino de hierba empolvada, un río de aguas espumosas que corrían en busca del sol. Cada vez que podía, me ocultaba con mi amigo Pedrarias entre las raíces prominentes del árbol del Cíclope, escoltados por un perro motoso de abrojos para escrutar las carnes bronceadas de las bañistas lavándose el cuerpo sin falda ni jabón. Nos gustaba verlas caer al agua en cortos saltos timoratos. A veces venían solo niñas, acompañadas por una anciana tarasca que se orillaba en las piedras, dándose latigazos con un periódico para espantar zancudos. A veces venían las madres de las niñas, blancas y regordetas. Algunas a lavar tendidos, y otras en esporádicos paseos de tarde con los que pretendían ser libres por una hora lavándose las corvas lejos de los hombres y el trasegar del aldeorrio. Los viernes, sin embargo, venían aquellas que no eran niñas: las de los senos más torneados, las cinturas menos mórbidas, los muslos más curvos y el pubis apenas sombreado por un vello tierno de alas de mariposa. A estas las cazábamos durante horas, mientras usábamos de trinchera el tronco del viejo caracolí y luego los arbustos enredados de maradai, y de allí pasábamos en cuclillas a las piedras de la ribera. Mucho antes de que ellas llegaran, ya habíamos surcado a nado el pozo cristalino, habíamos zambullido allí a mi perro y nos habíamos columpiado en las ramas del Cíclope y habíamos buscado el mejor escondedero para aguardarlas. Entonces las veíamos bajar con sus pantalones cortos y sus camisitas playeras de pueblo sin mar. Yo las espiaba, sofocado por una palpitación, sobrecogido por aquellos ombligos de habichuela, y le ordenaba a mi perro que se mantuviera al acecho, y que nunca, por ningún motivo, se atreviera a ladrar. Las veía desnudarse sin cautela, primero los muslos de carne dura, luego las tetas blandas, libres, bellas, abandonadas a su sueño futuro de ciudad, convencidas de que nadie las espiaba, y de que si las veían no importaba mucho, ya que al año siguiente, después de la graduación, su destino las llevaría muy lejos del caserío. Eran cuerpos de todas las formas haciéndose ascuas mientras el sol pasaba de amarillo a rojo. Encajes con tejidos suaves que mordían unas nalgas jaspeadas de pecas. A veces las más recatadas no se querían separar de su ropa interior, pero entonces las más atrevidas desnudaban sus tetas debajo del agua y se reían y

empezaban a perseguirlas con las tetas al aire, hasta que en un ataque traidor las emboscaban, les arrebatában los sostenes y se los empezaban a lanzar entre ellas, divertidas.

Cuando el sol ya había pasado de amarillo a malva, y de malva a rojo y empezaba a extinguir su ojo ardiente en la línea de la finisterra, media docena de cuerpos desnudos se doraban a la orilla de un río brillante como un chorro de miel, pasándose la colilla de un cigarrillo mal envuelto que las hacía reír descontroladas, o el último sorbo de una botella de vidrio rojo que chupaban hasta la última gota. Amaba a estas mujeres locas que asesinaron a Orfeo. Fueron, todas, mi primer gran amor. Cierro los ojos y pienso en el viernes deletéreo en que me sorprendieron mientras acechaba sus cuerpos detrás de las piedras. Cierro los ojos y vuelvo a oler sus tetas y el pubis a la distancia: el perro que olisquea la brisa junto a mí y comprende, tan bien como yo, que ese olor era el olor de la vida. Las grandes bocas que sonríen bajo el efecto hilarante de la marihuana. Entonces Orfeo —que era un verdadero perro canchoso, negro de mugre y motoso— se llenó de la misma emoción taciturna de su joven amo, levantó las orejas y dejó exhalar su lamento de perro que ha soñado con volver a ser lobo algún día. Poco a poco cierro mis ojos y vuelvo a recordar cómo ocurrieron mi triunfo y mi humillación: las ninfas debieron oír el aullido triste del perro. Por eso cubrían con una mano la sombra del pubis y con la otra uno de sus senos, y «¡patos al agua!». Acababan de descubrir a su descubridor.

Pedrarias me hizo señas de que se largaba y logró escurrirse sin que lo vieran. Pero dos Amazonas corrieron por mí y me atraparon con la camisa ensartada en las púas de alambre de cerca. Una de ellas se encargó de Orfeo: le acarició la cabeza, y el perro infame cambió de dueño. La otra me cogió por la clavícula y fue amonestándome con recriminaciones simples hasta el tribunal de las hurís que me esperaban en pleno con sus tetas al aire. Hubiera preferido que se abriera la tierra bajo mis pies que dejarme atrapar por ellas. Traté de evadir a mi captora, pero lo que hice fue obligarla a doblar la fuerza y apretar mi cabeza contra la humedad de sus tetas blandas. Todas reían y celebraban mi captura. Me alzaban el pelo de la frente para memorizar bien mi rostro y amenazaban con quitarme la ropa y dejarme ir en cueros hasta el pueblo si no les juraba antes, que nadie, nunca, jamás, sabría de ellas que se bañaban desnudas en mi río, el mío, el que yo había fundado. Y yo lo juré, a regañadientes, y me dejaron marchar, humillado, en calzoncillos, y ni siquiera a Pedrarias quise contarle luego mi secreto: a nadie pensé compartirle nunca, jamás, que mientras la captora apretaba el cuerpo desmirriado de un niño contra su regazo desnudo, el niño hundía de apuestas la cabeza entre las tetas, y sin levantar sospechas abría también la boca y chupaba del pezón y hallaba una mezcla de cebollas con algo de aceite de almendras.

Cierro los ojos para tratar de imaginar por qué seguí yendo al tribunal de las hurís después de aquello, y no puedo dejar de pensar que era por amor. Amor al almizcle. Amor a sus senos. Y anhelo de probarlos de nuevo. Fue su perfume de aceite de almendras lo que me robó la

tranquilidad y la niñez para siempre. Soñé todo ese fin de año con ella. Averigüé su nombre increíble: Irigna Delfina. La perseguí por el pueblo el domingo. La vi llorar a través del cristal de una ventana de camioneta, la misma en que se paseaba por el pueblo con un hombre grueso, anfibio, que en la papada y las facciones duras demostraba solo amor por el whisky, y quizá por el dinero. La vi volver al río ya después de la graduación, sin amigas, pero con la misma botella y el mismo zepelín alucinógeno y los mismos vestiditos de cuando tenía doce años que se quitaba por completo antes de entrar en el agua. Irigna. Pero ella nunca supo mi nombre, ni del amor que por ella guardaba. Nunca supo que seguí espiándola desde las raíces del Cíclope con el único amor decoroso que le queda a este mundo: el que brota de una mente infantil y es tan solemne que parece mortal. Nunca supo que cada noche mis sueños volaban a ella y me veía convertido en un hombre fornido, motorizado, llevándola aferrada a mi espalda en una Kawasaki que corría a velocidades inverosímiles por esa carretera cubierta con polvo de oro, suspendido, directo a la ciudad de sus sueños. Cierro mis ojos y la veo pasar con un tipo que lleva la mano inserta en el bolsillo trasero de su pantalón, sobre la nalga. Es un tipo obeso, de cadenas y pelos en pecho, camioneta tipo comando y miles de hectáreas de tierra que yo nunca, jamás, soñaré con tener.

La pasea todas las tardes en su gran automóvil último modelo.

La hace tomar refrescos en los ventorrillos del caserío.

Le adorna su cuerpo con alhajas de oro y le arrebató el aceite de almendras con agrios perfumes a base de alcohol que evapora la chimenea de su camioneta al pasar.

Ya no cruza los viernes el vado brillante.

Ya no acude a la cita que nos impuso el destino.

Yo le llamo y le llamo, pero ella nada que llega.

Cierro los ojos y golpeo a la puerta de mi amigo Pedrarias.

—Es viernes —le digo.

—Vamos pues —me dice.

—Rápido —le insisto. Bajamos por la plaza, atraídos como abejas al panal de la feria. Vemos la camioneta estacionada en una esquina. Vemos al tipo obeso que coquetea con dos candidatas al reinado vestidas con traje de baño. En ningún lugar aparece el rastro de Irigna.

—Hoy sí se baña —le digo—. ¡Hoy sí!

Y tomamos el atajo hacia la ribera, y desde ya sueño, deliro, pienso, imagino que la veo venir por la carretera y que la veo quitarse el vestido y las sandalias y hundir sus pies en el vado.

El sol se deslizó en la llanura y medio disco dorado empezó a proyectar destellos de atañor cobrizo sobre la piel de las montañas y los hongos de nubes del cielo. Ese día pasó lenta la tarde, pero ella nunca llegó. Pedrarias se rio de mí y trató de superar su marca, mientras elevaba el columpio al nudo más alto del Cíclope. Era un año menor que yo, e incapaz de eyacular. Por eso

se reía de mi odio, de mis celos y de la intriga de no verla. Por eso se aliaba con Orfeo mejor que su dueño y lo hacía ladrar mientras lanzaba el columpio de llanta al punto más alto, en tanto su amigo acongojado se agitaba en las raíces del árbol y observaba el inconmensurable fluir de la corriente murmurando: «Irigna, Irigna, Irigna; Delfina, Delfina, Delfina».

Fue así como vio la nube de polvo que se acercaba por el occidente.

Fue así como se asustó al ver las armas de los encapuchados que asomaban en las ventanas de los carros. Fue así como trató de agazaparse en las raíces del árbol del Cíclope cuando ya estaban muy cerca, y dijo «venga, escóndase, que vienen a matar a alguien», y fue él quien primero reaccionó ante los aullidos de dolor de Orfeo herido de un tiro: saltó del árbol y se puso a llorar por mi perro —él, que tanto lo quería sin ser su dueño—.

Ni una lágrima brotó de mis párpados. Ni un quejido salió de mi boca. Cierro los ojos y pienso en el modo en que cae la tarde y se derrama el ámbar del sol por encima del gran árbol dorado. Soy un niño, pienso —con el tacón de la bota de un hombre que oprime mi cuello—. No quiero morir debajo de este árbol. No quiero. Abro los ojos y veo la acequia vertida sobre la hierba. Es sangre, pienso. Nos están matando, pienso.

—Quítale la cabeza, tiburón —dice la voz que da las órdenes junto al camino.

Pero entonces resuena una ráfaga y la bota que oprimía mi nuca contra el piso de pronto levanta su peso de hierro y se aleja de mí.

—Vayan por esa perra. Yo la conozco y es la amante de Urbano Frías.

Y resbalan los disparos en las piedras del vado.

Los encapuchados me olvidaron en las raíces del árbol. Luego vino el motor de otro carro que se acercaba. Los tres hombres esperaron, encendieron el Nissan, se pelearon con una mujer, pero nadie se acordó de mí, tendido en la hierba. Permanecí muy quieto y esperé a que estuvieran lejos para correr, pero solo después de abandonar el cuerpo de Orfeo y el cuerpo colgado de Pedrarias en el árbol del Cíclope, solo después de percatarme de que las columnas de polvo suspendido se disipaban, solo después de llegar al vado por el que se precipitaban trescientos mil litros de agua brillante, solo entonces comprendí que mi bañista de pantaloncitos cortos y senos almendrados había decidido acudir a la cita un viernes más.

Ni una lágrima brotó de mis ojos. Ni un quejido salió de mi boca. A nadie dije nunca que vi mi sombra proyectada por el sol de los venados acercándome a sus piernas, a nadie dije jamás que me hiqué de rodillas junto a ella y acerqué mi cara a su boca abierta y luego bajé su escote y busqué los senos de una muerta, y que en el secreto más profundo de aquel vado, abrí los labios y lamí su pezón, ¡y a que sí!, ¡a que era una mezcla de hierro oxidado, con algo de cebollas y

aceite de almendras!

La bañista

En vano busca su boca: ella no lo besa. En vano muerde su cuello: ella no se estremece. En vano incita a un cuerpo que no responde. Le acaricia con ansias las nalgas, mordisquea sus senos, cada vez más exaltado, y mientras lo hace, deja escapar un ronroneo similar al de los gatos falderos cuando buscan una caricia en las canillas del amo.

Es un hombre corpulento y tupido de pelusilla que forra sus dedos y el pecho y le brota en rizos del oído interno.

La bañista quiere hacer a un lado la imagen recurrente de aquel hombre que la manosea en recuerdos, y ahora persigue con la mirada la inmensidad de la carretera que desciende en una curva serpentina hacia la mole del colegio, cruza más adelante el vado del río y luego avanza, paralela a la orilla del agua, perdiéndose finalmente en la línea de la llanura. Sus ojos llorosos y verdes y leves resaltan en la piel morena y el pelo lacio y negro que se desfleca en ondulaciones y ventoleras. Lleva un vestido en el que ya no cabe, una falda de cuando tenía doce años que trata de forrar un cuerpo de dieciséis y apenas logra delatar las formas: las nalgas que vibran con cada paso, los senos a punto de reventar, el grosor de las caderas, la porción de los muslos que acaba donde empieza la redondez de las nalgas. Camina despacio, precavida, para no tropezar sobre las piedras del camino, con los brazos trenzados por encima de su vientre y abrazándose a sí misma, como protegiéndose de alguna culpa.

Se llama Delfina.

Irigna Delfina.

Pero no le gusta aquel, su primer nombre.

El hombre le manosea el cuerpo, estrujándole senos y nalgas con sus dedos hoscos, casi hasta arrancar los pezones, sin advertir la total indiferencia en el cuerpo inmóvil de la muchacha y en el completo repudio que brota de su mirada.

La muchacha detiene el paso, desabotona el vestido y se despoja para lucir solo la ropa de baño que lleva debajo, un pantaloncito mal cortado y un brasier sin tiras, de estraple, que siempre se saca por el cuello para liberar sus senos antes de entrar en el agua. Nunca ha podido ver el río desde allí sin pensar en la tibieza del agua al contacto con la piel, en la agilidad que adquiere su cuerpo cuando está sumergido. Tiene los muslos duros, las clavículas a la vista y una cabeza de

frente redonda y orejas pegadas a las sienes, hecha para la velocidad. No puede ver el río sin imaginarse dentro de sus aguas. No puede verlo sin pensar en su padre. Sin pensar en la primera vez que él mismo la llevó de la mano por aquella carretera y en solo dos tardes caniculares de agosto le enseñó a nadar.

Se llamaba Rubén.

Su padre.

Tres años antes, Rubén Guevara Naranjo desapareció cuando la caravana de contrabandistas que presidía fue desviada al otro lado de la cordillera con un cargamento de electrodomésticos que transportaban de Venezuela a Medellín. Los detuvo un retén policial, y mientras la aduana registraba el cargamento, su padre había hecho la última llamada que haría en la vida: dijo que no había problema, que era un soborno acostumbrado, que a más tardar el martes siguiente estaría de regreso y se sentaría en la mesa a comer frijoles con pezuña de cerdo, que era el manjar que más apreciaba. Pero no regresó. Como tampoco regresaron los demás integrantes de la caravana de contrabandistas, porque tres kilómetros adelante del retén militar los detuvo otro registro, esta vez de hombres encapuchados que desviaron el cargamento de la carretera principal y no se volvió saber nada de ellos.

Le enseñó primero a tomar agua, a perder el miedo por el ahogo. Pidió que se sumergiera y respirara normalmente, como en la superficie. Ella bajó con los ojos cerrados, soltó una estela de burbujas que resbalaban por sus pómulos y reventaban arriba, y cuando quiso inhalar normalmente, el agua le inundó la boca y la cavidad de las fosas nasales. Quiso gritar «me ahogo, papá, sáqueme ya», pero el agua llenó parte de la garganta y de su grito solo oyó una melodía sorda, no palabras. Por un momento pensó que moriría, pero entonces su padre la tomó de los hombros y la sacó del pelo. La tos la liberó de morir y desde entonces perdió el miedo y se familiarizó con ese extraño olor de los ahogados que es reminiscencia del líquido amniótico y está en el olor del agua. Luego su padre le enseñó a ver el mundo inundado por los bajos, con los ojos abiertos. Ahora le pidió que abriera los ojos al llegar al fondo del pozo y se fijara en todo lo que viera durante los pocos segundos que iba a soportar allí dentro. Tomó aire, bajó al lecho y al abrir los ojos vio la luz verde del sol que penetraba en haces y espejeaba en un relieve difuminado en el que predominaban peces con boca de ventosa que no se separaban de las piedras, cangrejos que huían a esconderse en una cueva, sardinas fugaces que se aproximaban para mordisquear sus piernas y la piel fosforescente de sus manos al reconocerse, pálida, como un fantasma. Luego su padre le pidió que enumerara todo lo que había visto y sonrió cuando ella dijo que había un zapato mocasín prensado entre dos piedras. Él mismo se sumergió para comprobarlo y salió, poco después, con la prueba en la mano y le dijo: «Eres un delfín, preciosa. Mi delfincito».

Delfina sonrió porque su nombre iba muy bien con aquel diminutivo.

Al otro día le enseñó dos técnicas de nado con la cabeza a descubierto y con la cabeza sumergida, la sostuvo en sus brazos duros y gruesos, y en adelante la repetición constante del mismo ejercicio depuró los movimientos y creó la resistencia muscular y pulmonar necesaria para nadar a contracorriente, inmersa o a mariposa.

A simple vista, el río. El pozo donde solía llevarla su padre. El sitio ideal para olvidarse de todo: de la salmodia eterna de la madre, quejándose otra vez de la escasez de plata y del hambre que padecen. No la soporta. Prefiere tenerla lejos. Prefiere irse a nadar. Prefiere, incluso, largarse, poner tierra y agua de por medio.

Pero no. No es posible. Aún no.

Está atada a un pueblo que vive en el atraso, y para poder marcharse de allí tendría que trabajar, o ahorrar los aportes escanciados de aquel hombre con piel de cerdo a quien ha tenido que acompañar a dar paseos en una camioneta último modelo, comportándose como su amiga, luego su novia, después su amante, mientras su madre vive en la ilusión de enriquecerse con las nupcias.

Es lo único que espera, ella, su madre, la bruja: casar a su hija con Urbano Frías, al que llama «U», con pleitesía, un hombre rico que las sacará de pobres y las convertirá en propietarias de esa hacienda que su hija visitó la semana anterior.

Hay un lago en el corazón de la hacienda, y en el centro del lago una isla, y sobre la isla, en el centro de la hacienda, Urbano Frías le quitó la ropa y la escondió bajo llave. Luego empezó a manosearla.

Delfina intentó negarse, al comienzo disculpándose con rodeos tibios. En vano dijo que tenía cólicos, que en cualquier momento le venía la visita mensual. Él no la miró con rabia sino con la expresión de lástima que le provocara un animal enfermo. Ella comprendió rápidamente su error y, a cambio de sexo, ofreció su boca.

Puedo hacerlo con la boca, dijo.

La verdad es que fue su peor decisión. Él recibió la oferta con una sonrisa maliciosa en aquel rostro de papada floja y facciones porcinas. Aceptó, pero dijo que se quedara sin ropa, y guardó la llave.

Es un hombre que huele a grasa sudorosa y de su vello axilar emana oleadas de grajo ácido. Le manoseó todo lo que quiso, mientras estrujaba las nalgas con desespero, casi engulléndose a mordiscos los pezones, desafiado por la frivolidad en el cuerpo inmóvil de ella y la indiferencia de sirena que expresaba su mirada. La besó, pero ella cerró la boca, como la primera vez. Él la abrió, como la primera vez, y recorrió con su gusano baboso los labios y la barbilla,

disculpándola con la excusa de siempre (que no sabía besar). Con ese primer beso ella notó la exagerada intensión que ponía en sus movimientos. Buscaba la excitación, pero no la conseguía. Su calzoncillo no se envaraba. Mientras él la besaba, ella no cerró los ojos, ni respondió a sus caricias. Adoptó la rigidez de una estatua, dándole por trofeo el cuerpo de una muerta. Pero él continuó con su asedio. Ahora que ella estaba en su territorio, había llegado la hora de deleitarse. Poco a poco la convenció de tenderse sobre los tablones del muelle. Ella ni siquiera intentó acariciar aquella barba que se erizaba como un cuero de cerdo, aquel pecho rizado, aquellos muslos de felpa. Ahora él se puso más agresivo y le pasó la mano por la entrepierna. Su cuerpo se estremeció al contacto. Él lo notó y continuó, tomándolo como una respuesta favorable. Ella supo que estaba desarmada, que quedaba en sus manos, que no había nada por hacer, que el único camino era acabar pronto, abandonándose como presa fácil, y saltar al agua para limpiarse el alma; así que respondió: por fin alzó la mano, buscó a tientas la entrepierna de él, pero no halló dureza. En vano había fabricado aquella escenografía nudista. En vano se hacía pasar por un amante fogoso: ahora que la tenía desnuda, ahora que ella respondía a la incitación, su cuerpo no despertaba. No era el deseo lo que le fallaba, sino la irrigación. Moría por poseerla, la tenía doblegada, desnuda, debajo, y, simplemente, no podía. Él supo que ella sabía, y eso lo avergonzó. Entonces invirtió su posición, la sometió, puso sus bellos sobre el pecho de ella y empezó a mordisquearla. Algunas veces, el dolor consigue lo que el deseo desprecia, pero hay un momento en que ya no hay erotismo y las caricias duelen. Se detuvo. Levantó la cabeza. La miró. Ella cruzó un brazo sobre la frente y desvió su rostro hacia el lago. Vio el espejismo de vapor que subía del agua y se imaginó que nadaba hacia el sol, lo cual le sosegó la respiración. Él creyó ver en ese gesto una nueva actitud de desprecio. Le arrebató el brazo de un tirón y cruzó la cara de ella con una bofetada. Ella trató de liberarse. Él enfureció. Le cubrió la boca inmediatamente para hacerla callar, buscó su pelvis con los dedos gordos y la espoleó hasta el fondo.

Ella se estremeció, como su madre, cuando al coser recibía un alfilerazo. Dejó de resistirse y apenas exclamó un gritito de animal enfermo.

No era placer, sino dolor.

Y aquel olor que vino luego era la sangre.

Él se quitó de encima y fue al kiosco en busca de whisky.

Ella se quedó tendida en el muelle y respiró con la vibración del agua, adolorida, apaciguada; luego la invadió el vacío de un dolor mínimo, como de piel escaldada. Ya no era virgen.

—¿Qué le pasa?

Pero no contesta.

Se levanta, camina a la orilla del muelle y salta en un clavado perfecto para emerger a medio

camino entre la isla y la orilla contraria.

Urbano desocupa los dos vasos de whisky, sube a la barca y vuelve a remo a la orilla contraria, adelantándose a la bañista. Cuando baja en el muelle, ella da un giro de nadadora profesional y vuelve a brazadas hacia la isla. Él lo toma como otro desaire. Delfina prefiere seguir nadando de ida y vuelta, en lugar de ir a la casa de la hacienda con él. Urbano sacude la cabeza sin entender. Va a la camioneta, extrae de la cabina el vestido y la ropa interior de la muchacha, los deja sobre las tablas del muelle flotante, pone un fajo de billetes verdes dentro de las sandalias cruzadas y enciende el motor para marcharse. Por un instante espera que el motor en marcha la incite a abandonar el agua de prisa, pero ella sigue allí nadando, absorta en aquella competencia consigo misma, y al advertir la completa indiferencia de la muchacha acelera a fondo y se marcha solo, lo que la obligará a ella a caminar para volver al pueblo.

Cuando ya vio las estribaciones de la cordillera iluminadas por la luna llena y advirtió el resplandor del alumbrado público en las nubes nocturnas, la camioneta apareció en la carretera y Urbano Frías le cerró el paso con una nube de gas asfixiante y polvo ofensivo. Estaba feliz; o parecía: venía borracho.

—¿Te llevo, primor?

Pero ella no devolvió la mirada: siguió de largo entre el humo y la polvareda, mientras Urbano perseguía su cuerpo desde la distancia y aceleraba el motor para enfocar las piernas con un par de potentes luces exploradoras. Luego soltó el freno y fue persiguiéndola, al comienzo muy despacio y muy de cerca, luego adelantándose a velocidad media, y finalmente perdiéndose por la curva a toda carrera.

Al contar los billetes bajo el primer farol del pueblo, pensó que era el dinero más fácil y sucio que se había ganado en la vida, pero ante todo: el único. Guardó una parte en su brasier y cuando entró en la casa dejó el resto de billetes sobre la mesa del comedor para que su madre los hallara al día siguiente.

—Lástima que fueran dólares —dijo en el desayuno.

—Agradezca que son dólares —refutó la madre, y mientras recontaba la plata, agregó—: hace mucho que en este pueblo desapareció el peso.

Por un momento dejó de observar el espectáculo de la codicia de su madre y pensó de nuevo en su padre contrabandista. Por un momento pensó en lo que hubiera sido de su vida si acaso regresa vivo de aquel viaje. Entonces no hubiera tenido apremios. Entonces no hubiera tenido que dejarse estuprar de un impotente, solo por conseguir un puñado de dólares. Entonces hubiera vivido en la ciudad. Llevaría pantalones de jean y un bolso repleto de curiosidades. Dos amigas de universidad reirían al lado de ella. Un transeúnte de crespos hechos y piel lampiña la miraría

al pasar, le guiñaría el ojo, y ella sonreiría ante el coqueteo...

—U preguntó por usted esta mañana.

Entonces ella haría un gesto en clave a sus amigas para que la dejaran sola y disponible para el asedio...

—Dijo que le gustaría ir al reinado esta tarde, y que usted lo acompañara, para apadrinar a alguna de las candidatas.

Todo. Todo sería distinto, seguro...

Y entonces levantó los ojos del plato para mirar la cara de esa bruja estúpida que llamaba «madre» y le espetó:

—Que lo acompañe otra de sus putas, porque yo me voy.

—¿Adónde?

No contesta.

—¿Delfina? ¡Irigna Delfina!, ¡malagradecida!, ¡venga para acá, hija de la gran puta! ¡No me saque la piedra!

Pero ni siquiera quiso acabarse su plato: dejó el caldo servido sobre la mesa y fue a encerrarse en el cuarto para pasar el resto del día tendida en la cama, agobiada por la desidia, mientras contaba telas de araña en las paredes.

A mediodía golpean a la puerta.

Es la voz chillona de su madre una vez más.

—U está en la sala y quiere que almuercen juntos.

—No tengo hambre.

—Quiere que vayan a ver el desfile de las reinas, Delfina.

—Dígale que estoy enferma.

—Quiere que...

Y la puerta se abre un instante para cerrarse luego con virulencia.

—¡No quiero verlo más!

—¿Qué le hizo acaso? —pregunta la mujer desde el otro lado, insistente, sin dejar de golpear.

La muchacha recuerda la lengua ríspida, la mata de pelo avinagrado y los dedos fríos, gordos y duros, como piel de serpiente, que le recorren el canal de la espalda.

—¿Qué le hizo? —insiste la vieja.

Las piernas velludas, el olor de sus interiores como colchones secados al sol; los dientes,

amarillentos de fumar, de nuevo mordisquean sus pezones; y esos ojos glaucos de cabra lúbrica que la miran fijamente, y aquellas manos obesas que amasan sus nalgas mientras intentan abrirse camino por un sexo que no humedece... «Tengo que hacer lo que me pida», piensa; «si quiero irme algún día de este pueblo infeliz; debo quedarme quieta y hacer lo que me pida este marrano», piensa. Y entonces pone sus labios sobre la pelambre del pecho: su boca que recorre el cuerpo cerdoso, su paladar estragado por el sudor de obeso que hiede en los resquicios: la mirada que se pierde en el escorzo interminable del vientre abultado.

—A ver: ¿qué le hizo que no le haya pagado en dólares, ah?

—Nada, mamá. Simplemente, no quiero verlo.

Asegura la puerta con la esclavilla y empieza a llorar, mientras aprieta la manija con resquemor, por si intentan forzarle a abrir desde el otro lado.

Los pasos de su madre se alejan y un murmullo indescifrable le llega desde la sala. El motor de la camioneta acelera en la calle, y al final, la casa está de nuevo en el silencio acostumbrado de la tarde.

Delfina camina hasta el ropero y saca un viejo álbum de fotos con la tapa desportillada. Con precaución, logra zafar la vieja portada de los anillos sujetadores y contempla con interés la primera foto: un bebé suspendido en una tinaja con agua de flores de caléndula, que mira al fotógrafo a través de la piel del agua.

En una interlínea, bajo la foto, se lee una leyenda escrita en tinta roja:

«Mi delfín, de cinco añitos ya sabías nadar... dime ahora: ¿qué ángel te lo enseñó? ¿Cuándo?».

Es la letra cursiva de su padre.

—Si estuvieras vivo —murmura.

Y recorre la letra cursiva con la yema del dedo que busca un poco de tibieza en el recuerdo espectral de un muerto.

Una mañana encontraron el sufragio por debajo de la puerta, y la corona funeraria anclada al parabrisas del carro. El panfleto estaba acribillado por múltiples errores. Decía: «Dezcanzó en la pas del señor el honorable traficante de armas Ruven Guebara Naranja».

El propio Rubén lo encontró y fue a releerlo al comedor sin acabar de descifrar el significado. Su esposa lo supo con solo verlo, rasgó el sufragio, hizo un ovillo y dijo: «Rubén, te van a matar». Pero él no dijo nada y siguió preparando el viaje a Maracaibo con sus quince socios del contrabando, aunque los acusaran de auxiliadores de guerrilleros, y de transportar fusiles para el mercado negro. Ellos lo negaban y alegaban que en eso consistía el contrabando: viajar por zonas peligrosas donde había que trazar impuestos tanto a guerrilleros como a policías corruptos,

todos por igual; pero que les acusaran de traficar con armas o explosivos era una calumnia añadida, de mala ley. La única esperanza a la que se aferraba Rubén Guevara Naranjo era la de salir en un solo grupo compacto para aquella compra: tres camiones y dos camperos juntos, y mantenerse así durante todo el trayecto, siempre juntos, cruzar la frontera de Venezuela y volver juntos por la misma trocha, con la mercancía. Para eso citó en su casa a toda la comitiva de contrabandistas para una reunión extraordinaria. Fue una sorpresa que aquel hombre tímido abandonara la extrema discreción que asumía con todos sus asuntos legales y privados y se decidiera a enseñar los pedazos rotos del sufragio amenazante al cabildo reunido en la sala de su casa. Pero la sorpresa mayor estribó en que a la casa de cada miembro de aquella caravana de contrabandistas también había llegado un sufragio con idéntica inscripción y con los mismos claveles fúnebres que llegaron a la puerta de la suya. Todos llevaban el panfleto metido en el bolsillo, con sus respectivos nombres, pero no se atrevían a mostrarlo por principio agorero: el primero en destapar el sufragio sería, quizá, también el primer muerto de los amenazados.

Como Rubén Guevara decidió ser el primero en lanzar la piedra, enseguida cinco optaron por enseñar también sus panfletos. Una vez puestos sobre la superficie de la mesa, como un panteón de lápidas, aquellos papeles de amenaza parecieron un mal chiste por los múltiples y garrafales horrores de ortografía. Hasta los más desprevenidos los notaron, y dijeron entonces que eso solo podían habérselo ingeniado unos indios brutos. En complicidad se rieron de las palabras sin haches, de las eres por erres, de las uves de burro, de las zetas por eses, de los nombres cambiados, con sonrisitas inocuas que no conjuraban de todo el miedo, pero fue decisión del quórum hacer el viaje en caravana, sin espaciar los camiones por la carretera para evitar las aduanas. Si caía el cargamento, caería completo. Si mataban a uno de los contrabandistas, los mataban a todos.

Esa fue la decisión. Y eso fue lo que hicieron.

Permanece absorta, perdida en la tarea de reordenar los fragmentos de aquel mapa familiar, pero al final se da cuenta de que las fotografías suplantán al legítimo recuerdo y, en últimas, la imagen que queda del pasado no es la que vive en la mente sino la que impone una foto. El fantasma de su padre, poco a poco, se ha ido borrando. Tan solo puede recordar momentos de esa vida perdida e irrecuperable. El Rubén que subsiste en su mente es misterioso, atlético, explorador, enérgico, la sostiene sobre el agua con sus dedos suaves, con caricias tersas. El otro Rubén, el de las fotos, el que en todos los cumpleaños aparece sonriente, es un maniquí, inmóvil, postizo. No habla. No dice «la quiero». No huele a animal salvaje. No la deja dormir atenazándolo con sus piernas. El de su mente le habla, la acompaña, la invita a comer helados, la mantiene a flote, le da consejos para nadar que sirven lo mismo para vivir:

—Cuando alguien se esté ahogando no intente salvarlo dándole la mano, porque la ahogará a usted también. Arrójele un lazo, o cójalo por la espalda; si se deja prender, se ahogarán los dos.

¿Entendido?

—Sí.

—Eres mi delfincito.

El de las fotos solo tiene una copa de champaña en la mano y brinda y no se mueve. El que le enseñó a nadar en el río se le sigue apareciendo cada tarde sentado en una piedra, con su pantalón corto y su abdomen marcado, vigilante, atento a que su hija nade con técnica, como una verdadera deportista. A veces, incluso lo ve practicar un clavado y las burbujas que deja tras de sí revientan en su piel cuando pasa a su lado. El que vive en sus recuerdos es más real que el de las fotos. El de su mente está vivo, aunque esté muerto. Es ese recuerdo el que se niega a perder. Es ese al que busca. En el olor de las camisas viejas. En la música que tanto cantaba. En las piedras del río. El del álbum, solo sonrío; está quieto.

Tres años después de la desaparición de su padre, volvió al río. Empezó a ir sola, al final de la tarde, para que todos los bañistas y lavanderas ya se hubiesen marchado y poder así sumergirse desnuda en el pozo del Cíclope. Dos años después empezó a ir con las compañeras del colegio a quienes el plan de bañarse desnudas les pareció la forma más dichosa e irresponsable de acabar las tardes del último año, antes de la graduación. Llegaron al acuerdo de bajar todos los viernes, después de clases, para bañarse juntas y broncear sus cuerpos y estar preparadas para el viaje de excursión que sería, según todos los pronósticos, a conocer el mar. Vino el fin de las clases, el día del grado, pero la excursión nunca llegó. Ahora ya no son compañeras, ni siquiera amigas. La mayoría de ellas no volverán al río. La mayoría de ellas se fueron del pueblo en busca de una universidad o de un destino mejor, y las que se quedaron en el pueblo optaron por retirarse el saludo, para no tener que darse explicaciones, ni pasar el rubor de confesar que las engañaron, que nunca serían más que bachilleres y que sus sueños nunca fueron un descubrimiento personal sino una farsa concertada.

Ahora baja sola, de nuevo, camino del río.

De haber tenido valor habría seguido, seguramente, el camino de su hermana mayor, que se largó al primer embate doméstico y ahora vendía su cuerpo en una calle de ciudad. Algunas se hacen putas para no preocuparse por los recibos de la casa, para no oír más la cantaleta de su madre o para no casarse con un hombre y cocinar a perpetuidad. Su hermana había elegido la vergüenza para no tener que asumir obligaciones, o para que no le pidieran la hoja de vida y el certificado de estudios. Su hermana era valiente. Pero ella no. No sabe hacer nada con sus manos, salvo usarlas como aletas para deslizarse bajo el agua. Solo sabe nadar, competir con los jaboneros y las doradas en un río de aguas verdes donde no se otorgan medallas. Lo único que le faltaba para acabar de arruinar su vida es que esa bruja que insiste en llamar «madre» tuviera la gran idea de conseguirle un marido, y ya ocurrió: Urbano Frías, «U», entrada en confianza, es el

antiguo socio contrabandista de su padre, que sobrevivió a aquel viaje porque estaba enfermo y no pudo sumarse a la caravana. Debido a su buena suerte, Urbano Frías en menos de cuatro años se volvió rico y figura ahora como dueño del monopolio del contrabando, ganadero, propietario de quinientas cabezas de ganado vacuno, de siete carros, de las mejores casas y poseedor además de un gusto refinado por acostarse con muchachas que no sobrepasen nunca los dieciséis años de edad. A los diecisiete años, Delfina está en la frontera divisoria entre las amadas y despreciadas por Urbano Frías. Pero aún conserva algo a su favor que la distingue de todas sus excompañeras de colegio, que la hace apetecible y la convierte en una pieza de caza digna del ganadero: es virgen; nunca tuvo novio. Su madre empezó a invitarlo para almorzar, luego le ofreció whisky, exhibió a su hija menor en la mesa del comedor con los vestidos reformados de cuando tenía doce años, destacó eso, que nunca tuvo novio, y la metió en la cabina del último modelo. La primera vez que el ganadero la llevó en su carro, Delfina se rehusó, abrió la portezuela, bajó en la siguiente esquina y no quiso ir por más de una cuadra. Pero la segunda, su mamá subió a la cabina, los acompañó a la heladería y respondió por ella ante el ofrecimiento del ganadero:

—Claro que quiere helado: uno de ron, con uvas pasas...

El ganadero las paseó por la plaza principal, les dio una vuelta al pueblo y las dejó otra vez a las puertas de la casa.

A la semana siguiente Delfina discutió con su madre que le reñía por negarse a llevar un pantalón que perteneció a su hermana, ceñido y malogrado ya en la cremallera. Al fin se dejó ver con el vestido reciclado, los muslos apretados, los senos desbordados sobre el escote, el vientre marcado y curvo, la falda arrepollada, con una vibración a cada paso de gelatinosa carne mórbida. Delfina salió de su casa con aquel vestido, transformada en una mujer venusta, subió al carro y le dijo «arranque» al ganadero. La madre los vio partir, sorprendida del cambio de opinión y apariencia de esa hija que siempre había visto un poco marimacha. Esa tarde y el resto de la semana, Urbano Frías la exhibirá en su nueva camioneta, feliz, ante la mirada codiciosa de otros hombres y la abierta envidia de algunas muchachas del pueblo. Mientras pasean, supone que el secreto de su conquista radica en hablar de dolarización y en su procacidad para contar chistes sexuales que solo él celebra con risa de caballo. Durante los desplazamientos, ella permanecerá distraída, ausente a los chistes de Urbano Frías, indiferente a las peroratas, mientras observa por la ventanilla la calle empedrada, las fachadas en donde la gente se quedará mirándola y las mujeres murmurarán y los hombres comentarán y se reirán con gestos maliciosos.

Cuando Urbano Frías la deja en la puerta de su casa y pretende besarla y acariciar sus muslos, ella declina la boca; le evita. Él entonces, sintiéndose ya con algún derecho sobre su carne, y al ver la conducta esquiva de la pierna, la toma por la fuerza, hunde en su boca la lengua pastosa y la deja en el andén con dos billetes verdes entre las manos, y una frase de su ramillete:

—Son dólares, primor; no te los gastes todos en ropa...

Delfina esconde los billetes de más alta denominación en el encaje que cubre sus senos y el resto los desenfunda y los da a su madre, al entrar.

Esa semana, por arte de magia, vivirán al interior de la casa en una paz inusitada, sin discusiones, ni despachos, ni reprimendas, en un ambiente de tranquilidad motivado por el primer dinero que entra a la casa desde que el padre dejara de aportar.

Un día la lleva a la única discoteca del pueblo. Allí pelea con todo aquel que se atreva a mirar a su dama o siquiera invitarle a bailar una pieza.

—Nos vamos —dice, después de golpear a un tipo hasta pulverizar sus dientes.

La deja en casa, y en la puerta, con la mano manchada de sangre ajena, le acaricia los muslos. Luego intenta insertar entre sus piernas las dos falanges. Es brusco, animalizado: está borracho. Ella aprieta los muslos. Le rechaza. Él saca los dedos y olfatea y sonríe.

—Hueles a talco.

Ella no se atreve a mirarlo.

A respirar, siquiera.

Seis billetes, le ofrece esta vez, y se va conduciendo con los dedos de una mano, y olfateándose los de la otra.

La madre se vuelca en dulzura y atenciones al ver tanta generosidad por parte del ganadero. Desde aquella noche la tratará bajo el mote impostado de «reina» en todas las frases: «Mi reina», «La reina de esta casa»; y con el mismo dinero preparará los platos más queridos de su marido muerto —que son los mismos que le gustan a Delfina, y que no se preparaban en casa, por respeto, desde la desaparición de Rubén Guevara—.

Todo está listo entonces para que Urbano Frías, «U», pase a recogerla el viernes siguiente y la lleve a conocer la joya de sus propiedades: una finca con helipuerto y lago artificial que acaba de fundar en lo más codiciado de la llanura.

Le pide que no mire, pero ella mira y entonces se desnuda en su presencia. Mientras cae la ropa sobre el muelle flotante, descubre que es un hombre con remolinos de pelo hirsuto sobre las tetillas y legajos de grasa que desbordan la tanga fosforescente. Él la mira y sonríe. Ahora la invita a subir en la barca y empieza a remar hacia el kiosco de la isla. Mientras la barca se desliza, dice que solo hay un requisito para no profanar aquel lugar sagrado de sacrificios indígenas, y que para eso hay que quitarse la ropa al desembarcar.

Toda la ropa.

—Hasta la interior.

De suerte que al llegar a la isla viene hacia Delfina y baja la cremallera de su vestido.

Ella no opone resistencia.

Le pide que baje, y ella baja. Le pide que espere, y ella espera. Él regresa solo en la barca hasta el muelle flotante en la orilla contraria, guarda las prendas bajo llave en la cabina de la camioneta, se quita la tanga fosforescente y vuelve remando a la isla, sin dejar de admirar con morbo su desnudez.

Lo peor viene después, cuando empieza a manosear sus nalgas. Introduce la mano bajo las piernas de la muchacha y trata de abrirse paso por allí, con la falange más gruesa.

—No—dice ella, sin forcejear—: hoy no se puede. Estoy enferma.

—¿La picada del murciélago?

Y ríe de poder bromear con la indisposición mensual de la muchacha. Luego repara en que aquel contratiempo daña sus planes para aquella salida de campo, y queda serio. Parece sorprendido de oír una negativa a su generosidad, y la toma como un despropósito: muda de semblante y parece ofuscado, pero al oír la tentadora proposición de usar la boca para complacerlo, se tranquiliza. Es casi un halago. Precisamente por oír una frase así de una virgen que nunca se comunica más allá del escueto monosílabo en su presencia, la disculpa. Vuelve a beber. Vuelve a sonreír. Está complacido. Es un hombre feliz que celebra un proverbio de su peculio: «Dos cucharadas de caldo y mano a la presa». Un cazador con presa.

Urbano Frías se acomoda en la hamaca, abre los muslos y se acuna como un niño. Ella empieza a recorrer aquel cuerpo obeso como vio hacer en una película alquilada con sus amigas del colegio en la sala de videos del pueblo, pero el hombre no se excita igual que el actor de la película. Aunque lo intenta todo para acabar pronto (lamer, succionar, acariciar) y aunque los ojos de él parezcan nublados de excitación, su cuerpo no responde, no endurece. Ella decide ir hasta el final y alcanza a retirarse justo cuando aquella baba aguanosa cae sobre sus senos tímidos.

Urbano Frías la mira entre brumas. Sonríe de satisfacción y acaricia los flancos de su cabeza.

—Bonita, bonita —murmura.

Pero ella lo evade y camina hacia el lago.

El resto de la tarde Urbano Frías tratará por todos los medios de reivindicar su virilidad endeble, aunque cada intento sea una derrota más humillante que la anterior. El whisky lo vuelve pesado, y el calor lo aletarga. Desde la hamaca seguirá sudando a chorros, bebiendo y codiciando aquel cuerpo, pero ya en la completa pasividad. La ve nadar desnuda alrededor de la isla sin acercarse a la orilla, y cuando al fin hace una pausa para tomar el sol, cuando al fin va y la

aprisiona sobre el muelle con la yema de los dedos gordos, sin erección, humillado por su propia mano, derrotado por el estupor alcohólico, determina el fin del paseo, y dirá: «Vámonos, se hace tarde».

Urbano se vistió a toda prisa, la vio zambullirse sin atender llamados, volvió en la barca y dejó la ropa hecha un ovillo sobre las tablas del muelle flotante. Ella no lo miró. Él encendió el carro y partió hacia la casa de la hacienda.

Al salir del agua y abotonar su ropa y contar los billetes, Delfina optó por no ir en dirección de la casa, sino por tomar el ramal pavimentado con dos huellas de cemento; se alejó de aquella finca en busca de la carretera principal y volvió al pueblo con ese nuevo fajo de billetes para que su madre la siguiera llamando «la reina de esta casa».

—Un día me voy a ir. No quiero vivir así.

Lo dice y repasa el rostro de su padre en una fotografía en la que se ve con la nariz untada de crema y una tajada de ponqué a punto de morder.

Luego murmura: «Como una puta».

Y aplasta el álbum de fotos, cerrándolo por las dos tapas.

Camina hasta el tocador y rebusca en una gaveta el vestido que va a ponerse. Entre la ropa de baño encuentra un frasco de aceite de almendras que usaba para perfumarse y que relegó a su suerte cuando Urbano Frías le obsequió un Chanel Número 5. Ahora toma un copo de algodón y unge su cuello y su pecho de aceite perfumado. Luego deja el frasco y rebusca un vestido de baño. Todos son trajes reformados, reciclados una y otra vez desde que su hermana tenía catorce; ropa en la que ya no cabe, en la que su carne se traslucе y sus piernas y senos sugieren tanto que parece más desnuda que si no llevara nada. Elige por traje de baño el pantalón cortado arriba del muslo y el estraple. Encima de las dos prendas enfunda un vestido ajado, y ante el espejo comprueba que está lista para salir.

Son las 5:40 de la tarde en el reloj de la sala y un rayo de ámbar de sol se filtra por una persiana.

«A esta hora ya no hay gente», piensa, y va atravesando el zaguán en puntas de pies para evitar el interrogatorio de su madre.

—¿Adónde va, si se puede saber? —dice una voz ronca detrás de su espalda.

Es la vieja bruja que se ha escurrido por el zaguán de la cocina. Lleva delantal y guantes de lavandería, y deja hilillos de agua chorreante como un caracol sobre las baldosas.

—¿Quién le dio permiso de salir, si se puede saber?

Es una discusión efímera, pero suficiente para volver a sentir furia y asco y dejadez por su propia madre.

—U se fue indignado porque usted no quiso acompañarlo a la feria, y ahora va y se escabulle sola.

Se miran, como dos fieras a punto de atacarse mutuamente, hasta que Delfina zanja por lo más fácil y le da la espalda.

—¿Adónde va, guaricha?

—No me joda.

Y abre la puerta.

—Ya sabe que al río.

Sale rápido, mientras contiene la ira en el puño cerrado.

Asco y desprecio es todo lo que siente por aquella mujer.

—Vieja bruja —murmura.

Y se aleja.

Su casa es la última de la calle. La primera, para quien va entrando al caserío. Delfina dobla la esquina y sale del pueblo sin mirar atrás. Cuando las casas quedan lo suficientemente alejadas, aprovecha para arrancarse el vestido sacándoselo por el cuello, y sigue en pantalones cortos y estraple mientras observa la inmensidad de la llanura que incendia un sol que parece un enorme queso rojo de los que su padre traía para Navidad. En la profundidad del horizonte, en algún punto que no se alcanza a divisar enteramente desde allí, está la finca de Urbano Frías con sus pastizales plagados de nigua y el lago artificial y la barca y el kiosco para desnudar mujeres. Es solo un hombre forrado de billetes y de pelos ásperos que le brotan, igual que cerdas, por las orejas y por todo el cuerpo. La bañista quiere borrar de su piel y de su mente el repudio que le producen la imagen de ese hombre, el sabor a cloro de aquel líquido viscoso que sobrevive en las papilas de su lengua, pero solo los reflejos imponentes del sol que declina y la silueta del río brillante donde se bañará dentro de poco y la amplia curvatura por la que desciende la carretera hacia el vado parecen atenuarlo.

Es una hora que siempre le viene bien para andar sola y ligera de ropas. Piensa en las tardes en que empezó a nadar desnuda, primero sola, y después con el grupo de alumnas. Piensa en el deseo compartido por todas de irse para siempre de aquel caserío abominable que vivía en el atraso, en los grandes amores que hubiera podido conseguir en la ciudad, en la carrera universitaria que le hubiera gustado hacer para enorgullecer a su padre.

Su padre, de nuevo su padre.

Vuelve a pensar en ese, el último viaje que hizo como contrabandista. Es una historia que sabe de memoria por haber leído los pocos recortes de periódico y las fotocopias que guarda en el álbum de cada indagatoria y cada artículo en que se mencionó aquel crimen.

Pocos días después de saberse la desaparición de los contrabandistas, una comisión judicial empezó a rastrear todas las pistas sobre el extraño caso relacionado con la caravana de desaparecidos en una expedición de contrabando que iba de Colombia a Venezuela. Dieciocho meses después, el caso se cerraba abruptamente cuando la comisión de jueces de instrucción criminal que seguían como sabuesos las huellas ofrecidas por múltiples testigos que aseguraban haber visto pasar la caravana —y haber visto a sus pasajeros escoltados por otros camperos repletos de hombres armados que conducían los vehículos y luego haber visto pasar de nuevo la caravana pero ya con los camiones desocupados de mercancía y de mercaderes y, aseguraban, algunos almacenes recién fundados en la región vendían los electrodomésticos que fueron traídos de Venezuela en esos camiones—, llegó a la zona donde fueron vistos por última vez los comerciantes, en busca de pistas que condujeran a establecer la misteriosa desaparición. Traían la misión de recoger pruebas y repartir boletas de citación a sospechosos y potenciales testigos declarantes, pero cuando los investigadores se disponían a visitar el último recodo del itinerario, fueron abordados en una tienda de caminos por los pasajeros de un camión blanco, todos armados con fusiles y ametralladoras. El chofer del camión, un hombre de tez negra que lucía sombrero costeño y una pesada cadena de oro al cuello y a quien los demás hombres llamaban «comandante», bajó del carro y se presentó ante la comisión de jueces ofreciéndose en seguida a guiarlos hasta la fosa común donde estaban los cuerpos descuartizados de los contrabandistas. A continuación aquel hombre se identificó como comandante guerrillero y les dijo que el crimen por el que averiguaban había sido cometido por los miembros del comando paramilitar Muerte a Secuestradores. Los jueces se miraron entre sí, algunos intimidados por las armas largas que llevaban aquellos hombres, pero interesados por una información de primera mano que evidenciaba dos teorías de la investigación: la rivalidad entre grupos enemigos por el control del territorio y la constatación de una masacre.

El hombre del camión blanco pidió partir enseguida, porque era zona de operativos militares. Dijo que la única garantía para proceder a llevarlos hasta el sitio era ir desarmados. Los judiciales accedieron a entregar sus armas de mala gana y pasar por secuestrados del comando guerrillero, convencidos parcialmente con las sonrisas del hombre negro y la justificación de que era solo una precaución en caso de que en las revueltas del camino se encontraran con un retén del ejército.

La caravana se puso en marcha. Treinta kilómetros más adelante el camión blanco, que encabezaba la caravana, se detuvo sin motivo aparente. Los jueces, intrigados, le preguntaron al hombre negro qué ocurría, si acaso ya habían llegado al sitio de la fosa, pero la sonrisa que dio como respuesta fue tomada como señal por sus hombres, quienes bajaron y desaseguraron los fusiles y luego dispararon desde todas direcciones contra los jueces que habían llegado demasiado lejos con sus pesquisas.

A una nueva señal, los francotiradores tomaron los expedientes y les prendieron fuego.

Finalmente pasaron por los cuerpos que aún se movían y los remataron con tiros de gracia para que no hubiese testigos y se marcharon de aquel paraje sin imaginar que tres miembros de la comisión pasados por muertos sobrevivirían a las heridas para relatar la historia que todo mundo ya sabía: el mismo grupo que acababa de masacrar a los judiciales fue el encargado de interceptar la caravana de contrabandistas para llevarlos luego a la orilla de un río donde les destazaron los intestinos y desmembraron sus cuerpos con machetes y sierras para impedir el flote, y lanzaron las partes al fondo del agua lodosa.

La bañista saluda al profesor Arquímedes, borracho como siempre a las puertas del colegio, y sigue de largo.

—Adiós, Irigna Delfina —oye que le dice a media lengua, en su idioma etílico.

Ya no siente la respiración en su cuello ni las manos ávidas sobajeándole las nalgas. El espectro de Urbano Frías se aleja cada vez más de su cuerpo. Las sombras de todos los árboles se proyectan sobre la llanura tras el sol de los venados. Al frente de sus ojos solo tiene el vado que corta la carretera con trescientos mil litros de agua que se precipita: es el agua, de nuevo, el agua clara y helada que le lava las manchas del cuerpo como si fueran manchas del alma.

La bañista descalza sus sandalias, las alza del suelo, titubea, calcula el paso que va a dar antes de insertar los pies en la corriente del río, y un segundo después empieza a cruzar el vado, sin temores, adentrándose poco a poco en el sendero del agua radiante.

El último bolchevique

—Aquí empezó todo —susurra el profesor, y vuelve a beber de la botella.

Está sentado en el sardinel de la escuela. La misma escuela que hace cien años servía de campamento a los obreros de la Petroleum Company. Fue ese edificio lo primero que vio el día en que llegó al pueblo para ser maestro. El pueblo en el que vivió su abuelo pintor. Lo dejó todo en la ciudad y llegó a ese aldeorrio para preguntar a los más ancianos por antiguos nombres de calles ya olvidados. Entonces lo supo: al seguir el rastro y desmadejar la urdimbre de los recuerdos prestados supo en qué subterráneo se imprimían los libelos procomunistas de su abuelo, sesenta años atrás, y en qué atalaya de roca instalaba el caballete para esbozar paisajes al carboncillo —que luego pasarían al aguafuerte—, y en qué toldillo de la plaza habría de conocer a Magdalena, su mujer, y en qué ergástulo se planificó el levantamiento armado del 28 de julio y en qué calle moriría finalmente aquel viejo pintor con un balazo en la frente.

El subterráneo fue el primer vestigio que ubicó en el mapa. Cinco años atrás, el profesor pide permiso para ingresar al sótano de la casa. La anciana lo deja pasar, armado de cámara fotográfica. La vieja dice: «Haga lo que quiera, pero no me tome fotos a mí». Enseguida baja al subterráneo. Una vez dentro, ve la herrumbre ruinosa de lo que fue alguna vez la prensa de imprimir panfletos.

Encima de la prensa: un corral de gallinas aturdidas que cacarean y picotean granos de maíz a la luz de una bombilla. Meses después halló, en la misma casa, la fotografía en que aparecían los miembros del Estado Mayor Bolchevique vestidos de paño y corbata, con la imagen distinguida de su abuelo en el centro, muy serio, patillas largas, mejillas hundidas, gafas de aro metálico, y junto a él, de gabardina blanca, la estampa de un hombre más joven que el resto, que luce feliz, con sonrisa galante y nariz sagitaria y que poco después habría de identificar con un modelo recurrente en los cuadros y bocetos del abuelo.

El hallazgo más importante de todos, sin embargo, se reduce a haber entrevistado a la hija de aquella que cuidó de su abuela Magdalena hasta el final de una vejez llena de pobreza y oscuridad, por la ceguera. Ella le confesó que su abuela murió de ochenta años, sola, sin saber adónde había ido el único hijo del pintor, y empeñada en no despegarse de un baúl lacrado por dos cerraduras que escondía celosa bajo el catre de hierro donde dormía. Cuando murió de vieja, tuvieron que abrir el baúl a golpes de martillo porque no hallaron las llaves en ningún sitio.

Dentro, encontraron además de algunas monedas ya sin valor, las telas de varias pinturas y grabados al aguafuerte, óleos desteñidos y carboncillos que representaban paisajes y torsos del mismo hombre pero en distintos ángulos y en distintas labores de desbrozo de selva: las obras completas de su marido.

No necesitó más que una ojeada a las pinturas para adivinar que los cuadros habían sido pintados por la misma mano, cincuenta años atrás. Y lo más revelador: el modelo que posaba era siempre el mismo. Al comparar cada cuadro descubrió que era una serie con el mismo tema recurrente y obsesivo que atravesaba todo el periodo creativo: un torso masculino sometido a labores obreras, en primer plano, en escorzo, de refilón, mimetizándose con el paisaje.

Pidió entonces que se los vendieran a cualquier precio, mientras aducía que para él no tenían las pinturas más valor que el sentimental. Por precaución. Por si querían obtener una fortuna a cambio de aquel tesoro. Aclaró que en ese sótano se pudrirían, y que él podría darles mejor uso para adornar los muros escuetos de su escuela. Eso fue suficiente: la mujer miró por última vez los cuadros, y suspiró delante del profesor:

—Pobrecita Magdalena: el único hijo que tuvo en la vida se lo dejó hacer de un marica.

Después, en la sala, añadió que el día que mataron al «marica» no hubo nadie más que ella dispuesto a recoger su cadáver de la calle.

No le gusta ese calificativo para su abuelo, pero la imagen de aquella mujer que recoge el cadáver de la calle, después del alzamiento, agrega un dato nuevo a su investigación. El profesor sale de aquel sótano, con los cuadros bajo el brazo, revitalizado por el hallazgo. Y ya en la escuela, tiene el comedimiento de tomar las medidas exactas para los marcos de madera en que descansarán las pinturas. Mientras lo hace con un cartabón, descubre en una de ellas aquel paisaje que exhibe la fachada del mismo edificio donde queda su escuela y con un anuncio sujeto al travesaño del dintel: «Ergástulo, Petroleum Company». Intrigado, sale a la puerta, extiende la pintura, y compara la tela con la fachada de lo que aún queda en pie del antiguo edificio.

Ahora no tiene dudas: la barraca que servía de dormitorio a los obreros petroleros sesenta años atrás es la misma bodega de adobes, de un solo piso, a la entrada del pueblo, donde se levanta hoy su escuela, el mismo lugar donde ahora enseña Historia, Español y las cuatro operaciones aritméticas a un puñado de adolescentes apáticos.

El profesor Arquímedes calcula el último sorbo que queda en la botella de brandy y se encamina hacia la parte posterior del edificio.

A cada paso que da, una pregunta modula con voz débil, para nadie:

—¿Quién se acuerda de los Bolcheviques?

Luego en voz alta:

—¿Quién se va a acordar? ¿Quién se acuerda del acrónimo CCC?

El eco responde en las paredes deshollejadas.

—Todo lo que se haga contra el tirano, vale la pena.

Lo dice a las hileras de pupitres vacías al interior de la escuela, como si estuviese en clase de Historia.

Y brinda con el primer vaso servido de la segunda botella de brandy que ha sacado de un gabinete y que ahora se dispone a beber en medio del gran salón desierto.

Mientras desenrosca la tapa de la botella, carraspea, enfatiza el tono de voz y sentencia, ante los pupitres vacíos, que en el año veintinueve del siglo veinte, un grupo de artesanos y guerrilleros liberales y obreros sindicalistas y campesinos socialistas colombianos organizó un plan de rebelión armada que llevaría al alzamiento del gobierno del pueblo con revólveres y escopetas, machetes y dinamita, y cuyo plazo máximo e inminente se había fijado para el veintiocho de julio. Ese día iba a caer la tiranía, y la hegemonía terrorista conservadora sería arrodillada.

Mira las sillas, y las sillas le devuelven la mirada.

—Todavía la palabra terrorismo significaba lo que en la Francia de Robespierre —explica a las sillas—: *régimen de violencia instaurado por un gobierno, y no los actos legítimos de un pueblo contra el tirano.*

Por un instante, imagina en aquella asamblea de sombras las caras de los alumnos absortos que no saben si llorar o echarse a reír por la verborrea ininteligible. Ve el pelo de las alumnas más juiciosas que toman notas de todo lo que dice, pero nunca recuerdan nada, ve el cabeceo de los que dormitan y pescan moscas mientras habla, ve las manos furtivas de los enamorados que se pasan telegramas de mano en mano. Es profesor de un colegio donde nadie atiende. Donde nadie aprende. Donde nadie se quiere educar para el futuro porque todos los alumnos saben que para ellos no habrá futuro.

El salón, a su espalda, permanece vacío.

Cada vez que bebe es lo mismo: habla y dicta clases de Historia Patria a un pabellón de sillas vacías, y al final cae en la misma desazón y busca la cancha con la botella en la mano.

Bebe un largo sorbo a gollete. Algunas gotas resbalan por las comisuras profundas de sus mejillas hundidas y escurren hasta el cuello desde la barbilla. Se limpia con la manga enrollada hasta mitad del brazo y continúa por los pasillos, murmurando en su salmodia que mientras en el año 1924, a diez meses de haberse iniciado la explotación petrolífera, los trabajadores entraban en huelga; por otro lado, el gobierno declaraba el «estado de sitio» y enfrentaba con puño de hierro la solidaridad de los braceros portuarios del río Magdalena, de los ferroviarios de

Antioquia y los mineros de Segovia y los fabriles de la costa Caribe, que mantenían en vilo al país en su protesta. Mientras en noviembre de 1928 comienza la huelga de peones y semiproletarios en las plantaciones de banano en Ciénaga y Aracataca, en diciembre la represión estalla con la matanza exigida por la United Fruit Company, y parece conjurarse así la rebelión comunista.

Los niños le miran al pasar, rígidos. Él entrecierra los ojos en un parpadeo, y cuando vuelve a abrirlos ya no hay nadie.

«Nadie te escucha, profesor estúpido», se dice, y pateo las bancas que encuentra cercanas.

—¡Nadie!

El eco.

La última sílaba.

Nadie.

Le gusta repetir la historia de los Bolcheviques porque la sabe de memoria, porque la reconstruyó escena por escena en cada uno de aquellos recortes que su abuelo imprimía y que eran resúmenes de lo que leía y editaba de periódicos comunistas. Luego esos recortes fueron a parar a manos de su padre que los conservó por años, como si en ellos estuviera oculta la historia familiar, y luego se los heredó, todos en orden riguroso, y encuadrados en un cartapacio de cuero con la hoz y el martillo repujados por cada una de sus dos tapas.

Su abuelo fue pintor. Su abuelo fue bolchevique. Su abuelo pertenecía al Comité Central Conspirativo, recogido en el ridículo acrónimo CCC. Su abuelo iba a ser de los que se alzaría en armas para el 28 de julio, convencido hasta la médula de que la hegemonía conservadora iba a tener un revés vergonzante a partir de esa fecha.

No fue así. Pero bien lo intentó, y terminó acribillado en una calle de donde solo se atrevió a recogerlo su propia mujer, después de que las gallinas picotearan sus sesos.

Aquello fue lo que se propuso averiguar cuando escogió aquel caserío para ser maestro: el pueblo de su abuelo, la calle de su abuelo, el sótano donde tenía una prensa de cilindros para imprimir panfletos; y el ergástulo, barraca de la Petroleum Company, donde los repartía a los trabajadores alevosos en las noches de arengas.

El caserío es hoy un puñado de tapias polvorientas, levantado entre la cordillera y el valle que separa un río. Cuadrícula española perfecta: dos calles y diez carreras, para un total de veinte manzanas y una plazoleta central cercada de cantinas y una capilla de adobes y piedra, encalada en el centro. Detrás del pueblo, se levanta, a veces gris, a veces añil, la cordillera. Delante, hacia occidente, se extiende la llanura petrolera que alguna vez comunicó al pueblo con el resto del

mundo. Grandes hatos de ganado y búfalos pastan en la llanura sombreada por palma africana y balancines extractores de petróleo, desperdigados en lo que fue la antigua Concesión.

«Un pueblo donde la vida no vale nada», piensa. «Pueblo estúpido, pueblo asnal».

A cien años de su fundación, las mujeres siguen lavando la ropa en los meandros del río. No existe alcantarillado. La luz eléctrica desaparece al más ligero de los vendavales. Y un edificio arruinado, en las afueras, antiguo dormitorio insalubre de hacheros, macheteros y desbrozadores de oleoducto, ha sido adecuado por el gobierno con un maestro alcohólico y sesenta taburetes de madera vidriosa como escuela municipal.

Es todo lo que queda del pueblo.

Es todo lo que queda de su maestro, Arquímedes.

—¿Es aquí donde ocurrió la *gran rebelión Bolchevique* por la que se hizo acribillar tu estúpido abuelo? ¡No me hagas reír, güevón!

El profesor bebe otro trago al gollete y observa que el sol ha empezado a filtrarse por las escotillas de la bodega, y ahora se prolongan sombras alargadas con las siluetas de las sillas y las mesas en el piso del gran salón vacío. El profesor regresa al través del salón siguiendo su sombra. De repente corre por la ancha nave desocupada como si el fantasma de un perro anduviera detrás de él para romper sus pantalones. Pierde el control. Se estrella contra una silla en un golpe aparatoso. Alza su cuerpo. Cojea. Atraviesa un portón macizo, y se encuentra, de pronto, ante el abismo de un agujero enclavado en la tierra: es el cráter que propuso hacer a sus estudiantes para clasificar los desperdicios de las basuras recicladas, pero que resultó inútil porque todo terminó revuelto.

Con la pesadez que empuja sus movimientos, levanta la botella y la revienta en el fondo del cráter.

Desechos de plástico y, sobre todo, botellas de brandy vacías florecen en aquel basural.

Luego da media vuelta y regresa por otra, para ir a sentarse en el patio de zarzas crecidas que sirve a la vez de recreo y de campo de fútbol.

No ha dejado de beber desde que finalizaron las clases. Dos a tres botellas diarias. A decir verdad, no ha dejado de beber un solo día desde que vio morir en los estertores de la enfermedad al hombre que quiso.

Tiene cincuenta años y ningún deseo de empezar de nuevo.

Ahora es un viejo decadente, que enseña Historia y Aritmética como ladran los perros.

«Lo mejor es acabar de una vez», piensa. «¿Pero cómo? ¡Si eres un puto maricón de mierda! Eres incapaz de matarte. Eres incapaz de volver a vivir. ¿Por qué no hallar la ruta del Dorado a

los ochenta años como Gonzalo Jiménez de Quesada? ¿Por qué no encerrarse ahora tras la sordera como Beethoven y producir la gloria del ingenio musical humano? ¿Por qué no seguir dibujando hasta la vejez más dilatada como lo hizo Tiziano? ¿Por qué no descorrer el velo que cubre la vida de un hombre sin pasado? ¿Por qué no escribir la historia de esos imbéciles bolcheviques, de las infamias que sepultan infamias? ¿Quién fue tu abuelo? ¿Por qué se hizo matar el abuelo? ¿En dónde escondía tanto valor si era flaco y eléctrico?».

Una noche abrió el cartapacio de la hoz y el martillo grabado en las tapas y allí encontró el nombre de su abuelo y el de ese pueblo que no conocía y los bocetos roídos por el tiempo y un puñado de esquelas de diario.

¿Quién era éste hombre que llevó un diario donde narraba los planes de una rebelión? ¿Dónde estaba ese pueblo que se repetía cuadro tras cuadro, paisaje tras paisaje, dibujo tras dibujo, obrero tras obrero? ¿Por qué su padre le había dejado todo aquel cartapacio? ¿Qué quiso decirle con los recortes de prensa? ¿Quién se acordaría de los bolcheviques hoy?

El profesor Arquímedes contempla el campo de fútbol enmontado de zarzas como si estuviera al borde de una revelación, pero de repente da la espalda y vuelve a entrar al edificio. Trastabilla. Escupe. La flema caprichosa da un bucle y se estampa en su propia manga de camisa. No tiene ya la pulcritud de limpiarla. Está embotado de alcohol. Piensa en las veladas de mitin sindical en que su abuelo pintor debió leer para la unión de obreros, reunida en pleno, la distinción entre *producción, plusvalía y fuerza de trabajo*. La mayoría de aquellos hombres eran analfabetos, y quizá por eso blandían con desinterés los volantes cuando se los pasaban de mano en mano para su debida discusión en círculos de estudio. Probablemente, el pintor tampoco entendía de aquellas cosas y trataba de soslayar la ignorancia con el apasionamiento. Por lo menos sabía leer, y arengar. Eso sí. Se subía a una mesa y decía a grito herido que los componentes esenciales de toda riqueza eran tierra, trabajo y capital. Y todos le miraban, y aplaudían como si fuera cierto. Seguramente, tampoco nunca había leído los debidos tomos de *El capital* que tanto citaba. Todo lo que decía aquel pintor ingenuo probablemente lo sacaba de otros periódicos que resumía para hacer el suyo, y luego comprobaba el efecto de esas proclamas en los rostros roídos por el sol. Sin embargo, cada noche llegaba al campamento petrolero con una arenga distinta y ponía cara de saber cómo se sublevaba un pueblo, y los obreros aplaudían, y enseguida trataban de descifrar en qué lugar de los volantes se decía lo que acaban de oír de viva voz.

¿Por qué lo hacía?

Lo hacía, sobre todo, por pasión.

Esa era la respuesta a la que había llegado: pasión. El primer acto de rebeldía empieza siempre por una pasión. Estar apasionado es exigir que algo se repita. La primera rebelión empieza siempre por un orgasmo, o por un castigo. La primera rebelión es una elección. Pasión es razón y

elección y rebeldía. El diario de su abuelo se lo aclaró todo con esa revelación súbita. Había una nota, escueta, en la que decía que de niño, un maestro estúpido le dijo que no lo intentara, que era vano, que no sabía pintar, que se dedicara al fútbol; luego, años después, de adolescente, volvió a escribir en nuevas palabras y agregó algo más: su madre le dijo que estaba mal decir que un hombre era bello, que estaba mal enamorarse de un hombre, porque eso era ser desviado, o marica.

La nota concluía: «Por eso me hice pintor, y me desvié, mamá».

Por eso, sí, por pasión.

Su abuelo se había apasionado por uno de aquellos muchachos analfabetos, famélicos, explotados por la compañía, afiebrados de paludismo, y se había hecho su amante, y luego había hecho de él un modelo para sus cuadros. Por eso el cuerpo de aquel muchacho se reproducía boceto tras boceto, haciéndose cada vez más erótico, tornándose cada vez más explícito.

Después de planear las huelgas, después de las asambleas y los mítines, quizá debían encontrarse en secreto, y en el silencio de la noche, practicar su arte.

Su abuelo pintor reprimió el amor que sentía por aquel muchacho y disfrazó su pasión en bocetos, dibujos, grabados y cuadros.

Era esa la explicación que había encontrado para entender la serie de cuadros que pintó en su última época creativa: *Obrero camino a la servidumbre, Obrero bañado en sangre, sudor y lágrimas, Obrero abortido en plusvalía, Obrero derribando un cedro de doscientos años, Obrero sin camisa y con el agua al cuello, Obrero extenuado en el proceso de acumulación capitalista, Obrero durmiendo, Obrero soñando.*

El trazo y las escenas de obreros extenuados explicaban título a título, pero había algo detrás del realismo y la atmósfera y era el realce en la magnitud de los músculos, las aristas de la mandíbula hercúlea, el sudor pegado a los pectorales.

Aquello no era denuncia, sino erotismo.

—Mi abuelo no fue bolchevique, sino marica. ¿Entienden lo que es eso? ¿Un marica?

Y el eco responde, y la borrachera le mueve el piso, y el cuerpo vuelve a rodar.

Arrastra los pies y gira a través del gran salón. Pasa frente a los cuadros que le hacen la corte desde las paredes, y sale a tumbos hasta el frente de la escuela, para reclinarse contra un muro y vomitar y luego derrumbarse, de espalda, trémulo, desastrado, hundido en su desgarmo.

La carretera que serpentea al pueblo está desierta. En el río, sin embargo, un vehículo Nissan Patrol que obstruía el camino da reversa y hunde las ruedas en el agua del vado.

El profesor apoya la espalda en la pared y se desliza sobre los manchones de un letrero en

aerosol que apareció dibujado pocos meses antes con la consigna guerrillera: «Viva el Frente Unido de Resistencia».

Es viernes, y el pueblo está de feria.

«¿Quién se acuerda de los bolcheviques hoy?», murmura.

Y descuelga la cabeza sobre el esternón, y un hilillo de baba tan delgado que parece invisible se desprende de sus labios.

«Nadie se acuerda».

El 27 de julio del año 29, hubo el último conciliábulo en los dormitorios de la Petroleum Company. El día siguiente sería el gran golpe, porque según la CCC se había acordado hacer el levantamiento, a la par con otro organizado en Venezuela contra el tirano Juan Vicente Gómez, y los bolcheviques colombianos aprovecharían que los departamentos y las provincias quedarían debilitados de fuerza pública cuando todas las tropas del país se acantonaran para dar la parada anual de uniformes en la capital. El panfleto impreso por su abuelo designaba la fecha y la hora exacta en que estallaría la revolución socialista. Señalaba, además, las armas a implementarse como arsenal y los lugares que debían ser tomados o reducidos con dinamita: el campamento y el *staff* de ingenieros gringos en la patronal del kilómetro 36 y la estación de policía en el corazón del caserío. También, auguraba el Comité Central Conspirativo, a nivel nacional caerían las principales alcaldías de todos los pueblos y ciudades con mayoría obrera, y un comando especial sería el encargado de dirigir la negociación en el Capitolio Nacional de Bogotá, con el régimen ya derrocado. Todos los sectores campesinos y sindicales se habían puesto de acuerdo en la última convención de La Dorada, y ahora el plan de rebelión era imparable.

¿Qué había pasado? ¿Qué salió mal? ¿Por qué se canceló el asalto cuando faltaba tan poco para alzar la revolución? ¿Dónde estaban sus dirigentes?

Quizá hubiera sido el tipo de preguntas a contestarse al siguiente día de aquel fracaso bolchevique, pero ya no hubo quién imprimiera el libelo, porque el pintor Ulises Álvarez caería muerto con el cerebro taladrado por un tiro el día 28, y el resto de alzados en armas huirían al monte, despavoridos y cobardes como un millón de perros falderos ante la mofa de una hiena. Los dirigentes nacionales fueron encarcelados dos semanas antes, y el levantamiento se canceló el día 24, a última hora. Un reporte del Comité Central Conspirativo donde el mando central desmontaba y posponía la operación, a última hora, llegó a manos de su abuelo, pero misteriosamente fue desoído por él.

¿Misteriosamente?

No. De forma deliberada.

¿Por qué empeñarse en una rebelión a espaldas del movimiento nacional?

La respuesta estaba escrita en una de las octavillas del diario. Había hecho un boceto a

carboncillo con el perfil de un rostro huesudo, cadavérico, y cuyo título era: *Obrero mirando pasar el siglo*.

Debajo había una inscripción de trazos agresivos, escritos de rapidez, a diferencia de la letra reposada en otras hojas: «El 20 de julio lo vi morir de fiebres palúdicas».

—¿A quién? ¿A quién viste morir? ¿Al que te inspiraba los cuadros, maricón?

Una muchacha se aproxima por la carretera. Da pasos timoratos. Viene descalza, con las sandalias y el vestido en la mano. Trae pantalón corto y camiseta escotada que deja al aire el ojo del ombligo. El profesor levanta la cabeza y se queda mirándola, poco a poco, hasta reconocerla: es una de sus estudiantes recién graduadas.

Parece que llora, pero se limpia las lágrimas antes de que el profesor le vea los ojos encharcados. Apresura el paso y cruza de largo frente a la fachada del colegio.

El profesor escarba en sus pensamientos hasta pescar en las brumas etílicas y en la maraña de nombres de todos sus exalumnos y extrae de ese revoltijo el nombre de aquella muchacha:

—Irigna Delfina —dice en un repente.

—Adiós, profesor Arquímedes —contesta la muchacha.

Y se aleja, hacia el vado.

Recuerda los últimos días que él mismo pasó en un hospital mientras cuidaba de cerca a un moribundo: la diarrea se negó a mermar en meses, y la pérdida inaudita de peso había transformado todas las facciones de aquel hombre vital en una calavera forrada con piel. La convalecencia había transfigurado su cuerpo en una piltrafa desprovista de vida. Girones de piel deshollejada se secaba y descamaba, y en las grietas aparecían erupciones tono escarlata. Los médicos se reservaron todo cálculo de supervivencia. Dijeron que cualquier desequilibrio infeccioso lo mataría. Tenían indicios de numerosos casos idénticos que habían surgido en San Francisco, Estados Unidos. Una mañana se levantó del sillón donde pasaba las noches junto a la cama y halló aquel cuerpo, que poco antes estaba calenturiento por altas fiebres, endurecido, ya sin vida. La boca había quedado medio abierta y medio cerrada con el comienzo de una palabra a punto de salir, y los ojos desorbitados padecían el embeleco de ver desfilar la vida con todos sus avíos en retirada —o lo que en palabras de su abuelo se llamó, seis décadas atrás: «Ver pasar el siglo»—.

«Déjalo ir. No seas egoísta, Arquímedes. Ya debe irse», y pasó la mano por los ojos desorbitados del muerto que cerró los párpados.

Al sepelio no asistió nadie. Por eso supo que estaba solo. Por eso comprendió que transgredir los valores más falsos de la moral era quedarse solo en el mundo, convertido en unapestado, en un pobre marica.

Fue repugnancia lo que no dejó de sentir un solo instante por aquellos que lo condenaban al ostracismo, y fue asco lo que no dejó de sentir luego, cuando los resultados de su cuadro hemático certificaron lo más incomprensible de todo: que en él no había sido inoculado el virus.

Quería morirse.

Pero carecía de valor.

Comenzó a beber y a postergarse: es lo que mejor sabemos hacer cuando estamos inconformes con la vida y el cuerpo que tenemos. Día tras día, mientras extraviaba el sentido de todas las cosas, mientras perdía el gusto por la curiosidad, sodomizándose con cuerpos de hombres escondidos tras los atuendos de una mujer. Sin usar condones. Persiguiendo de cerca una enfermedad invisible, sin acabar nunca de procurársela. Siguiendo siempre el ritmo de penetraciones lentas frente al espejo de la pared del hotel.

Ahora, finalmente, después de tantos años, lo comprendía: similar fue el rito autodestructivo que hubo en el hecho de que su abuelo no cancelara el levantamiento armado para el 28 de julio del año veintinueve y prefiriera hacerse matar después de ver morir de fiebres palúdicas a quien amaba.

¿A quién había visto morir el pintor Ulises Álvarez? ¿Por qué no había detenido la frustrada revolución socialista como ordenó el Comité Central Conspirativo a todas sus plazas? Infinidad de ideas que dan vueltas por su cabeza, extraviadas de orden, sin concierto. Ideas que vuelven y se alejan como las oleadas de aquel polvo decrepito que arrastra el viento. Allí está el profesor Arquímedes, en la última borrachera de su vida, sentado sobre sus corvas, frente a la bodega de donde salieron los únicos bolcheviques que asistieron a la toma del año veintinueve, porque los demás obreros estaban tan embelesados con sus conciencias tranquilas de esclavos como para atender revoluciones que les diezmaran el único sueldo. A plomo de carabinas y ¡vivas! que predicaban el estallido de la revolución socialista, los bolcheviques se internaron por la amplia curva que conducía al caserío: un exjuez, tres artesanos talabarteros, un exconcejal y dos campesinos embotados de aguardiente. Al frente del grupo, vestido de paño azul, corbata roja y sombrero de fieltro negro; armado de escopeta y dos tubos de dinamita en los bolsillos del pantalón, avanzaba el pintor Ulises Álvarez, cabeza visible del conato, camino de la revuelta.

Machetes de doble filo y mazos de guayacán golpeaban las puertas para instar a todo el pueblo a rebelarse contra el régimen. En la esquina de la plaza principal cayó fusilado el primer comerciante capitalista. La policía se acuarteló al oír los pistoletazos y cinco uniformados apertrecharon sus armas en el techo almenado del cuartel y en las esquinas de la cuadra y se dispusieron a esperar. El grupo de rebeldes avanzó en línea recta y a lo ancho de la calle, sin resguardo. Cuando avistaron los cinco fusiles de los policías, perfectamente alineados y

apuntándoles a la cabeza, los bolcheviques detuvieron la marcha.

Algunos empezaron a calibrar su inferioridad de número y a comparar la calidad dudosa de los arcabuces que llevaban para enfrentar los fusiles de la policía, y enseguida quisieron devolverse dos de ellos.

Lo hicieron a medias, muy despacio, mientras caminaban a la inversa, como cangrejos tímidos, sin perder de vista un solo instante la mirilla amenazante de los francotiradores en el techo del cuartel. Después sonó el primer tiro y se desbocaron los demás.

Para entonces, ya todo estaba perdido: el pintor Ulises Álvarez, miembro del Comité Central Conspirativo, vio la duda en sus compañeros, pero no dijo palabra para alentarlos. Sintió que la revolución cedía a su espalda, descubrió que retrocedían, porque sus arengas se hicieron esporádicas y timoratas, oyó el modo en que murmuraban entre sí los rebeldes, frases llenas de suspicacia y desaliento, cómo uno a uno se desbandaban, dejándolo solo en aquel camino encajonado, sin salida. El pintor pensó en sus cuadros, y supo que la revolución había terminado para él cuando vio morir en un catre a su amante palúdico. Tomó un tubo de dinamita del bolsillo y procedió a encenderlo en medio del tiroteo y la desbandada. Sintió las detonaciones y el roce de las balas que se rebotaban en el pedregal. La mecha chisporroteó y vio a los francotiradores del techo saltar a la carretera como náufragos de un barco yéndose a pique. Echó el brazo hacia atrás para tomar impulso y con un movimiento de discóbolo lanzó el cartucho de dinamita contra la fachada del cuartel.

Se quedó allí, estático, en medio de la calle, mientras veía el espiral que trazaba la bomba chisporroteante en su trayectoria. Antes de verla explotar, alcanzó a sentir el ardor en la frente y una detonación que reventó la parte de atrás del cerebro con la bala certera de aquel policía que huía a resguardarse tras un saco de arena. Cayó despacio el pintor Ulises, con los brazos extendidos y la mirada y los brazos tendidos al cielo. ¿Quién se acordaba de aquel cuerpo que olfateaban los perros y juntaba una mujer en su regazo al día siguiente en mitad de la calle?

¿Quién se acordaba de los bolcheviques hoy?

El profesor oye a lo lejos gritos revueltos de hombre y de mujer. Levanta la mirada hacia el vado y ve a su alumna que da la vuelta y retrocede para huir a toda prisa de algo que le ha producido temor. Sin embargo, la muchacha no logra dar más de dos pasos porque sus pies se enredan entre las piedras del vado. Luego la estremece una ráfaga de fusil que hace saltar chorros del río y parte a la muchacha a la altura de la cintura. El cuerpo cae de espalda y queda lavado por el agua que fluye.

Está demasiado ebrio para socorrerla y entender lo que pasa, pero en los efluvios del alcohol logra abrir los párpados y darse cuenta de que una camioneta negra de vidrios ahumados baja en

ese instante del pueblo a toda velocidad y viene a detenerse justo frente al portón de la escuela.

Con una expresión de sorpresa logra advertir que los hombres de la camioneta traen sus rostros cubiertos con pasamontañas y empuñan armas de asalto. En vano trata de levantarse. Le pesan las articulaciones por el exceso de ácido úrico. Ha bebido demasiado, y en poco tiempo. Solo hasta que ve a uno de esos hombres descender del vehículo y acercarse al portón de madera, hace un esfuerzo y concentra la poca fuerza que le resta en un movimiento que permite a duras penas erguir la espalda, pero finalmente no logra despegarse un milímetro de la pared a la que vuelve con un golpe seco.

—¿Quién es usted?

Quiere contestar que el maestro de Historia y Aritmética de aquella escuela en ruinas, que el nieto del último bolchevique, que el maestro maricón de ese pueblo asnal y prejuicioso, que nadie recordaba hoy aquel cuerpo descerebrado que mordisqueaban los perros y abrazaba a una mujer al día siguiente en medio de la calle, que nadie adivinaba siquiera en aquel gesto humanitario el rostro del amor verdadero, que aquella mujer simplemente cubriría el cadáver con su propia ropa y lo levantaría luego de la calle con sus pocas fuerzas y le daría la única sepultura y el único homenaje merecido a un hombre que había amado sin ser correspondida, y que esto le valdría así una gloria efímera, que el heroísmo se borra más rápido que la estupidez de la mente humana, que solo el arte se mantiene vigente en la deriva de los años, que los dibujos de su abuelo habían perdurado a través del tiempo por algún misterio del azar tras los lacres de un baúl incorruptible con perlas de naftalina.

Pero no.

Su lucidez está embotada de brandy, y una voz desde la camioneta lo interrumpe, adelantándosele al balbuceo:

—Este también se muere.

El estruendo lo toma por sorpresa: ve el reflejo que viene del fusil de uno de aquellos encapuchados, y en el brillo del fusil, el brillo del sol, y en el brillo del sol atardecido, la bomba de dinamita que vuela hacia el cuartel de los policías en el lejano año 29; y encima del cuartel, los policías que saltan del tejado, y entre todos uno, el más aguerrido, el de mejor puntería, que emplaza la boca del fusil hacia el cuerpo del pintor; y en la mirilla del fusil el ojo del policía, y en la perpendicular del horizonte, justo por debajo de la parábola que traza el tubo de dinamita chisporroteante, en el puro centro del vértice expuesto al ojo guiñado del francotirador, el rostro de un revolucionario bolchevique que espera la muerte en medio de la calle, estático, sin temerle a su final.

Luego todo se tiñe de negro. Y el profesor Arquímedes ya no puede ver más.

El hotel

La madre se dio cuenta de que el niño sabía leer por el anuncio de barbería que había frente al hotel de media estrella:

«Sastrería Los tres hermanos».

El niño, con balbuceos: «Sas-tre-rí-a-los-tres-her-manos».

La madre, con estupor: «¡El cernícalo ya sabe leer!».

Y desde entonces no hubo quien me parara.

Cuando nací, ya sabía leer en el único idioma que iba a necesitar en la vida para entenderlo todo, pero nadie supo verlo. Que esos balbuceos a los que me sometían las mujeres de aquella casa en una medialengua ininteligible daban risa por la ridiculez que acarreaban: mi madre tomaba un vaso esmerilado de la cocina, lo blandía a la altura de su pecho como una pérfida presentadora de televisión, y empezaba la enseñanza del día: «Va-so, niño». «Va-so, vaso, repite conmigo, cernícalo: ¡Vaso! ¡Vaso!».

Qué iniquidad, mamá, trae acá. Yo sé lo que es un vaso, y sé que aquella tabla cuadrúpeda es una me-sa, y que las plantas que cuelgan de las vigas del techo se llaman co-ní-fe-ras y he-li-co-nias, y más grave aún, amor mío, que en ese almanaque clavado en la pared que tienes del lado diestro dice «primero de julio, día de la sangre de Cristo», y aquella medialuna en forma de plátano quiere decir que es cuarto creciente, y la cruz que lo demarca todo como fecha especial significa que fue un día así —a las 2:45 a.m.— cuando yo, tu hijo, nací en este mundo que ya era un desastre, o sea que también es mi cumpleaños. ¿No te das cuenta? Yo sé leer palabras y símbolos desde que nací. Este es mi destino infuso, o mi hado infausto. Mi *fatum*. Así que deja de decirme «cernícalo» delante de los huéspedes y sigue a tu hombrecito, que te va a enseñar lo que es el hombre.

Y tomé de la mano a mi madre, atravesamos la gran sala del hotel adoquinada con miles de ramas de helecho que se escurrían hasta el suelo como mantos de novia, la llevé hasta el portón de la entrada, le apunté con la uña de mi dedo índice a aquel letrero con un señor vestido de frac y varias navajas de afeitar en alto relieve y le develé mi secreto:

—Sas-tre-rí-a-los-tres-her-ma-nos.

Mi madre se quedó sorprendida y entró en la casa con un grito que le informaba a todo mundo que su hijo de cinco años, el cernícalo, sin ir a la escuela, ya sabía leer, de por Dios. ¿Pero cómo?

Todos los niños a los cinco años ya saben leer, madre mía, no seas tan ingenua. ¿En realidad, de los dos encantos que conocías en mí el que más te impresionaba era que yo supiese leer desde que salí de tu vientre a las manos de una partera? ¿Esa nimiedad me hacía un genio ante tus ojos negros, intensos y almendrados? No seas incauta, madre, tú vivías tan ocupada en tus quehaceres del hotel que no eras capaz de distinguir a un niño inteligente de uno superdotado, ni a un superdotado de un prodigio, ni a un prodigio de un genio. El más impresionante de mis secretos era quizá el segundo: que yo no solo fuese capaz de leer palabras y frases sueltas sin haber pisado una escuela, sino el ser capaz de leer la pesadumbre y la desgracia en caras y ojos acongojados, desasosegantes. En mí habitaba la clarividencia de un felino de esos que nunca me dejaste tener, por temor a que le quisiera más que a ti: sabía distinguir a un desgraciado de un ignorante, a un hipócrita de un imbécil, a un frustrado de un asesino, y eso era la mejor forma de saber algo en aquellos tiempos. Yo podía leer la congoja en la risa falsa de la gente, zozobra en la forma de cruzar los brazos sobre el pecho, desesperación en la forma de persignarse al pasar frente a la puerta de la iglesia. Y podía ver también la contrafaz de tu amargura. Tu cara, ya entonces, me mostraba las formas del miedo. Cuando has nacido en un lugar así no necesitas explicaciones para entender lo que es la guerra. Todo está en el ambiente, en la cautela de la gente al hablar bajito en las casas para que no oigan los vecinos, en los rumores que corren a espaldas del prójimo, en las puertas cerradas al caer la noche. En las familias que suben unas pocas cosas a un camión destartado y luego ya no las vuelves a ver. En los muertos que amanecen en las acequias, o en los remansos del río, o en la esquina de la calle donde está tu casa. En los helicópteros que disparan proyectiles a la cima de un cerro. Tu cara hablaba de eso, sin palabras. Dos arrugas profundas como cuchilladas en mitad de la frente me hablaban de eso y de ti. De tus desvelos. De tus alboradas. De tus temores. Por aquellos días había un muerto para recoger cada mañana, y un muerto por cada noche dormida. Tú no dormías en ese hotel; te desvelabas. Te angustiabas de solo pensar que alguno de los matones que ahora andaban sueltos le diese por balear a alguien en la esquina y luego entrar a dormir a tu hospedaje de media estrella y matarte a ti también.

Para empeorar las cosas, se acercaba ahora la Gran Marcha que se anunciaba en cientos de octavillas volantes que pasaban de mano en mano y en multitud de afiches pegados a las paredes de la calle Alta y que yo balbuceaba desde los barandales:

«To-dos-a-las-ca-lles-vi-va-el-pa-ro-del-o-rien-te-ni-por-el-mas-ni-por-el-me-nos-ni-por-el-pu-tas-re-tro-ce-de-mos».

Pero mi madre ya no iba corriendo a decir a las demás mujeres que su hijo sabía leer como nadie en ese pueblo a los cinco años, sino que me ponía una mano en la boca y me ordenaba callar mientras llevaba un dedo a sus labios y soltaba al aire un susurrado «¡Chitsss! ¡No leas eso! ¡No pronuncies al MAS!».

—¿MAS? ¿En mayúsculas y sin tilde? ¿Qué MAS, mamá?

—¡Chitsss!

Ah, sí: Eme, A, Ese. Muerte a Secuestradores; el acrónimo del Ángel Exterminador: MAS.

No, madre. Si así lo quieres, no lo pronuncio. Lo deletreo. Pero tápate de nuevo los oídos porque ahora voy a hablar del año del paro campesino y de cómo vivíamos en ese hotel y de la matanza de Aguacaliente y de cómo empecé a leer furibundo todos los anuncios que pasaron frente a mis ojos ávidos de letras en aquellos malos y atrabiliarios tiempos.

Habíamos llegado a vivir a ese hotel después de un desalojo donde no se dieron el lujo de echarnos a la calle, simplemente porque te adelantaste a los hechos, a las patrullas, a los policías rompehuelgas, al abogado que tecleaba una vieja máquina de escribir frente a la puerta, y tuviste la astucia de empacarlo todo y salir presto, al alba, con el trasteo emburujado en un camión vuelto tartana, con tus dos hijos adormecidos por sedantes. Por suerte, te habían ofrecido la administración de un hotel —del cual un día serías la dueña, y al cual un día verías arder bajo las llamas voraces de un incendio— pero para aquellos primeros años, sola y damnificada del amor, la única idea que te empujaba era trabajar para pagar tus vestidos y suplirle a tus hijos el estudio y las ganas de dulces. Mi padre no respondió por mí. El padre de mi hermana no respondió por ella. Vivíamos en una tierra sin hombres. Con madres que corrían solas los muebles, que pagaban recibos, que tenían una explicación para cada ruido oculto en la oscuridad. Tú eras mi madre y mi padre. Tú no esperaste nada de aquellos que te malquisieron. Cada porcelana china, cada plato italiano, cada alfarería criolla te costó canas y desvelo y desviaciones en los discos medulares. Para ahorrarte un sueldo de más, echaste al portero, y tú misma celaste todas las noches a la entrada de ese hotel. Para ahorrarte otro sueldo echaste a la recepcionista y tú misma registraste a cada huésped en el transcurso del día en aquel hotel de media estrella. No acabaste con el subempleo de la cocinera, y tampoco con el de la aseadora, porque en días de mucha afluencia, cuando los tendidos y toallas no daban abasto, hasta tú misma subías al lavadero para ayudar a aquellas mujeres a lavar a mano y a extender cobijas al sol. Carmen Guerrero, misiá Carmen, la cocinera vieja y rechoncha y miope —con una giba descalcificada que la asemejaba a un topo— vino a pedirte trabajo y se te heló el corazón al verte a ti misma reflejada en la curvatura de aquella gibosa vejación. Etelvina, la lavandera, era negra, caballuna y con una fuerza de voluntad para lavar tendidos que le venía de sus ancestros esclavizados y de las dos niñas sin padre que andaba criando con mucha voluntad y poco esfuerzo desde que, como tú, también la dejaron con los crespos hechos.

Misiá Carmen era la madre del sacristán de la iglesia, y por lo mismo una mujer silenciosa que cocinaba y barría sin abrir la boca: a su hijo lo tenían amenazado de muerte por ser la mano derecha del cura Bernardo. Etelvina, por su parte, era hermana de un peón de hacienda desaparecido años atrás al que habría de hallar posteriormente torturado, con los párpados

cosidos y el miembro cortado, irreconocible, en un pedregal.

Ambas barrían y lustraban el hotel. Ambas eran mujeres fúnebres cuando vinieron a pedirte trabajo. Ambas albergaban en su corazón recuerdos impronunciabiles que las llevaban a huir en busca de sus hijos bajo los rayos y centellas de una tormenta, o a llorar en silencio mientras fritaban patacones en una sartén. Yo era ya el prototipo de macho inútil en medio de aquellas mujeres. Tenía apenas cinco años, pero me servía de ellas como un sultán: cocinaban mis platos favoritos, me dejaban entrar en el baño cuando se lavaban las corvas, me perfumaban la cabeza con agua de florida, y no había un antojo que les dijera que ellas no cumplieran con vehemencia.

Para acabar de idealizar el pasado, fue a final de ese año cuando volvió mi segunda abuela, derrotada por los tribunales, con todo perdido en un parpadeo, y ahora mil años más vieja que antes del pleito. Solo se entretenía en hablar conmigo y en bañarme de tres a cuatro veces al día en soluciones de alcohol y agua oxigenada para evitarme las infecciones propias del tiempo. Era la típica abuela cantadora de nanas, relatora de su pasado, la abuela que no tuve teniendo, porque a aquella que le correspondió hacerlo, la de verdad, la madre de mi madre, siempre anduvo lejos, rezándole a todos los santos de su santoral para que le perdonara su Dios cruel del Antiguo Testamento el abandono en que dejó a sus hijos aquí en la Tierra, y no me cantó nunca nada. Mi segunda abuela, en cambio, andaba todos los días cuenta que te cuenta las mismas historias, dele que dele con el fusilamiento de Antonio Melo, en la garganta del Boquerón y el tiroteo en el Hotel Santander y la llegada de la caballería del teniente Mejía Rosas, cincuenta años atrás; delira que tu deliras con el emporio de Mariano Dávila que ella había ayudado a construir con una herencia que dejó su padre, con las vacas que vendió en Onzaga —su pueblo natal—, con los años de encierro en una carpintería que después se volvería tienda de víveres, más tarde almacén de electrodomésticos y finalmente planta envasadora de gas propano: todo construido a cuatro manos, porque las dos mugrientas, torpes y beodas manos de Mariano Dávila nunca hubieran podido amasar tanta plata junta, acostumbradas como estaban a gastar a manos rotas y a ser descosidas y a beber cerveza y a malvender bisutería barata en los toldos de la plaza.

—Yo lo conocí sin tener sarro en la quinchita... solo un toldo, mijito, un toldillo en la gran plaza donde vendía telas y lo fiaba todo sin después cobrar.

Y dale que dale con su pleito, la pobre abuela, mi segunda abuela, después de perderlo todo en el tribunal.

Eran tiempos muy difíciles para todos. La comida escaseaba porque el ejército había bloqueado los camiones de abarrotes con la consigna que llovía en cientos de pasquines esparcidos por helicópteros artillados con la declaración ilegal del paro, que no era cívico ni campesino —según ellos—, sino armado y bandolero. Recuerdo que el caldo del desayuno, que se acompañaba con arepas de maíz y huevo, fue la víctima más secreta de aquellos tiempos deletéreos. La receta, al menos la receta tradicional que conocíamos, estuvo a punto de

desaparecer. Mi abuela preparaba el caldo con cebolla junca, cilantro y tomate, pero de repente cambió la receta y empezó a hacerlo con pimentón, y daba asco. Fue entonces cuando odié el pimentón. En el desayuno sobrenadaba el pimentón sobre el caldo: la hortaliza más almizclera de nuestros platos. Solo pimentón. Puro pimentón. Pero no por capricho de mi segunda abuela. No. Es que no había tomates ni cebollas ni cilantro por el bloqueo: el ejército no lo permitía. No iban a dejar que la guerrilla tuviese mercado y alimentos para abastecerse. Por tanto, habían restringido el consumo con un cartelito plagado de erratas que decía: «Colombiano, colabora con el Ejército, ebite medidas restrictibas, denunsie al bandolero. Los siguientes productos quedan limitados o prohibidos de circulación: Arroz seco: un kilo, para 10 hombres. Arroz sopa: un kilo, para 25 hombres. Aliños: prohibido. Lenteja: un kilo, para 15 hombres. Azúcar: un kilo, para 20 hombres. Café: un kilo, para 100 hombres. Cuchuco: un kilo, para 25 hombres. Leche líquida: una botella, para 6 hombres. Manteca vegetal: una libra, para 100 hombres. Papa: un kilo, para 4 hombres. Panela: una unidad, para 10 hombres. Salchichón: prohibido. Sal: un kilo, para 80 hombres. Cebolla cabezona: prohibida. Chocolate: un kilo, para 36 hombres. Queso: un kilo, para 24 hombres. Pescado de río: un kilo, para 4 hombres. Atún: prohibido. Yuca: un kilo, para 4 hombres. Tomate: prohibido. Colabore con el ejército para que nuestra patria sea grande, respetada y libre».

¿Y por qué confundían la uve con la be, vurros? ¿Y quién les dijo que una libra de manteca alcanzaba para cien hombres? ¿Y por qué calculaban todo solo para los hombres? ¿No vivíamos en un pueblo de mujeres sin hombres? ¿No eran las mujeres quienes hacían todo acaso? ¿No contaban ni las putas que venían a buscar los reclutas los domingos y todos con ganas de pichar, pero sin plata? ¿Y por qué ese error de concordancia en el vocativo? ¿No sabían tutear acaso? ¿No les enseñó su coronel? ¿Y por qué prohibían los cultivos de la huerta? ¿Porque los cultivaban campesinos de tierra fría, y en ese piso térmico era donde se había acorralado la guerrilla? ¿Y por qué no iban a sacarla si sabían dónde estaba acaso? ¿Por la analogía de Mao Tse Tung: que campesinos son a guerrilla lo que agua es a pez? ¿Por miedo, soldados? ¿Armados y con miedo? ¿Y por qué prohibían el tomate acaso? ¿No sabían que para hacer un buen caldo se necesita de cebolla y de tomate y cilantro y turmas amarillas?

Mi segunda abuela trató de sembrar tomates y cilantro en artesas, pero no retoñaron, o se «ayelaron», como decía, porque el frío los secó y no hubo más guiso de almuerzo. Y mientras tanto, en la huerta del hotel donde vivíamos, rebozados de vida, en distintos tamaños y formas, inflados y verdirrojos, acabados en punta como zapatillas de genio árabe, o delgados y rectos como bíchiros de perro en celo, los pimentones de mi abuela eran lo único que servía para ser macerado y dar sabor al caldo del desayuno.

Entonces, lo aborrecí, para siempre.

Un día a nuestro hotel llegaron cientos de forasteros en busca de una habitación. Era la huelga. La marcha. El paro del nororiente. Las calles permanecían desiertas, sumidas en la expectativa de que empezaran a llegar las delegaciones y empezaran a bajar los labriegos de la serranía. Uno a uno fueron ingresando, en el transcurso de la mañana, hombres de aspecto hosco, con camisa pasada de moda y botas enlodadas que se quitaban para reemplazar por zapatos a la entrada del hotel. Los que llegaron antes de las diez encontraron habitación en nuestro albergue de media estrella. Mujeres, niñas y niños venían con ellos.

Una de las niñas vino a mi lado a la hora del almuerzo y dijo:

—Deme.

Su dedo señalaba directo al vaso burbujeante de gaseosa que yo bebía, y entonces se lo alcancé. Tenía el pelo rizado, de un dorado tan intenso que parecía blanco, la piel casi traslúcida que dejaba ver las venas, las pestañas entrecanas, los ojos verdeamarillos y miles de diminutas pecas caoba le salpicaban su rostro albino. Debía ser muy delgada, o era que el vestido de aplicaciones le quedaba demasiado grande para la medida, las medias de florones bordados habían perdido elasticidad y se recogían en sus tobillos sobresalientes por el borde de unos zapatones de charol embarrados y, al beber, escasamente se inflamaban los entresijos huesudos de las clavículas.

La vi beber con avidez, y limpiarse luego con el dorso de la mano derecha.

—Tengo hambre —dijo después.

Yo miré a todos lados, me percaté de que la abuela no estuviese mirando, tomé un puñado de coscojas de patacón verde y una lonja de carne del plato y se lo di todo a aquella niña. Enseguida la vi correr por la gran sala llena de helechos colgantes hasta reunirse con otros niños que se arremolinaron en torno a sus manecitas blancas llenas de patacones y se las vaciaron a ras. Ella volteó a verme y me sonrió.

Yo le sonreí también, pero se me fue el hambre.

Fueron pocos los que pudieron pagarse un hotel. Los once mil quinientos marchantes estaban hacinados en el alojamiento provisional que adecuó el cura Bernardo dentro de su iglesia, la casa parroquial, el colegio en las afueras, los toldos de la plaza y el coliseo municipal. Allí asaban cerdos empalados en brasas ardientes, arengaban y se distribuían pliegos y volantes. Allí se preparaba la movilización para bloquear la autopista transcontinental, a sesenta kilómetros del caserío, para el octavo día, sin saber que terminaría en matanza antes de que pudiesen llegar más allá de un punto de ningún mapa llamado Aguacaliente.

Adentro del hotel, sin embargo, los niños vivíamos una fiesta privada al margen de la batalla campal. Los hombres salían para las asambleas, las mujeres se quedaban y cocinaban en los fogones improvisados que instaló mi madre en el patio abierto, y los niños, mientras tanto, jugábamos mil rondas bajo la mirada vigilante de mi nona, que ya empezaba a quedarse atónita

por la ceguera. Así supe que la niña albina del primer día se llamaba Azalea, y que le quedaban grandes los vestidos de aplicaciones porque eran los de su hermana mayor, muerta de poliomielitis un año atrás. Y entonces seguí apartándole la mitad de mi almuerzo y media de mi gaseosa burbujeante y creo que el último día que la vi iba mejor enfundada a su vestido blanco que el primer día que dijo: «Deme».

Yo la llevaba a los árboles del solar y allí le levantaba el vestido y olfateaba sus calzones de maya que olían a granadillas y ella me lamía con sus labios de nieve, y luego la invitaba a matar azulejos o apedrear basiliscos o a los palcos de la calle Alta, a fisgonear desde las alturas lo que andaban haciendo los adultos, y allí permanecíamos por horas, sin necesidad de hablar, pero cogidos de la mano y atentos desde nuestro balcón a los murales que pintaban con témpera líquida el sacristán, el padre Bernardo y una multitud de pintores en huelga. Eran dibujos de gente sujeta por manos y pies, y hombres pintados de negro apuntaban con metralletas. Las balas eran puntitos grises que salían en línea recta de los cañones, y la sangre consistía en manchas de témpera roja que los pintores dejaban escurrir con una almohadilla para que diera la ilusión realista del manar de las heridas. Nosotros mirábamos todo aquello, apretándonos las manos con más vehemencia, y como Azalea parecía no entender lo que escribían los hombres bajo los dibujos, entonces yo enfilaba mi dedo hacia el mural, me acercaba a su oído y le traducía en susurros y balbuceos:

—No-más-ma-sa-cres-sí-a-la-vi-da.

Pero ella permanecía allí, sin entender, y entonces yo le deletreaba la autoría del mural:

—Coo-r-di-na-do-ra-Cam-pe-si-na.

Y Azalea sonreía.

¿Por qué sonreía Azalea?

Porque en todos lados se hablaba de aquello. Porque la mayoría de aquellos que se alojaban en nuestro hotel de media estrella pertenecían a esa Coordinadora Campesina. Porque entre los dirigentes máximos estaban su madre viuda y su hermano mayor, que sin camisa y protegiéndose de los ardores del sol con un sombrero de iraca ya terminaba de dar pinceladas a su obra maestra de mamarracho en otra pared.

Azalea no fue lo mejor que me pasó en ese tiempo adusto, fue lo único. Y los treinta años largos que pasaron luego no fueron suficientes para olvidarla.

Todavía recuerdo el día de la gran manifestación, antes de partir al bloqueo de la autopista transcontinental, cuando la turba desfiló por las calles del pueblo y se detuvo en la plaza para recibir el discurso del cura Bernardo. Mi madre tenía un genio racista y de mala hiel esa mañana. La razón: Etelvina, la negra lavandera, no había ido a trabajar y el hotel quedaba sin sábanas

limpias. Etelvina se había comportado de forma distinta a la cotidiana en los últimos días del paro. Vivía leyendo los volantes de las consignas, dejaba el trabajo a medias para asistir a las reuniones de los dirigentes y, ahora que el hotel volvía a vaciarse y había una volqueta de cobijas y toallones sucios por lavar, «ahora sí decidía no venir», decía mi madre. «Negra morronga y farisea».

En su reemplazo, mi madre lavaba tendidos, y la vieja Carmen le ayudaba sin revirar:

—Así son las negras, desagradecidas: uno les da trabajo y, el día que más hacen falta, lo dejan a uno viendo un chispero.

Y agregaba el símil mordaz:

—Como los hombres.

—Etelvina vuelve mañana, misiá, no se preocupe.

—¿Y es que usted sabe por qué no vino hoy?

Misiá Carmen lo sabía, pero se hundió en su giba contrahecha como una tortuga y no quiso decir a mi madre que sí, que sabía muy bien la razón por la que Etelvina no había ido a trabajar aquel día, ni por qué se había estado comportando de modo tan extraño, como ida, como pensativa —ella que era tan alebrestada—, y más preguntona que nunca con los huéspedes y con mi madre, diciéndole cada rato que en cuál año exacto nos fuimos a vivir al hotel, que si por los meses de junio-julio del antepenúltimo, o acaso por los primeros días de agosto del pasado, y mi mamá «que no, Etelvina, hasta mucho después fue que vinimos a vivir al hotel, ¿por qué le importa tanto?». «Ah, por nada, doña, por saber, no ponga cuidado».

Pero sí que le importaba, y era por el misterio que rodeaba la muerte de su hermano, peón de hacienda: los rumores coincidían todos en que tres tipos lo habían abordado en un jeep, se lo habían llevado con ellos, lo habían torturado echándole ácido muriático y arrancándole uñas y dientes con tenazas, y los tres torturadores se habían hospedado en nuestro hotel y lo habían dejado sin previo aviso el mismo día de junio del año en que desapareció de su casa y cuando nosotros aun no vivíamos en medio de sus cuatro paredes celestes y sus helechales.

La vieja Carmen, madre del sacristán —mano derecha del cura Bernardo, dirigente del paro cívico— no dijo nada al respecto. Y mi madre solo pudo averiguar los motivos de Etelvina hasta que la manifestación enfiló con sus once mil quinientos veintidós marchantes que portaban heraldos y gritaban arengas, y una de aquellas manifestantes era la lavandera negra que nos saludaba de lejos y se desgañitaba gritando: «¡Ni por el MAS ni por el menos ni por el putas retrocedemos!».

También iban la madre de Azalea, y el hermano albino, con la pequeña criatura acaballada en sus omoplatos que portaba un estandarte y lo giró automáticamente al verme para que yo pudiese deletrear cómodamente lo que decía: «Unión obrera y sindical, ejército del pueblo: cambio con justicia social».

Y entonces recordé el día que me pidió gaseosa y los mil besos bajo su falda y su olor a granadillas y sus pecas luminosas y el beso que nos dimos de despedida y el juramento más ingenuo de todos los que hice y el único que he cumplido sin falta: que nunca la iba a olvidar.

Corrían tiempos agoreros en ese entonces. Las manifestaciones nunca terminaban bien, y si mi madre no dormía en ese hotel —se desvelaba—, y si mi segunda abuela no paraba de hablar —de cómo las amantes de Mariano Dávila le dieron bebedizos con menstruación para volverlo desalmado— y si misía Carmen se veía cada vez más gibosa —como si soportara todo el peso del gigante Atlas sobre su costillar— y si la negra Etelvina había decidido marchar con los campesinos —en memorial de agravios por su hermano muerto—, entonces yo me volvía cada vez más introvertido y más atento a desentrañar la causa de aquellos rostros lóbregos de mujer que gravitaban en mi universo. Leía todo lo que pasaba en las líneas de sus caras, y buscaba respuestas en todo lo que me pasara por el frente: los rostros de los huéspedes, las calles vacías por el toque de queda decretado, los soldados que patrullaban en todas las esquinas, los lloriqueos de mi madre asustadiza cuando sonaban las sirenas y anunciaban la llegada de los tanques de guerra que desfilaron por el pueblo con soberbia cuando iban a reprimir el bloqueo, los murales pintarrajeados en las noches por manos furtivas que amanecían con mensajes opuestos a su contenido original.

«¡Fuera ratas milicianas!».

«¡Muerte a coordinadora campesina!».

«¡Fuera cura guerrillero!».

Eme, a, ese...

—¡Chitsss!

«¡Vendrá y hará justicia!».

A falta de biblioteca familiar, me la pasaba leyendo y desentrañando con pinzas las teselas de un mundo que ya estaba en ruinas cuando caí en su trampa. La Biblia y el Diccionario Larousse fueron mis únicas aproximaciones a los libros. Lo demás fueron solo rostros vahídos, murmullos, rumores, lágrimas, rencores, heridas, coágulos, pasquines lanzados bajo la puerta, murales insurgentes —tachados y sobrescritos por otros contrainsurgentes—, y en plena esquina de la calle Alta, con sus fluorescentes siempre parpadeantes, colgado de una varilla medio reclinada y siempre a punto de caer, el anuncio de la barbería que henchía de orgullo a mi madre, loca con la idea de que su hijo, aun sin ir a la escuela, ya sabía leer: «Sastrería Los tres hermanos».

Ese fue el mayor descubrimiento de toda mi infancia: que una frase correspondiera con lo que había en el mundo. *Los tres hermanos*. ¿Quiénes eran los tres hermanos de aquella sastrería? Los tres tipos de bigotes anchos y patillas de prócer que se la pasaban allí, uno que sonreía al barbear ancianos en una poltrona de fuelles y tornillos plateados como una nave espacial, el otro siempre

inmerso en partidas de ajedrez sempiternas tras la ventana, y el tercero dedicado a tomar medidas y coser metros y metros de tela enrollada, a veces inclusive pasando la noche en blanco, mientras diseñaba pantalones y camisas y vestidos que nunca cesaban de encomendarle sus clientes.

Eran idénticos estos tres tipos en su frente cuadrada, en el bigote atusado y las patillas largas. Eran delgados, misteriosos e incapaces de un gesto afable para un niño fisgón que los escudriñaba desde la esquina opuesta.

¿Por qué allanaron los militares aquella sastrería?

¿Por qué una noche había tanto ruido en la calle Alta que mi mamá cruzó con un barrote la puerta gruesa del hotel —que no se trancaba nunca— y luego puso el ojo en el anejo del ventanuco para ver lo que ocurría al frente?

¿Por qué me impedían ver lo que pasaba, en esa sastrería que era mi mayor enigma, obligándome a abrir la puerta a traición para asomarme y ver con mis propios ojos aquel convoy militar con más de treinta soldados que allanaban el local, bajo el letrero parpadeante, y en el mismo instante en que se llevaban preso al costurero (brazos en la nuca, cara imperturbable) y lo subían a ese camión cubierto y lo sacaban del pueblo en el secreto más secreto de la madrugada con niebla?

Nadie me lo dijo, y treinta años después tuve que volver y averiguarlo.

Al día siguiente ocurrió la matanza y la lavandera Etelvina llegó en un jeep al pueblo y entró en el hotel con ahogos y sollozos entre los que escasamente le entendimos que habían matado a un coronel en plena manifestación, y que quien lo había hecho no era otro que el sastre, de ahí, de enfrente, de Los tres hermanos, quien se había dispuesto a colaborar de voluntario, al verse capturado, para señalar a los guerrilleros ocultos en la multitud: el sastre dejó que el coronel prestara la espalda, le dejó gritar y maldecir, y cuando más enajenado estuvo el oficial, al punto de desafiar a los marchantes para que alguno de ellos se diera trompadas con él, y amenazaba y se desgañitaba y los acusaba de «guerrilleros de civil», el sastre disfrazado desaseguró el fusil que le habían dado para figurar allí como delator y barrió la tarima con una ráfaga que mató en el acto, no solo al coronel sino al capitán y a dos soldados de la escolta. En seguida trató de huir, pero las balas lo alcanzaron antes de saltar al río Aguacaliente. El ejército, desde las barricadas, disparó contra la manifestación apostada en el puente y así fue como empezó aquella matanza.

Mi madre mandó cerrar el hotel y pasó la noche con una veladora encendida a la virgen de yeso. Solo botas militares recorrieron las calles del pueblo esa noche. Andaban silenciosos, pero alborotados, como las hormigas sin termitero. Se movían de un lado a otro, en un fragor constante. Al otro día empezaron a llegar los muertos apilados en camiones. El cura Bernardo puso el *Ave María* de Schubert en el parlante de la torre y organizó enseguida un velorio colectivo para el que llamaba a toda la comunidad a acercarse y reclamar sus muertos. La gente

comenzó a salir, temerosa, primero asomaban la cabeza por las ventanas, luego abrían las puertas, barrían las calles militarizadas y finalmente desfilaban de uno en uno, de dos en dos, con la mirada baja, en romería abierta, hacia el anfiteatro municipal. Allí los recibía una mesa acomodada con cuatro soldados que registraban en planillas los nombres de los curiosos y el grado de parentesco o de cercanía y amistad que tuvieran con los muertos. En el cajón del fondo, entre cuatro cirios rojos y un ramo de cayenas moradas, yacía el cuerpo del sastre.

Un olor a formaldehído y a pólvora quemada y a carne chamuscada impregnaba la sala de velación. Si nadie me vio llegar hasta allí, fue porque a esa hora había tanta gente en aquella sala que me pude zafar de mi madre y caminar entre un millar de piernas vacilantes que sofocaban el aire con sus humores, y pedirle a uno de los hermanos con patillas de prócer que me dejara ver el cajón. Fue al más viejo, al ajedrecista que siempre me miraba desde la ventana como si desentrañara en mi rostro una defensa siciliana antes de atreverse a mover una ficha, a quien halé el pantalón. Me miró esta vez con parsimonia, con la mirada intensa, pero era un rostro sin expresión; y luego, como si nada, como si yo fuera una de las fichas de su ajedrez, se inclinó, me alzó en sus brazos peludos y dejó que mirara el cuerpo de su hermano muerto tras el cristal.

—¡Dios mío, el cernícalo! —exclamó mi madre.

Y vino corriendo a rescatarme de aquel hermano de guerrillero muerto.

—Los niños también tienen derecho a saber la verdad—dijo el ajedrecista, y me bajó.

Mi madre me sacó de allí, y volvió conmigo a toda prisa a resguardarse en el hotel.

La bomba estalló dos semanas después: una explosión seca que hizo llover vidrio y estremeció los goznes y tapizó de porcelanas rotas nuestro hotel de media estrella. A las seis de la mañana, una mano timorata levanta la estaca y corre el pestillo de la puerta. Las mujeres se aglutinan detrás del portón, a la expectativa, mientras el espectáculo de destrucción de la calle se abre de pronto ante nuestra vista.

Yo salí, a la vanguardia del grupo, mientras guiaba de la mano a mi madre que tenía miedo y no se atrevía del todo a caminar. Entonces me sobrevino un momento de valentía, la aferré con decisión y le dije: «Vamos», como en el cliché de enamorados que dice: «Mientras estés conmigo nada te ocurrirá». Mi madre pareció entenderlo: se dejó llevar. Salimos al andén y vimos el boquete abierto sobre la pared del frente. Las estanterías rotas, la máquina de coser despedazada y hasta la nave espacial del barbero hecha chatarra, todo arruinado bajo un relieve de travesaños y tejas partidas por el desplome del techo. Arriba del cráter de la puerta, arrancada de cuajo, el letrero de acrílico persistía, parcialmente desprendido de su estaca, pero aún chisporroteante y balanceándose del cable que no terminaba de reventarse.

Por un momento me quedo fijo en ese letrero y trato de leer algunos moldes de letras que se

conservan enteros, pero es difícil reconocer nada con tanto polvo y escombros, y luego con tanto alboroto y curiosos como salen de las casas.

—Sas-tre-rí-a-los-tres-her-ma-nos —deletreo, con la cabeza inclinada, casi de memoria, poco antes de que el cable reviente y el letrero se desplome en un estropicio.

La mujer que oprime mi mano derecha alcanza a oír lo que digo y voltea a verme.

No se imagina cómo, pero su hijo ya sabe leer.

No se imagina nada, pero cuando me dio a luz, yo ya era infuso y sabía leer.

Pobre madre mía, ¿por qué llorará mirándome?

Divagación al pie de la horca

En la plaza, bajo un sol cobrizo, los ilesos se confunden con los heridos, y los malheridos con los muertos. Ahora que los tiradores disparan a las vidrieras de la iglesia, un hombre aprovecha para esfumarse de la escena hacia una esquina.

Desde atrás, oye una advertencia:

—¡Quieto o se muere, Urbano Frías!

Es una voz de mando, enfática y brusca. No le parece conocida, pero lo interpela por nombre y apellido.

Urbano alza los brazos, da media vuelta y encara a los dos francotiradores que le apuntan. La voz de mando da las órdenes, el otro obedece y mira.

Cree haber visto en algún lugar los ojos de aquel que le apunta con el G3 y recibe las órdenes del otro. Son azules y le resulta imposible dejar de mirarlos: relucientes, de pupilas intensas, demasiado dilatadas, como ojos de gato romano en la penumbra: «¿Dónde los he visto?».

Los conoce, pero no recuerda a quién pertenecen. Adelanta dos pasos, suspicaz, sin bajar las manos, una de las cuales, tumefacta, se encoge y tiembla. Se mueve con cautela, casi con rigidez robotizada, para que un movimiento mal entendido no acabe en ráfaga. Pronto debe detenerse porque el cadáver de una de las candidatas al reinado municipal se interpone entre él y los dos encapuchados que le apuntan.

Con un salto escatológico pasa su gordura sobre el cuerpo de la reina muerta. Sus zapatos se manchan ligeramente en el charco que pretende evitar y al caminar va dejando una estela de huellas sangrientas.

—¡Que salga el cura comunista! —grita un encapuchado a las puertas de la iglesia.

Otro francotirador patear con fuerza la lámina de madera.

—¡Que salga o empezamos a matar también mujeres!

Y desde un costado de la plaza sale una ráfaga de ametralladora contra los ventanales más altos que se desmoronan en una lluvia de vidrio molido.

Urbano intenta tenderse de bruces al oír la ráfaga, pero una mano aguerrida lo toma de las solapas y hace saltar tres botones de la camisa.

A descubierto queda la pelambre que cubre su pecho.

—¿Tiene miedo, señor Frías? —espetar el encapuchado—. ¿Cómo no sentía miedo cuando

delató a los contrabandistas?

Ni una réplica. Pero un músculo, en su mandíbula, se tensa.

—A todo marrano le llega su Nochebuena.

El francotirador de ojos azules y pestañas rizadas sigue apuntándole a la cara, pero cuando Urbano Frías lo mira, el otro desvía sus ojos a la mata de pelo que brota del pecho descubierto. Urbano Frías es encañonado y conducido por la boca del fusil hasta el centro de la plaza, donde una rama del samán frondoso sirve para engarzar el nudo de una horca improvisada.

Ahora está casi seguro: los ha visto antes, conoce esa mirada.

Sobre la pasarela de las reinas se pasea un francotirador con el fusil terciado sobre el hombro. Lleva binóculos y rastrea los movimientos en la carretera que conduce al caserío. Delante de la tarima hay una veintena de cuerpos sin vida a los que un encapuchado pasa revista y tienta con el pie.

Cuando lo empujan, Urbano da una ojeada a las cuatro bocacalles que hacen estuario en la plaza y descubre que es imposible escapar: en cada esquina se han instalado centinelas con fusiles y ametralladoras que impiden la entrada y la salida. Dos más encañonan a las mujeres con subametralladoras. Dos son los que pintan con aerosol las paredes exteriores de la iglesia contigua al caserón y disparan ráfagas contra los vitrales, dos los que rematan con tiros de pistola a los heridos y dos los que están a su lado bajo el horcón de la plaza.

En total doce, piensa. No hay por dónde escapar.

Cuando llegan a la tarima, el lazo de la horca improvisada es anudado a su cuello. El de los ojos azules y las pestañas crespas hace el nudo, mecánicamente, y elude su mirada.

Por un momento recuerda a todas las mujeres de ojos claros que ha conocido. Son las que más le atraen. Mujeres de ojos miel, cielo, uva, aguamarina y esmeralda. Le gustan, preferiblemente, las mujeres de cabelleras doradas, y sobre todo, menores de dieciséis —que es la edad de oro, el punto de maduración exacto en que las carnes duras empiezan a ablandar, y los senos a bascular—. Si por una mentira piadosa resultan falsas rubias, de pubis desteñidos con tintes y agua oxigenada, sabe excusarlo a cambio de ver su inmediata depilación con cera caliente. Desde que cumplió cincuenta apenas consigue alcanzar una erección si está con menores de dieciséis y de pubis depilado como un melocotón. Solo al ver los ojos de aquellas mujeres tersas entre el pastizal de sus piernas, mujeres de ojos claros como babillas hundidas en aguas cenagosas, conoce el placer verdadero, y la erección regresa.

Los ojos que le rehúyen tras la capucha le intrigan porque son de un azul intenso y ribetes blancos como una gema que obsequió alguna vez, de lapislázuli. No dejan de inquietarlo también aquellas cortinas de pestañas largas, crespas, femeninas, que los bordean. El encapuchado no

delata pechos ni curvas sobre aquel uniforme militar. Tampoco le ha oído proferir palabra. No sabe si es un hombre o una mujer. Manipula el fusil como un hombre. Pero tiene mirada de mujer.

Cuando empezó el tiroteo, Urbano Frías se hallaba en un estanco, en compañía de dos candidatas al reinado que revoloteaban como moscas y le pedían dinero para equilibrarse en la competencia. Entonces vio la camioneta negra desde la que bajaron disparando los encapuchados y murmuró: «Mierda, se armó la chupamelsieso». Enseguida se dejó caer detrás de la mesa volcada. Desde allí tuvo el privilegio de ver el comienzo de la matanza sin resultar herido. Vio morir a los músicos y luego a las parejas en la pista de baile. Enseguida oyó por los parlantes la voz que anunciaba que los ilesos podían irse, y resultó ser una perfidia para barrer con los que quedaban y rematarlos. Una de las candidatas que lo acompañaba huyó en ese momento, despavorida, y la ráfaga no alcanzó a darle. La otra, sin embargo, cayó a muerta junto a él. Fue con ese cuerpo ensangrentado que trató de ocultarse y pasar por muerto, y en parte lo logró, hasta que aquellos ojos azules que buscaban heridos para rematar fueron a posarse en su escondite y se toparon con los suyos, que temblaban de miedo, que no dejaban de pestañear.

Al verlo, el francotirador quedó perplejo y el que daba las órdenes pareció advertirlo.

—¿Qué pasa? —dijo.

Y el otro, con la boca del cañón delató su escondite.

El que daba las órdenes tardó en reconocerlo, oculto como estaba con el cadáver de la reina, machado con su sangre, confundido en la matanza. Aún podría tener otra oportunidad, porque enseguida vino una ráfaga de ametralladora que pulverizó las vidrieras de la iglesia y que estremeció a la plaza entera. Pero entonces fue cuando Urbano Frías cometió el segundo error que le costaría la vida aquella tarde (el primero fue asistir a la verbena): aprovechó la confusión del tiroteo, se levantó y trató de huir de la matanza.

—¡Quieto, hijeputa! ¡Quieto o se muere, Urbano Frías!

Sí, sabían su nombre. Debieron saber que estaría en la fiesta. Debieron traer un espía disfrazado. Pero, ¿a quién? De algún lugar reconocía aquellos ojos, aunque no podía precisar a qué rostro correspondían.

Recordó que hace años, en su hacienda, había una vertiente pantanosa del río donde emergían extraños cúmulos de tierra de un relieve inexplicable. En invierno, el río pasaba a medio kilómetro del fundo y se desmadraba y luego inundaba aquel potrero cenagoso. A esos extraños cúmulos de tierra, sin embargo, nunca los vio cubrirse del todo bajo las aguas. En las inundaciones quedaban al descubierto, como islas a la deriva en medio de un mar improvisado. Garzas blancas, de largas piernas, y saurios de menor tamaño llamados babillas eran los huéspedes asiduos del pantano durante los tres meses que duraba la inundación. Pero cuando

llegaba el tiempo de la sequía, la intensidad del verano incendiaba los pastizales y desecaba el agua y el pantano se volvía potrero para quinientas reses de ganado cebú. Después de la desbandada repentina de los guerrilleros, cuando no hubo ya necesidad de aceptar sus leyes y llenar los potreros con lotes de ganado producto del abigeo, cuando los comandantes dejaron de buscarlo para negociar propiedades tituladas a su nombre y cuando la guerra arreció y fue inminente que los frentes guerrilleros de la zona se replegarían, fustigados, hacia la cordillera selvática, Urbano Frías decidió inundar permanentemente aquel potrero y fabricarse un lago artificial con isla y bar. El lago de aguas verdosas rodearía un único cúmulo, el más extenso de todos, sólido, cimentado en roca, y que convertiría en carpa con casino y discoteca para llevar mujeres. Imaginó esa isla, y una nevera llena de cerveza fría y licores añejos y música y hamacas y sillas perezosas para broncear cuerpos bajo la luz del vasto atardecer. Imaginó una barca de remos que llevaría a los invitados hasta la isla, y un muelle flotante para anclar la barca. Hubiera querido ser más imaginativo con el nombre, pero el único que le vino a la mente fue: «Arcadia», un nombre raro que apareció por sugerencia de una colegiala muy lista que por entonces le causaba desvelos y perturbaciones.

Seis meses después, cuando los obreros a quienes encargó la obra rastrillaban el fondo cenagoso con una excavadora y demolían las islas adyacentes, hallaron bajo aquellos cúmulos cientos de vasijas de barro cocido, adornadas con pictogramas de reptiles antropomórficos y círculos concéntricos, enterradas superficialmente y sin saber cuándo ni cómo ni por qué llegaron ahí. La orden de su parte fue seguir la excavación con precaución y dejar intacto todo el hallazgo. Al comienzo los obreros sospecharon que podría haber oro en las moyas, pero cuando se percataron de que no había, y ya las herramientas habían arruinado las ollas de las piezas de alfarería de aquel cementerio indígena, no hubo una sola vasija entera para exhibir después del estropicio. Volvió a inspeccionar la obra, a la semana siguiente, y entonces encontró el desastre de vasijas rotas. Se llenó de indignación con los peones, los llamó «partida de chambones», y en seguida prescindió de los servicios del capataz despidiéndolo delante de todos y pagándole con un fajo de dólares los días trabajados.

El obrero, enfurecido por aquel despido público, hundió en el légamo las herramientas y el sombrero de paja y lo atacó a puñetazos, le partió el tabique y se marchó de allí mientras alegaba que no descansaría hasta ver a los auxiliares de la guerrilla con dos algodones en la nariz dentro de un cajón de muerto. Delante de los demás obreros le acusó además de ser soplador de cocaína y estafeta de la guerrilla, y ya de lejos dijo que el dinero obtenido para comprar haciendas y construirse fincas de recreo provenía de las caletas de dólares enterradas bajo la hacienda. Finalmente pateó a un perro que le ladraba y gritó que lo pagaría caro cuando entrara el ejército a limpiar la zona. Terminada la injuria, escupió un gargajo gordo y se alejó mientras pateaba el polvo de la carretera líquida por el calor reverberante.

Nunca olvidó esa mirada esquivada del peón que evadía los ojos si lo miraba de frente y, sobre

todo, la inquina que evocaba y el tinte azul y el globo ocular cruzado por cientos de vasos sanguíneos inyectados de sangre y de odio.

—¡No disparen! ¡No disparen! ¡Ya salió el cura!

Las miradas se dirigen a la iglesia en donde una pequeña puerta ovalada abre sus fauces y se ve salir al vicario, cubierto por una sotana de misionero, encorvado y completamente perplejo con la escena que se muestra ante sus ojos.

El sacerdote avanza hacia la plaza, mientras devuelve la mirada a los hombres y mujeres que permanecen con vida en el atrio, atentos a sus pisadas, y ya cuando advierte los fusiles que le apuntan, levanta las manos en actitud sumisa.

Un encapuchado corre hasta el cura y le ordena tenderse de bruces.

El cura reacciona con parsimonia, y el culatazo no tarda en llegar y doblegarle. Cae de frente y se golpea la mandíbula. En seguida la bota del encapuchado lo apisona por la espalda como un cazador sobre su trofeo de caza. Solo que en ese instante una nueva serie de disparos de arma corta hace retroceder a todos los francotiradores: desde el interior de la iglesia, justo en la puerta por la que emergió el cura, un pistolero envalentonado descarga sobre el perpetrador que sujeta al sacerdote una andanada completa de pistola, hiriéndole en la espalda. El pistolero abandona el parapeto de la puerta y dispara frenético en todas direcciones, lo que confunde a los encapuchados. Cuando acaba la carga, extrae de su pretina otra pistola niquelada y dispara mientras corre hacia el sacerdote para ayudarlo a levantarse y ponerlo una vez más a resguardo tras el portón macizo que vuelve a cerrarse.

En seguida los tiradores dejan de cubrirse y una nutrida lluvia de balas astilla la puerta de la iglesia. Todos los encapuchados avanzan al atrio y disparan al mismo tiempo hacia aquel punto álgido de la plaza que se roba la atención de los cautivos.

Aquel que daba las órdenes bajo el samán y supervisaba la horca de la que sería colgado Urbano Frías abandona momentáneamente el lugar y avanza cubriéndose hacia el encapuchado herido. En ese descuido, el centinela de ojos azules se acerca a Urbano Frías con la boca del fusil apuntándole al pecho. Urbano le ve aproximarse, con aquellos ojos que son a la vez incertidumbre y rescoldo de un viejo rencor enconado y entonces sabe que va a morir.

Tres meses después, cuando el lago artificial y la isla Arcadia eran ya una alocada algarabía de domingos llenos de música, trago, cocaína y adolescentes desnudas, hubo de encontrarse frente a frente con un retén militar instalado a la vera del camino, cerca de la portería de la hacienda remodelada. Era la patrulla móvil del capitán Ibarra que operaba por la zona desde la desbandada guerrillera. La camioneta refrenó las llantas y levantó una nube de polvo ante la señal de alto que le hicieron los militares. Cuando amainó la tolvanera y los documentos le fueron confiscados por

el propio capitán, descubrió, en uno de aquellos mercenarios que le rodeaban, los ojos esquivos del mismo capataz expulsado de su finca por la destrucción de las vasijas. Ahora, investido de uniforme y cartucheras, se había convertido en soldado profesional. Lo reconoció por el ceño y la profundidad acusadora de aquellos ojos salvajes, cargados de revancha que lo medían de arriba abajo y que le evitaron cuantas veces intentó regresarle la mirada. Por instinto se rascó la nariz y le hizo un gesto de saludo con el recuerdo del tabique partido, pero el soldado no respondió.

Dos días después, cuando a la medianoche hostigaron a balazos de fusil su camioneta frente al hotel donde pernoctaba con la dama de turno —y reventaron cada vidrio y cada llanta, dejándosela en ruinas—, no tuvo que preguntarse por los autores del atentado, porque supo que solo podía tratarse de aquel famoso capitán y de sus mercenarios. Quiso presentar la queja ante la brigada, pero alguien le hizo caer en la cuenta de que hacerlo era firmar su certificado de defunción, así que se disuadió y la imagen deleznable de aquellos ojos claros regresó en forma de sueño: estaba muerto, acostado entre cuatro tablas, con algodones en la nariz, y aquel soldado de ojos intensos se inclinaba sobre el cajón con un cazo de barro de donde bebía el café negro y cerrero que se reparte en los velorios.

El enmascarado avanza despacio, ajeno a la escaramuza en torno a la iglesia que se estremece de nuevo por la explosión de una granada de mano y el asalto de dos hombres que se disponen a entrar por el agujero en busca del sacerdote y del pistolero furtivo.

El encapuchado camina hacia Urbano Frías, despacio, casi en puntas de pie, delicadamente, como un gato. No parece tener la corpulencia ni la brusquedad de movimientos de los demás encapuchados. Ya a un paso de distancia, baja el arma y la apunta a sus muslos. Entonces Urbano Frías percibe la fragancia dulzona del perfume Tabú y empalidece al ver un largo cuchillo en el puño del enmascarado. La intriga se convierte en sudor helado de solo recordar que dos cuerpos tendidos en esa plaza han sido degollados a cuchillo.

Enseguida Urbano Frías empieza a tartamudear un intento de súplica:

—No me mate, yo le puedo pagar, tengo cinco mil dólares en el bolsillo, ayúdeme...

El encapuchado arquea una ceja que quedará más alta que la otra en un gesto de sorpresa, como si tras la máscara le hiciera gracia oír semejante oferta en un momento en que no tiene ventajas, y es entonces cuando levanta la capucha y deja su rostro al descubierto. El prisionero queda petrificado al ver los ojos azules, las largas pestañas rutilantes, las alas curvas de la pequeña nariz, el volumen de los labios esponjosos y la barbilla redondeada que se pierde en el cuello delgado, blanco y palpitante de una mujer.

No sobrepasará los veinte años. Y un mechón de pelo crespo se escapa de su frente cuando en un movimiento brusco alza el puñal a la altura del cuello del prisionero y corta el lazo que lo ata a la horca improvisada.

—Eche.

Los ojos azules se desvían y van a posarse en la puerta de la capilla donde dos encapuchados asoman ya con el sacerdote y el pistolero reducidos, con las manos en la nuca.

—¿Qué?

—Corra.

Y vuelve a cubrirse con la capucha.

Urbano la ve guardar el cuchillo y apuntarle de nuevo con el fusil:

—¡Corra! ¿O se quiere morir?

Las bocacalles desatendidas.

Los muertos tendidos en la plaza.

Los encapuchados en la iglesia que preparan el paredón de fusilamiento.

Es una decisión en el último respiro: las piernas de Urbano, entumecidas de miedo, empiezan a responder por partes y se deshíela la rigidez del cuerpo henchido a medida que recupera la libertad por voluntad de una mujer de ojos claros que conoció en una fiesta tres años atrás, a medida que se siente volar por encima de las piedras de la plaza y la humanidad de los muertos, a medida que recupera la confianza en sí mismo y el movimiento del brazo entumecido y su cuerpo se empeña en la promesa de escapar. Más tarde empezará a sentir que le falta el aliento, que la taquicardia amenaza con malograr la carrera, que el aire escapa de sus bronquios sin ser respirado. De pronto, la silueta de aquellos ojos claros se confunde entre mil ojos de mujeres que ha conocido y, en el centro de todos, los ojos de aquel obrero rencoroso que sigue mirándolo a través del cristal de un ataúd de muerto.

«No puedes dejar que te maten de espalda, Urbano Frías, como un perro».

Piensa.

Se detiene.

Inhala aire y emprende de nuevo la carrera.

Y en las sacudidas de la carrera supone que le está ganando la partida a la muerte, pero la muerte tiene aguda la mirada.

La mujer baja la capucha, le ve huir de la plaza, eleva el fusil de nuevo y vuelve a apuntarle. El hombre obeso corre frenético hacia una bocacalle y tropieza con todos los obstáculos que no debía tropezar, con los cadáveres que encuentra a su paso, con los heridos que piden ayuda, con un caballo malherido que trata de levantarse.

Entre tanto, la mujer murmura: «Por ahí no, majadero, güevón», y al final cierra los ojos para dirigir su pensamiento y ayudarle en mente a escapar.

Una hoguera para que arda Goya

Detrás de la puerta falsa, tras el portón inexpugnable de la capilla, permanece el cura, atento a todo lo que ocurre, sin atreverse a salir.

—¡Que salga el cura comunista!

Y oye restallar los disparos y el crepitar en la madera, mientras una lluvia de cristales rotos se desgaja de los vitrales.

El padre Bernardo cierra los ojos, murmura una plegaria ininteligible y se aleja de la puerta.

—¡Que salga o empezamos a matar mujeres!

Camina en dirección del altar, por entre las hileras de bancas desocupadas. Trastabilla y, para no caer, apoya una mano en los respaldares de las bancas.

El sacristán lo ve hacer todo el recorrido hasta situarse de rodillas en un reclinatorio bajo la imagen en yeso del crucifijo, y piensa que nunca le ha parecido tan viejo y enjuto como ahora que se ha vestido a la usanza antigua con la sotana de misionero y reza con las manos empalmadas bajo el crucifijo. Es un pensamiento repentino, interrumpido casi al instante por una nueva serie de disparos que proviene de la plaza principal. Toma las pistolas, pone los copones repletos de hostias en el lugar que ocupaban las armas un momento antes, y cierra el tabernáculo con doble llave.

El padre lo oye venir, pero no interrumpe la plegaria.

—Bernardo —oye que le dice el sacristán, y entonces levanta la cara y ve la pistola tan cerca de su rostro que casi se siente agredido.

—Guarde eso, por Dios, que estamos en el altar.

El sacristán baja el arma y observa sin expresión el sagrario de donde la ha tomado.

—Bernardo —reanuda, pero el sacerdote cavila atento a su oración y hace un gesto reprobatorio con la cabeza para que le deje acabar.

Es casi la hora de dar el último toque de campanas para la misa vespertina, pero esta vez no habrá misa, porque fuera de la iglesia yacen decenas de cuerpos sin vida y heridos que se arrastran en busca de refugio.

Los mismos encapuchados que rodean la iglesia y disparan a los vitrales y pintan sus muros con libelos son los que solicitan a gritos la presencia del cura en la plaza del pueblo.

—¡Salga el cura comunista!

Esta vez es una voz tan cercana que imagina ya a los agresores dentro de la iglesia, y empuña

una pistola dispuesto a batirse a tiros.

Había conocido a ese hombre seis años atrás, en la época de las matanzas más fuertes, cuando entró a buscarlo al taller de ebanistería donde trabajaba como pulidor, diseñador y maestro carpintero. Se había encontrado una y otra vez con cuadros suyos, tablas pintadas para anuncios de tiendas, retablos que exhibían retratos magníficos de ancianos y manos nervudas roídas por los años. Fue a buscarlo para el bosquejo de dos murales que quería exhibir en el frontispicio del altar durante el paro campesino. Al ebanista le pareció extraña desde la petición hasta la apariencia del cura barbado y medio calvo, con un acento extranjero no del todo disuelto, y vestido con bluyines, camisa de flores y sandalias de hippie extraviado de época, y quien le aseguraba que en el país del que provenía, sus retablos estarían en cualquier galería, o en cualquier capilla, porque allá las iglesias eran los museos.

—Yo no soy pintor; soy carpintero.

—Miguel Ángel tampoco era pintor, pero ahí está la Capilla Sixtina.

Y desenrolló un pliego de papel mantequilla con el boceto de un dibujo trazado a lápiz doce años antes:

—Si fue usted quien hizo este boceto para el padre Aníbal, usted es a quien busco entonces.

El dibujo era suyo: había diseñado cien como ese; el conjunto componía un boceto para el retablo del altar mayor, a petición del difunto Aníbal. Había sido él quien talló también las escenas bíblicas que adoquinaban el recubrimiento en madera del sagrario. Ahora, como entonces, el que más le gustaba de todos los dibujos seguía siendo el martirio de san Pedro que esgrimía el cura en su mano. Lo había delineado con especial trazo para captar la fuerza de gravedad actuando en el rostro del apóstol crucificado de cabeza y los rizos de la barba hirsuta desordenados.

—¿Ha escuchado hablar del paro campesino?

—Todos han escuchado, padre.

Y señaló una octavilla de papel que entró al vuelo por la ventana al abrir la carpintería y que seguía sobre la mesa con el anuncio de la movilización.

—Tenemos tres meses para pintar los murales.

Era un oficio romántico el que venía a ofrecerle, y el carpintero prefería solo oficios estomacales. Estaba a punto de cerrar la carpintería a falta de clientes, y a punto de dedicarse a la recolección de maíz en una sementera junto a la casa. El paro se lo había impedido. Pintar y esculpir nunca le dejaron más que una satisfacción efímera de ocio no remunerado. Nadie distinto al padre Aníbal lo había buscado para trabajar en lo que amaba. Ahora de nuevo otro cura hacía las veces de mecenas con sensibilidad y decía poder pagarle por sus dibujos.

—¿Entonces qué?

—¿Qué de qué, padre?

—¿Qué dice? ¿Acepta el trabajo, o no acepta?

Y aceptó, a condición de que todos los materiales que iba a necesitar debían ser traídos de la ciudad y la mitad del trabajo debía pagársele por adelantado.

El diseño del frontispicio fue dispendioso y no estuvo listo para el paro campesino. La carretera permaneció bloqueada durante un mes, lo que impidió el ingreso de todos los materiales. Pero el hecho de reunirse cada tarde para definir el diseño fue también el comienzo de la amistad entre los dos. Antes de que acabara el año, el cura Bernardo cambió de opinión, terminó por ofrecerle un nuevo contrato con salario fijo para pintar el mural a tiempo indefinido: un fresco sangriento que debía servir de alegoría a las matanzas de los últimos años. Durante las obras, el ebanista demostró interés por los ornamentos y una destreza innata para apropiarse de todos los menesteres de la capilla: conductor, relojero, campanero, pintor y electricista. Para entonces, todos en el pueblo habían empezado a llamarlo «sacristán», y los rumores de ser la mano derecha de aquel cura que organizaba huelgas y cooperativas le trajo a la puerta de su carpintería una amenaza de muerte en forma de pasquín.

—¡Que salga, o empezamos a matar también mujeres!

Y resuena una ráfaga que estremece en ecos la nave central de la iglesia.

El cura se persigna, levanta sus rodillas del reclinatorio y murmura, mientras mira el crucifijo en yeso: «*Alea iacta est*».

Camina hasta la columna donde está el sacristán a la expectativa, con las dos pistolas en la mano, y le mira de sesgo, sin demostrar abatimiento. El sacristán, por instinto, le ofrece una de las pistolas y el cura accede a tomarla entre su mano. La oprime con efusión, la acaricia, se acerca el cañón hasta casi rozar los flancos del rostro, y en un arrebato de desprecio por las armas, dice:

—Voy a salir, Enoc.

Por un momento el ebanista tiene la certeza de estar contemplando al mismo hombre imperturbable que se atrevía a salir años atrás en busca de los guerrilleros para encararles por la muerte injustificada de algún campesino en la región. Eran excursiones imprevistas y repentinas por ese y otros motivos que nunca se esclarecieron del todo. El padre ordenaba tanquear el jeep con suficiente combustible, preparar misal, vino, cáliz, y salir para algún paraje de la serranía sin señas previas de ubicación. Entonces, llegados a algún recodo del camino, le decía al ebanista: «Pare aquí y me espera un rato que no demoro».

El sacerdote bajaba del carro, caminaba algún trecho y se desviaba por un sendero apenas esbozado en la maleza. Un hombre que hasta entonces permanecía mimetizado en la espesura con su uniforme verde oliva le salía al encuentro y cruzaba algunas palabras con el sacerdote. Luego el centinela volvía a ocultarse en la maleza y el cura se perdía entre los árboles. Dos horas

más tarde estaba de vuelta, con el misal en la mano y las botellas de vino para consagrar y el copón de las hostias desocupado en el maletín.

—Vámonos.

Y volvían al pueblo.

Una madrugada fue a buscarlo a la casa de su madre, donde vivía el ebanista.

—Necesito que me lleve a un lugar —dijo el cura.

Las calles estaban desiertas y una lluvia densa lavaba el empedrado.

—Detenga el carro —dijo en la última esquina del pueblo, y el mismo padre estiró el brazo para llamar con la corneta en dos ocasiones frente a un portón en las afueras.

Cubierto por un plástico, salió de aquella casa un hombre que no dejaba ver su cara, oculta bajo la capota mojada. Fue corriendo y subió por la portezuela que se aprestaba el cura a abrirle.

—Vámonos antes de que nos vean, por Dios —dijo el hombre y descubrió su cara.

Se trataba del médico del puesto de salud.

—¿Trae todo? —preguntó el cura.

—Lo poco que conseguí —repuso el médico.

Con un gesto en la ceja izquierda guiñó el ojo al ebanista que manejaba en silencio y en ocasiones le miraba por el retrovisor con ojos huidizos.

No se dijo nada dentro del jeep hasta después de una hora de viaje, cuando algunas luces de linternas empezaron a moverse como luciérnagas en la oscuridad. Eran señales. Siete hombres armados detuvieron el carro dos curvas más adelante. El médico volteó a ver al cura, y el sacerdote le respondió con un gesto de aprobación: un simple balanceo de cabeza.

—A la madrugada volvemos por usted, doctor, no se preocupe.

Y dejaron al galeno escoltado por aquellos hombres que se cubrían medio rostro con pañoletas rojinegras.

Regresaron al pueblo, y doce horas después, ya sin lluvia, estaban de vuelta.

El médico los esperaba, solo, en el mismo recodo, alumbrándose ahora con la linterna con la que hizo señales al jeep.

—¿Qué pasó? —preguntó el padre Bernardo cuando el carro dio reversa.

—Murió desangrado —repuso el médico.

Y no se dijo nada más en el camino de vuelta.

Antes de bajar del jeep, sin embargo, el médico sacó un extraño presente de su maletín y lo dio al padre diciendo que era una ofrenda a la parroquia y que venía con un mensaje. El cura estiró la mano y el médico le entregó un papel con dos líneas lacónicas:

«Para que defienda su vida,
porque peligra».

Eran dos pistolas Pietro Beretta de nueve milímetros.

Al llegar a la iglesia, el padre encomendó al ebanista guardar las armas en el lugar más seguro que encontrara, y éste decidió que el menos profanable de una iglesia era el sagrario, donde reposan las hostias y los ornamentos. Allí las puso, dos Pietro Beretta niqueladas. Desde entonces, cada vez que el padre Bernardo celebrara una misa iba a tener que vérselas con aquel par de pistolas escondidas tras los copones de hostias, pero nunca se quejó del escondite, ni las volvió a mencionar en sus conversaciones.

Era ya la víspera del paro campesino, y el párroco no paraba en la casa cural: invertía todo su día en recorrer el pueblo y gestionar albergues provisionales y adecuar salones para las asambleas. No tuvo un momento de descanso durante la movilización, ni después de celebrar misas campales en la plaza pública, ni después de adelantar la jornada de murales «de la infamia» en las paredes del pueblo, y mucho menos después del toque de queda declarado por el ejército cuando ocurrió lo que tantos predecían como una anunciación: la matanza en el paso de Aguacaliente.

Sin dar muestras de cansancio, esperó a los camiones cargados con cadáveres al anochecer, y después de la autopsia en rigor hizo ubicar los ataúdes sobre el coro del altar. Ante la negativa por parte del ejército de dejar oficiar exequias públicas al guerrillero que provocó el genocidio, accedió entonces a oficiar un funeral a puerta cerrada, en el anfiteatro del cementerio, en presencia de los dos hermanos del guerrillero que se atrevieron a asistir y frente al pelotón de soldados que acordonó el perímetro a veinte metros del lugar con el pretexto de evitar desórdenes públicos durante el sepelio.

El funeral colectivo fue uno de los más prolongados de que se tuvo noticia. La voz del padre Bernardo por los parlantes de la torre anunciando que la iglesia quedaba declarada Cámara Ardiente, y que así permanecería abierta cuarenta y ocho horas, atrajo a los habitantes al interior del templo.

Nadie pudo asegurar haberlo visto dormir durante el velorio ni el funeral, pero en realidad fue el pueblo entero el que se mantuvo en vela detrás de las puertas, mientras, en la calle, los soldados patrullaban toda la noche.

Pocos días después, aparecieron los primeros libelos en los muros exteriores de la iglesia, pintados con aerosol, donde se acusaba al cura de auxiliador de milicianos y lo amenazaban de muerte. Eran las 7:00 cuando el sacristán llegó a abrir la puerta de la parroquia y vio las infamias sopleteadas con aerosol en la pared. Aún escurrían pintura fresca. Se apresuró a abrir la puerta del medio y salió directo a la casa del párroco para informarle lo ocurrido, pero entonces lo vio: frente a un grafiti pintado en la casa cural, con la túnica desteñida de misionero a la usanza antigua, barbado, imperturbable, medio calvo y absorto en leer frase a frase aquellas amenazas a mano alzada, mientras ponía cara de aquel que no teme a la muerte y le trata como a una inocua

amiga con la que se tiene una cita muy postergada y ya inevitable.

—Déjelos un rato, para que el pueblo los lea, y por la tarde viene y borra las faltas de ortografía: aquí y aquí y aquí —dijo.

Luego subió la escalinata y entró en la parroquia.

Ahora luce arcano, como aquella vez, transformado en otro hombre debido a la pistola que aferra su mano.

El sacristán mira aquel perfil de pájaro, duro, petrificado y lo recuerda similar al que vio en las misas y funerales de las peores matanzas. El peso colombiano prácticamente había desaparecido de circulación y había sido suplantado por el dólar como moneda local. El cura tuvo eso en mal augurio y en las misas decía que aquello explicaba las matanzas, y después de hallar seis billetes verdes en los platones se negó a recibir la ofrenda diaria en la parroquia. La consecuencia directa de esa obstinación fue que la iglesia quedó prácticamente en bancarrota, y un sueldo exiguo, pagado de su propio bolsillo, fue lo único que pudo ofrecer al sacristán en compensación por sus servicios.

El cura decidió entonces fundar dos cooperativas y proponer una agremiación de campesinos para vender sus productos sin intermediarios en la ciudad, pero una nueva amenaza de muerte se ciñó sobre cualquier agremiación y sobre cualquier mercancía comprada en zona periférica: la guerrilla empezó a quemar los camiones provenientes de zona enemiga, y los contrarios quemaron todo camión de alimentos que saliera de zona guerrillera.

La última vez que el ebanista vio ese mismo rostro severo fue mientras venían de la curia, ya en aquel tiempo turbulento de todos contra todos, cuando en un giro de carretera, entre la ciudad y el caserío, hallaron los camiones de la cooperativa campesina quemados a orillas de la carretera.

Llovía, pero el cargamento de café y cacao que habían incinerado los rebeldes se consumía en una hoguera voraz de casi seis metros de altura. Los conductores permanecían orillados, frente a las ruinas de sus camiones, consternados por la altura de las llamas que no cesaban ni siquiera bajo la lluvia cerrada. Cuando se ofreció a llevarlos, se negaron a subir en el jeep del cura, y le advirtieron que no siguiera, porque era muy probable que más adelante se encontrara a la columna guerrillera que los interceptó.

El padre no quiso atender consejos y dio la orden al sacristán de seguir, para encontrarse solo a medio kilómetro con la retaguardia de guerrilleros que avanzaban en dos hileras espaciadas a lado y lado de una carretera roída por el aguacero.

El sacristán fue quien primero los vio, disminuyó la marcha del carro y le dijo al padre en un susurro: «Los guerrilleros».

La mano de un guerrillero hizo la señal de alto y tuvieron que detenerse. Era un rostro

femenino cubierto a media nariz por una pañoleta rojinegra, el pelo pegado a la frente, la piel recurtida, el sudor que chorreaba a goterones por el cuello.

—¿Los señores van para el pueblo?

Dijeron que sí y en ese momento se acercó un hombre a susurrar algo en el oído a la guerrillera.

—¿El señor cura puede venir un momento? —dijo la mujer—: hay alguien que quiere hablarle.

El padre Bernardo asintió, bajó del carro y le dijo al sacristán la frase de rigor: «Ya vuelvo».

Caminó de frente, acompañado por la guerrillera, hasta una bifurcación de carreteras donde había un rancho para guarnecer legumbre y un abrevadero de caballos a medio desentejar. Allí lo esperaban dos hombres que escampaban y se reían de algún chiste fugaz, pero que callaron al ver las sandalias del padre rebozadas de lodo reblandecido.

Cuando llegó al rancho, uno de los hombres se había alejado y el otro había encendido un cigarrillo para recibirlo.

—¿El padre fuma?

—Sí.

—¿El padre cómo se llama?

Le contestó sin interés y sin acento, mientras recibía el cigarrillo y la lumbre ofrecida:

—Bernardo Partigiani.

El otro, al oír aquel nombre, se quedó pensativo, aspiró el humo de su cigarrillo y murmuró bajito, casi sin voz:

—Ah, italiano... ¿de Toscana?

—De Abruzzos.

—Pero habla muy bien español.

El padre aspiró una bocanada de humo con el talante y la elegancia de un fumador consumado, y advirtió el murmullo del jefe guerrillero:

—Yo sé lo que usted piensa de todo esto, padre.

El sacerdote no dejó de mirarlo.

—Yo sé que usted está con los pobres...

Y calló de improviso.

Los dos cruzaron miradas bajo la lluvia que reanudaba y ninguno se atrevió a continuar, intrigados por el silencio del otro. Fue un silencio incómodo que no pudieron conjurar con bocanadas de humo, y desviaban la vista, como si quedarse callados demasiado tiempo y fijos los ojos de uno en el otro fuese una muestra de empatía o debilidad, en ambos casos, imperdonable.

—Yo mandé quemar esos camiones —volvió a oírse la voz del jefe guerrillero—, y por eso si usted no quiere hablar conmigo no lo molesto más. Puede irse.

El sacerdote bajó el cigarrillo, lo tiró al suelo, lo prensó con la sandalia de san Benito y se

dispuso a volver hacia el jeep, pero la voz imponente del comandante se dejó escuchar otra vez:

—Yo también estoy con los pobres, padre.

—¿Sí? —replicó el cura—: Entonces dígame por qué les disparan.

—Nosotros no disparamos, padre; pegamos tiros revolucionarios.

El cura frunció el ceño y sintió que era inútil controvertir.

—Aunque usted use la Biblia y yo fusiles, mi causa es su misma causa.

Pero el padre no tuvo la delicadeza de voltear esta vez a verlo.

Siguió adelante, indiferente, y al subir al vehículo solo dijo, con su cara de estatua: «Arranque».

—Voy a salir —repite.

Luego baja la pistola, depositándola sobre el piso de baldosines rojos y amarillos, y empieza a caminar hacia la nave central de la iglesia.

—Bernardo, no vaya.

Pero son palabras desoídas.

El sacristán lo ve alejarse, sorprendido por la figura que avanza como una sombra envuelta en la sotana negra. Desde que oyó la primera ráfaga y fue a buscarlo a la sacristía y lo vio revestido con la sotana, tuvo un mal presentimiento.

Toma entonces la pistola que ha dejado el sacerdote en el baldosín y empieza a caminar tras el otro, que se adelanta por la hilera de bancas vacías.

El cura percibe los pasos que se acercan desde atrás y apresura las zancadas bajo la túnica.

Es una maratón en medio de la nave central.

—¡Bernardo! —le llama.

Pero el cura redobla el paso y sigue ahora a trancos hasta el portón, descorre el cerrojo de la puerta falsa y retira la tranca, se cuela por el arco de madera y da un portazo al salir.

El ebanista llevó al padre Bernardo hasta el punto más elevado de la iglesia, y allí encendió los reflectores y recorrió la tela que cubría el mural del frontispicio. Era el centro del altar, hecho en cemento armado, que guarnecía en su reverso la puerta de la sacristía. Por delante, sin embargo, según la época del año, se forraba con telones de pana falsa para seguir a tono los colores correspondientes con las fechas religiosas. Eran veinte metros de pared ancha y pulida que se hacía visible desde cualquier ángulo de la iglesia. Ahora no iba a necesitar telones púrpura para Semana Santa, ni blancos inmaculados para la Cuaresma, ni escarlata festivo para Navidad, porque desde entonces luciría un fresco de dimensiones colosales, con escenas de tortura y martirio sobrepuestas en un mosaico desconcertante al estilo del Goya más caprichoso: la memoria y el inventario dibujado de los crímenes que se cometían a diario en la región y el trabajo más delicado de arte que le encomendaran jamás al ebanista Enoc, pero que el padre

Bernardo no dudó en ordenar después de la matanza de campesinos durante el paro que terminó en tragedia, cinco años atrás.

—Si dejamos este fresco al descubierto, nos van a matar, Bernardo.

El padre permaneció absorto, una mano detrás de la espalda, la otra a diez centímetros de la pared, como si tratara de capturar la energía invisible que emanaba del dibujo, incrédulo, diminuto bajo el mural gigantesco.

—En la Antigüedad, siempre se mataba a los mensajeros que contaban la tragedia —dijo.

—Por eso.

Nadie fue capaz de arrancarle la idea de exhibir aquel fresco en el altar de su iglesia. Si se lo hubieran preguntado, el padre Bernardo hubiera dicho que se llamaba *Una hoguera para que arda Goya* y que aparte de ser una obra de arte, no significaba nada; o que significaba todo según los ojos de quien la tuviese al frente. Tenía la apariencia resuelta de aquellos hombres que son capaces de mirar la atrocidad sin parpadeos. Y algunas veces, después de cerrar la iglesia, el sacristán lo veía ponerse frente al mural y repasar con especial atención una pequeña escena representada en el extremo izquierdo de la pintura: la imagen de un hombre barbado y con sotana a la usanza antigua que tenía un parecido explícito con el sacerdote. Cuatro encapuchados le apuntaban de muy cerca, como si pretendieran fusilarlo, y el hombre, con las manos atadas a la espalda, ofrecía esa mirada desafiante y dura a sus perpetradores, una mirada que denotaba más desdén que temor ante la muerte. Eran horas las que pasaba allí, inmerso en el detalle, en los cuerpos bocabajo, en las cabezas cortadas, en los vestidos coloridos de las mujeres concurrentes al patíbulo, en las puertas cerradas de todas las casas que rodeaban aquella plaza, en el silencio detenido, enigmático, hecho cuadro; en los ojos diminutos y brillantes de cada sombra de aquel pelotón sin rostro. Detallaba los gestos de cada silueta, el delicado trazo de sus mandíbulas estupefactas, las posturas exangües de aquellos que inclinan la cabeza para no presenciar el fusilamiento y el contraste entre la rigidez del rostro y la serenidad espiritual del hombre que iba a ser fusilado a la izquierda. Pasaba noches en vela fumando y oyendo Schubert y sumido en la contemplación de aquella fracción del mural, asombrado con la inexplicable ocurrencia de hallarse a sí mismo dibujado, de pronto, ante el espectáculo de su propio fin.

—¿Cómo se te ocurrió esto, Enoc?

El ebanista no contestó.

Había llevado al padre para mostrarle lo avanzado que estaba el frontón, a muy pocos días de su exhibición pública, y ahora volvía a apagar la luz y a cerrar la cortina ante los ojos ávidos del sacerdote que querían ver más.

—Los sueños, para evitar que se cumplan, se deben contar.

En el interior de la iglesia todo quedó envuelto en una sombra inmóvil al disiparse la luz de los reflectores. Solo la mechera que usó el padre para encender enseguida el cigarrillo bastó para

dibujar su rostro asediado por la oscuridad.

El ebanista cruzó la mirada instintivamente y alcanzó a ver en el borde de la penumbra el rostro del sacerdote que se había envejecido hasta alcanzar una similitud sorprendente con su dibujo del mural: los ojos con un tinte vidrioso y amarillo, la piel cetrina de los enfermos del hígado, la barba que parecía más densa con la oscuridad envolvente y las arrugas de la frente calva como navajazos que delataban haber esperado aquella cita que al fin llegaba.

Caminaron en la oscuridad, silenciosos, dos cuerpos rodeados de sombras, hasta que el fragor de los pasos se volvió eco en la nave central.

Polvo suspendido

La tolvanera de polvo disuelve el horizonte, mientras los carros se pierden en la distancia. Van en caravana, con los fusiles erizados a través de las ventanas. El niño los ve alejarse y corre enseguida hacia el caserío, pero a pocos pasos del vado tropieza con el segundo cadáver y tiene que detenerse. Es el cuerpo de una muchacha, blusa ombliguera, pantalones cortos. El río lava la pierna izquierda y la otra está doblada bajo su peso. La boca está abierta y la sangre tiñe de rojo el agua que se desliza sobre el vado. El niño se inclina ante el cadáver, acerca la nariz cautelosamente al cuerpo tendido, y después de un instante de vacilación y olfateo profundo, se levanta, sigue su camino hacia las casas, a paso lento, alucinado por las huellas de la matanza. Al otro lado del río está la escuela. Y frente al muro exterior de la escuela, sobre un sardinel de cemento agrietado hay un hombre en cuclillas, inmóvil, con la cabeza hundida entre la abertura de sus dos piernas de trapo. No parece advertir la presencia del niño, porque la sangre que macula su frente está también en todos lados, alrededor del hombre, y escurre por las grietas del cemento, en medio de los pies, y mancha sus zapatos. Encima del cuerpo aún permanece una vieja proclama en letra negra y desigual que reza: «Viva el Frente Popular de Resistencia». El niño pasa de largo y deja atrás el edificio. Ahora ingresa al caserío por una de las dos callejuelas que se bifurcan. En el camino ve unos perros tendidos al sol y piensa que dormitan como todas las tardes y custodian a su amo mendigo. Se acerca con precaución. Parecen vivos, con los ojazos abiertos y la lengua que asoma entre los dientes, pero sus estómagos no suben ni bajan, ya no respiran, y hay sangre en el terrenal. El niño observa los hocicos tiesos de los animales y un arrojito súbito lo lleva a emprender la carrera por la vereda. A toda prisa llega a la plaza principal y camina sobre el tapete de un libro deshojado hasta poner la vista justo donde yace un hombre obeso, tendido de barriga en el andén, y a su lado un caballo blanco con dos burbujeantes agujeros por donde se desangra la yugular a borbotones mientras trata de erguirse sin conseguirlo —las patas ya débiles, los ojos ya interrogadores, ya desmesurados—. Sin embargo, todo lo demás permanece inmóvil. No hay nadie en las cuatro calles que rodean la plaza. No hay vendedores ambulantes y nadie baila en la caseta, pese a la música carrilera que trepida desde algún parlante huido. Aparta la visión de aquel caballo moribundo y sigue entre los toldos desocupados de compradores hasta dar con las escalinatas de una tarima improvisada para el espectáculo. Sube las gradas para ver mejor aquella quietud y entonces descubre los múltiples cuerpos tendidos de bruces en el centro de la pista de baile. Hombres y mujeres que besan la

tierra. Algunos están descamisados. Muchos permanecen a cubierto por otro cuerpo. Frente a la iglesia, dos hombres han caído de rodillas, reclinados en la puerta principal, con las piernas y las manos atadas a la espalda. Uno de ellos es el cura. Lo reconoce por la sotana y la calva y la sombra de barba. El niño vuelve su espalda a la contemplación del martirologio y enfila hacia una calle con un cartel en forma de arco trenzado en guirnaldas que da la bienvenida a la única porción pavimentada del caserío: «El Pasaje de las Reinas os saluda». Es una cuesta de casonas antiguas empotradas sobre piedra bronca sin perforar. Los andenes se elevan, y la calle queda encajonada en su descenso, como un cañón sin río. La última de aquellas casas elevadas, de paredes blancas, zócalos rojos y rejas de madera, es su casa: un hotel. Allí vive el niño con su madre y un perro sin raza que ya nunca le acompañará de nuevo en las expediciones de campo. Dos horas antes, niño y perro han ido a buscar a su vecino Pedrarias para salir de expedición a los pozos del río. Han bajado dando golpes a las aldabas de todas las puertas que estuviesen cerradas para burlarse de los demás párvulos atareados en el embellecimiento de las fachadas y los preparativos de la festividad. Los dos amigos y el perro que ladra descienden la cuesta, atraviesan la plaza, toman un atajo hacia la ribera y se sumergen con todo lo que llevan encima en el pozo profundo llamado del Cíclope. Los baquianos llaman así aquel paraje porque junto al río serpea la carretera y al pasarla hay un gran árbol de anacardo de ramas robustas y centenarias. De sus altas copas, en forma de brazos corpulentos y abiertos, cuelga un columpio compuesto de lazo y de llanta, y es éste el lugar donde mejor termina una jornada expedición. Un halo de luz vespertina irradia de destellos el inmenso árbol de sombra proyectada. Junto al árbol, el camino cubierto con polvo de oro. Y junto al camino dorado, un río de aguas tranquilas que traza meandros entre dos horizontes. Apenas han empezado a columpiarse bajo las ramas del gran árbol de anacardo cuando ven las polvaredas que levantan dos carros que avanzan a toda velocidad por la carretera. Al que está en el columpio le cuesta adivinar en cada remecida la identidad de los ocupantes, puesto que llevan, todos, sombrero y pasamontaña para ocultar sus rostros, pero los cañones de los fusiles y las ametralladoras que apuntan por las ventanas al mundo exterior se van haciendo más nítidos con cada oscilación. A pocos metros del árbol, y antes de entrar en el caserío, hay un vado de cemento poroso sobre el que se precipitan las aguas del río. Allí han de detenerse los bólidos y descienden los ocupantes por todas sus puertas. Unos suben el platón de la camioneta y otros, armados de fusil y vestidos de camuflado y con sombreros fabricados en la misma tela del uniforme, se quedan en la carretera, disponen el Nissan para obstruir la vía y así impedir el paso, y con las armas listas se distribuyen tres puntos de vigilancia: uno en el vado y dos bajo la sombra del árbol de anacardo donde pocos minutos antes jugaban el perro y los niños. Los niños se ocultan a medias en las raíces salientes del árbol. El perro se pone inquieto. Olfatea el aire y se vuelve una bestia feroz. Secreciones espumosas escurren de su hocico dentado. Su pelambre se eriza y en los ijares resuena un gruñido ronco. Cada músculo y cada articulación se estremecen a la vista de los francotiradores. De repente

dobra sus patas traseras, dispuesto a hacer frente a los hombres que se acercan desde la carretera, pero cuando el perro pretende atacar a uno de ellos, otro francotirador le atina desde la carretera con un tiro certero. Los niños abandonan su escondite y corren a socorrer al perro. Uno se acerca y otro queda rezagado. El animal lanza aullidos y hasta el último instante tratará de arrastrar con sus patas endebles el cuerpo derrengado. Cuando los hombres parecen ya muy cerca, intenta levantarse. Es el último intento fallido por proteger a los niños, porque un tajo silencia definitivamente la agonía del perro, mientras el más grande de los dos testigos es alzado en vilo por aquel que disparó de lejos. De varias cuchilladas, el hombre que remató al perro desgarró el lazo en que pende el columpio y la llanta de caucho empieza a rodar sobre la hierba en busca de la ribera. Luego el lazo será anudado al cuello de un niño y el otro será obligado a observar el balanceo del cuerpo de su amigo mientras muere estrangulado. Es el perro el primer animal muerto que vio aquel día, y es su amigo Pedrarias el primer hombre muerto que verá en la vida. No serán los únicos. Los siguientes los verá pocos pasos más adelante, mientras sube la única calle pavimentada del pueblo: El Pasaje de las Reinas, arriba, en lo más elevado de la callejuela, donde está el hotel que es su casa, consumiéndose en la voracidad de un incendio.



«La tolvanera de polvo disuelve el horizonte, mientras los carros se pierden en la distancia. Van en caravana, con los fusiles erizados a través de las ventanas. El niño los ve alejarse y corre enseguida hacia el caserío, pero a pocos pasos del vado tropieza con el segundo cadáver y tiene que detenerse».

Un grupo de encapuchados irrumpe en la plaza principal de un caserío el día en que se celebra el reinado popular. Llegan con una sola orden: matarlos a todos. A través de un coro de voces compuesto por las que serán las víctimas de esa despiadada masacre, *Viaje al interior de una gota de sangre* reconstruye el horror de la muerte, pero sobre todo, el detalle de la vida de los habitantes de uno de los numerosos pueblos que fueron inexplicablemente exterminados por la violencia en Colombia.

«*Viaje al interior de una gota de sangre* es un muro de la infamia pintado en una iglesia por un artista de pueblo. El muro es una denuncia pública de las matanzas que vive la región. Cuando los encapuchados lleguen a masacrar a la población, la historia dibujada se convertirá en la historia del libro. Es un gran fresco del que se extraen a primeros planos las vidas hipotéticas de quienes van a morir en una masacre».

FERNANDO ARAÚJO VÉLEZ, *El Espectador*



DANIEL FERREIRA

(San Vicente de Chucurí, Santander, 1981). Es autor de las novelas *La balada de los bandoleros baladíes* (Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2010) y *Rebelión de los oficios inútiles* (Premio Clarín 2014, Alfaguara 2015). Junto con *Viaje al Interior de una gota de sangre* (Premio Alba Narrativa) sus tres títulos publicados forman parte de la Pentalogía de Colombia, un ambicioso proyecto narrativo que busca examinar algunos de los momentos determinantes de la violencia del siglo XX. Fue seleccionado entre diecisiete narradores para la *Antología de la Novísima Narrativa Breve Hispanoamericana* (Grijalbo, 2009), sus relatos, crónicas y ensayos han aparecido en las revistas *Casa de las Américas*, *Letras Libres*, *El Malpensante*, *Hermano Cerdo* y el diario *El Espectador* de Colombia. Su blog <http://unahogueraparaqueardagoya.blogspot.com.co> fue distinguido en 2013 por la Universidad de Henares y el Instituto Cervantes con el Premio al Mejor Blog de Difusión de la Cultura en Español.

Foto: © Karen Marín

Título: *Viaje al interior de una gota de sangre*

Primera edición en Alfaguara: abril de 2017

© 2011, Daniel Ferreira

© 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.

PBX: (57-1) 743-0700

www.megustaleer.com.co

Diseño: Proyecto de Enric Satué

© Ilustración de cubierta: Andrés Espinosa

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-54-2804-1

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Índice

Viaje al interior de una gota de sangre
Dedicatoria
La hora de las sombras largas
Las mujeres locas que asesinaron a Orfeo
La bañista
El último bolchevique
El hotel
Divagación al pie de la horca
Una hoguera para que arda Goya
Polvo suspendido
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos